



UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

# **Bocabajo**

**Óscar Daniel Campo Becerra**

Universidad Nacional de Colombia  
Facultad de artes, Maestría en Escrituras Creativas  
Bogotá, Colombia

2013



# **Bocabajo**

**Óscar Daniel Campo Becerra**

Tesis presentada como requisito parcial para optar al título de:

**Magíster en Escrituras Creativas**

Director:

Tomás González

Línea de Investigación:

Línea de profundización en Narrativa (cuento y novela)

Universidad Nacional de Colombia

Facultad de Artes, Maestría en Escrituras Creativas

Bogotá, Colombia

2013

*A Lau y Anto*

*A Daniel y Mariluz*

*A Lor,*

*porque nuestra vida cotidiana  
está metida en cada una de mis palabras.*

### **SIN LLAVES Y A OSCURAS**

Era uno de esos días en que todo sale bien.  
Había limpiado la casa y escrito  
dos o tres poemas que me gustaban.  
No pedía más.  
Entonces salí al pasillo para tirar la basura  
y detrás de mí, por una correntada,  
la puerta se cerró.  
Quedé sin llaves y a oscuras  
sintiendo las voces de mis vecinos  
a través de sus puertas.  
Es transitorio, me dije;  
pero así también podría ser la muerte:  
un pasillo oscuro,  
una puerta cerrada con la llave adentro  
la basura en la mano.

Fabián Casas

## **Agradecimientos**

Agradezco a quienes hicieron parte directa del proceso de escritura y de lectura en torno a este proyecto: a Leonardo, a Óscar Mora, a Jhon Jairo, a Sebastián, a Jairo Orrego, Diego Jaimes, a Nathalia Ríos, a Diana Obando, a Mario Aguirre, a Carolina Cuervo, a Juan Camilo, a Luismi, a Sergio, a Ricardo Tacuma, a Brian Rincón, a Cristina Villar.

A la generosidad y la paciencia de mi director de tesis, Tomás González, y mis tutores Marta Orrantia y Roberto Rubiano.

A Julio Paredes y Helver por las conversaciones sobre libros y por sus ideas sobre la literatura que en varios momentos tomé prestadas para este proyecto.

A los amigos lectores que han confiado en mis textos inéditos: Fran, Juanchito, Ana Cecilia, Daniela, Gabriel. También a mis compañeros de pregrado que han persistido en estar cerca Manuel Osorio, Ángela Arias.

Al grupo de lectura con el que nos hemos hecho grandes amigos a lo largo de diez años: a Luis Eduardo, a Mauricio, a Piedad, a Chrisnel, a Manuela, a Jota, a Edgar.

A Mery Yolanda Sánchez, por su apoyo y porque su forma de vivir la literatura ha sido fundamental para mí.

A mis profesores de literatura Víctor Viviescas, William Díaz, Iván Padilla, Patricia Trujillo y Patricia Simonson. Una parte importante de mis ideas y discusiones sobre literatura se las debo a ustedes.

También quiero reconocer el cariño y la constancia de Alejandra Jaramillo. Su entusiasmo por la vida y por la literatura hace parte de esta novela y de mi experiencia vital.

Por último, agradecer el apoyo incondicional de mi familia y de mis amigos de Barranca, todos ellos conforman mi hogar de allá.

## Resumen

Se trata de un hombre solitario que vuelve a casa, encuentra el edificio de su apartamento sin luz y descubre que además ha perdido las llaves. En las escaleras se cruza con Ramiro, el vecino universitario del piso seis, y se ve obligado a aceptar la compañía de ese extraño. Esta novela cuenta cómo a lo largo de la noche a oscuras se entretajan las historias personales de estos dos personajes y la manera en que las desgracias individuales de sus vidas recientes terminan por acercarlos.

**Palabras clave:** exhumación, electricidad, escalones, matrimonio, duelo, apartamento, supermercado.

## **Abstract**

A lonely man comes home, finds his apartment without electricity and notices that he has lost the keys. On the stairs he runs into Ramiro, the college student from the sixth floor, and is obliged to accept that stranger's company. This novel tells how during the night the personal stories of these two characters are interwoven and the way the individual misfortunes of their recent lives end up bringing them closer.

**Keywords:** exhumation, electricity, steps, marriage, grief, apartment, supermarket.





## Contenido

Prólogo. Ese reseco grano de polen, 11

El umbral, 24

Escalones vacíos, 39

Interior/noche, 88

Andenes, 88

Ventanas abiertas, 118

La azotea, 146

## Prólogo

### Ese reseco grano de polen

Herta Müller dice que los adultos de su infancia tenían una relación funcional con las palabras. Para ellos, campesinos rumanos, el lenguaje era transparente y estaba al servicio de la realidad. La palabra azadón designaba el objeto, y entre este y la representación verbal no había espacio de duda. Una pipa sí era una pipa. La consecuencia más notoria, continúa la Müller, era que sus mayores hablaban poco y aprendían las acciones de forma intuitiva: “Veinte o treinta personas juntas podían pasar horas en silencio. A veces, al verlos, me daba la sensación de estar contemplando cómo la gente olvidaba lo que es hablar. Cuando terminen de darse semejante paliza trabajando, habrán olvidado todas las palabras”<sup>1</sup>.

En cambio, los adultos de mi infancia no podían callarse. Eran habladores de tiempo completo. No porque tuvieran una relación intensa con las palabras, sino por su incapacidad para mantenerse en silencio. De pronto era por la naturaleza de sus profesiones (obreros, comerciantes, profesores de escuela, líderes comunitarios, toderos), lo cierto es que tenían a la mano una opinión fácil sobre cada cosa, un chiste, una fórmula retórica para alargar el saludo y las despedidas, igual que los borrachos al final de las fiestas. No se me malinterprete: me gusta esa manera de vivir el lenguaje y, cuando durante el colegio empecé a escribir cosas, me di cuenta de que en realidad me salía fácil sentarme a garabatear en hojas de cuadernos, así no tuviera nada por contar. ¿Cómo afectó la escritura de esta novela que ahora está en sus manos esa relación más bien artificial con el lenguaje?

---

<sup>1</sup> Herta Müller. “Cada lengua tiene sus propios ojos”. En: *El rey se inclina y mata*. Madrid: Siruela, 2003, p.12.

¿En qué medida se transformó esa relación en los años recientes y qué tanto continuó siendo la misma?

La semana pasada asistí a un taller en el que Carolina Sanín afirmó que crear es ya investigar, que la investigación para escribir un texto literario no es necesariamente distinta del acto mismo de componerlo. Por supuesto, en determinados casos, hay una pesquisa especializada para reunir un material sobre un tema y esta pesquisa alimenta la ficción escrita, pero el punto es que la escritura creativa exige de por sí tomar conciencia del lenguaje y de lo que se está tratando de decir, y ese proceso constituye una “investigación” suficiente. Parecen adecuadas las siguientes preguntas: ¿qué quise investigar yo durante la escritura de esta novela?, ¿se trata de algo así como un sentido oculto y unívoco por descifrar? Ese ‘qué’ sería el objeto de investigación del proceso de escritura, de modo que el ‘cómo’ está contada una novela estaría subordinado a ese ‘qué’. No considero que el ‘qué’ de una obra sea solo el argumento lineal, la sinopsis. Más bien lo constituyen el tema, las premisas, el elemento sensible de una historia, eso que en una lectura me produce estupor, tristeza, desencanto, “la experiencia emocional que preocupa al escritor: la introspección, la sabiduría, lo que uno se ha propuesto decir”<sup>2</sup>. Indagar por el ‘qué’ de una obra no sería solo un procedimiento de análisis sino también parte de la metodología de trabajo creativo. Y esa metodología constituye la investigación más o menos consciente emprendida por mí durante la escritura del texto.

---

<sup>2</sup> Vivian Gornick. *Escribir narrativa personal*. Barcelona: Paidós, 2001, p. 17.

Tenía catorce años cuando aprendí las palabras “vergel” y “forúnculo”. Armé un cuento con la única intención de que tuviera estos términos y se lo presenté a mi profesor de español. Se titulaba de hecho “El vergel ebrio”. El profesor celebró el amplio vocabulario con el que estaba contada la historia. Me dediqué a partir de entonces a hacer listas con palabras exóticas, extraídas de García Márquez, del Popol Vuh o de poetas españoles del siglo de Oro. No significaba que leyera todos esos textos, los repasaba, sacaba las palabras y terminaba la lectura de los que me enganchaban. Un día escribí otro cuento y lo mandé a un concurso. Se titulaba “Perfume de mula” y trataba sobre un muchacho común y corriente con problemas económicos que cogen en el aeropuerto tratando de sacar droga del país. Quería que el cuento se pareciera a tres historias que había leído por esa época: *El caballero de la armadura oxidada*, *El don de la estrella* y *Juventud en éxtasis*. Como ganó uno de los premios, un amigo me pidió tiempo después que le pasara ese cuento mío para leerlo, ¿cómo era que se llamaba? ¿“Olor a burro”? El chiste involuntario me sigue pareciendo buenísimo. Seguí usando durante mucho tiempo esa manera lírica de titular: “La madera y la memoria”, “El hombre de las manos mojadas”, “Los habitantes del bus”, “Terapia de coros”, “El rumor del agua aquietándose”.

Incluso en la universidad, en los ensayos académicos, cabía ese lenguaje. El primer párrafo del trabajo final de Literatura Española I reza: “La lírica hispánica reposa en el tiempo, puesta en los pliegues milenarios de la tradición española, huidiza, misteriosa... Siempre viva. Los ojos mestizos de nuestro folklore la presienten, oyen su respiración”. La introducción a un ensayo sobre Heidegger y César Vallejo es así: “Me interesa aproximarme al lenguaje, rodearlo, amenazar con abarcarlo (aunque solo sea una amenaza). Este es mi punto de partida. En él ya están contenidos riesgos diversos, desconciertos que,

puesto ahora frente a la hoja en blanco, se me muestran innavegables”. Me aficioné en particular por la escritura de algunos teóricos del siglo XX (varios de ellos franceses) que buscaban solucionar la abstracción estéril del lenguaje académico con un lirismo intenso, formulaciones paradójicas y, en cualquier caso, poniendo en un primer plano, por delante de las ideas, el lenguaje que desplegaban con cierto virtuosismo a lo largo de un texto.

Un día, mientras hacía la tesis de pregrado, me di cuenta, al releer el borrador del primer capítulo, que no sabía lo que había querido decir. Es más, ni siquiera sabía si tenía algo que decir. Simplemente me gustaba el tema del hablaba y el lenguaje consignado expresaba ese entusiasmo. ¿Pero podía haber algo más allá?, ¿una intención más concreta y estimulante para que no me aburriera en las sesenta páginas que faltaban? Escribí lo siguiente al empezar el capítulo dos: “El tono lírico y solemne, la seriedad del lenguaje pretendidamente literario, pueden ser fácilmente una fórmula debajo de la cual no haya nada. No recuerdo en qué momento caí en la cuenta de que esto era posible”. Lo borré después, pero escribir esas dos líneas me permitió avanzar.

A partir de entonces, empecé a pelearme con el lenguaje de mi entorno: el eufemismo de los periodistas, la manera retorcida en que da su opinión la gente cuando sale en la tele, los preámbulos que necesita alguien para hablar en la franja “preguntas del público” al final de las conferencias, todos estos fenómenos me parecían el resultado de una relación artificial con el lenguaje, de cierta incapacidad para quedarnos callados. También empezó a hastiarme el lenguaje grave o elevado de una buena parte de la literatura contemporánea del país. Aún en textos que me gustaban. ¿A quién le hablaba toda esa gente con esa elevación del vocabulario y las formas sintácticas?, ¿a quién me dirigía yo con la escritura impostada de mi tesis? Quizá no haya manera de eludir la impostación al emplear las convenciones de

una lengua, pero tal vez sea posible elegir la forma más personal de impostar. Detrás del lirismo y la solemnidad de mi tesis había la intención de sonar serio, de parecer culto e inteligente, de concederle a mi texto una importancia superior, de elevarlo al mundo abstracto y grave de la tradición del pensamiento.

Anduve en crisis un par de semanas. Igual saqué adelante la tesis, sin quedar conforme con el esfuerzo por pensar cada palabra escrita. Con mucha frecuencia, se escribe lo que se puede y nada más.

La escritura de esta novela fue una búsqueda constante de una metodología de trabajo. Aparte de las reglas de juego que fui definiendo con el tiempo (lenguaje contenido, estructura episódica, dos historias que se cruzan, etcétera), la pregunta que intentaba resolver era cómo iba hacer para tener siempre algo que escribir, para que el proceso fuera una cosa continúa y lanzada hacia adelante. La metodología se relaciona con las exigencias de continuidad de cada género. Antes de escribir esta novela corta, yo solo había escrito cuentos, y por tanto tenía una metodología diferente. Quizá este sea un hallazgo mínimo, valioso para mí. Pero tengo la impresión de que detrás del tema de la metodología hay una razón más general: no aburrirse ni perder el interés en el relato que se está tratando de producir. Escribir narrativa sería entonces formularse las preguntas adecuadas para llevar un personaje o una situación de un momento inicial a otro final, y conservar la energía y el entusiasmo durante el proceso. Lo “adecuado” de estas preguntas no coincide necesariamente con “lo correcto”, a no ser que volvamos a la idea de que haya solo una forma de escribir algo. Debería haber una alta cuota de arbitrariedad en las decisiones

formales que forjan una narración y esta arbitrariedad haría parte de lo que vale pena comunicar en un relato. Con el tiempo, al mirar hacia atrás, sería posible encontrar explicaciones que den sentido a esas decisiones, inciertas en un primer momento.

En parte, la solemnidad es una forma de adjetivar. Esta forma se parece a lo que habitualmente se entiende por escritura barroca: “lo desmesurado, lo frondoso, lo recargado, lo excesivo: un exceso, sobre todo, de los medios en relación con los fines, del lenguaje y los recursos de estilo en relación con lo que designan. Este es un barroco que se manifiesta principalmente en el nivel de la frase, que se engalana, se pavonea, se enriquece de vocablos exóticos, de subordinadas, se retuerce sobre sí misma y se enreda”<sup>3</sup>. Con el lenguaje solemne se asegura cierta majestuosidad, pero además se le imprime un talante de seriedad a lo que se está comunicando. Muchas veces, los escritores colombianos contemporáneos no heredan la pompa barroca, aunque sí su intención ceremoniosa, de tal suerte que el lenguaje se vuelve serio, elevado (en el mejor de los casos), o dulzón, acartonado (en una mayoría poco afortunada). No importa el talante urbano o sórdido, o la trivialidad de la escena, (ni siquiera la edad de los escritores), el lenguaje del narrador es incapaz de “rebajarse”. Miren cómo comienzan tres narraciones colombianas que en todo caso me gustan:

---

<sup>3</sup> Carlos Gamerro. *Ficciones barrocas*. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2010, p11. La tesis de este libro plantea que existe una escritura barroca (en el plano del lenguaje) y una ficción barroca (en el plano de la estructura narrativa). En la tradición del río de la Plata sería posible identificar una suerte de ficciones barrocas que se extienden hasta el final del siglo XX y comienzos del XXI.



Como a Rosario le pegaron un tiro a quemarropa mientras le daban un beso, confundió el dolor del amor con el de la muerte. Pero salió de dudas cuando despegó los labios y vio la pistola<sup>4</sup>.

“Todo lo que ocurre tiene un sentido”, pensó Víctor Silanpa al notar que era una mañana distinta. Había terminado los dos tomos de *Shangai Hotel*, de Vicki Baum, leyendo con ojos irritados hasta el amanecer, y aún no sabía si el libro le gustaba. Ni siquiera sabía por qué lo había leído. Durante la noche había vuelto a romper la promesa de no fumar y, encima, debía empezar con la crema antihemorroidal, que lo observaba desafiante en la repisa del baño. Miro con odio el tubito rojo, le atornilló la capucha plástica y, sintiendo un derrumbe de galerías en la psique, lo acercó a su cuerpo haciendo salir un líquido frío. (13)<sup>5</sup>

La noche anterior, a eso de las nueve, Xavier Moré había llegado caminando a casa de los Lemoine. Apareció de pronto en el comedor, llenando el marco de la puerta con su figura de viejo buitre. Su cráneo era áspero como papel secante, y las carreteras de pelo blanco que lo atravesaban parecían pintura descascarada en una pared de arcilla (68)<sup>6</sup>

Doy por descontada la calidad estética de estas narraciones y su importancia en el contexto nacional. Puedo apreciar su valor y experimentarlo en parte. Pero también advierto que el lenguaje empleado no parece necesariamente dirigido a mí como lector contemporáneo, sino directamente a la tradición de la Gran Literatura. Cuando Truman empieza a dudar de la “verdad” del mundo que lo rodea, de ese Truman Show en el que ha vivido desde su nacimiento, se desconcierta al notar que su esposa le ofrece un chocolate y enumera las

---

<sup>4</sup> Jorge Franco. *Rosario Tijeras*. Bogotá: Ministerio de Cultura, 1997, p2. Hay allí también cierta resonancia de las almendras amargas y los amores contrariados.

<sup>5</sup> Santiago Gamboa. *Perder es cuestión de método*. Bogotá: Norma, 1997, p.13.

<sup>6</sup> Juan Gabriel Vásquez. “El inquilino”. En *Los amantes de todos los santos*. Bogotá: Alfaguara, 2001, p.68

bondades del producto, mirando a una cámara invisible: ¿a quién le habla ella?, ¿a quién va dirigida la falsa sonrisa y la información publicitaria?, ¿por qué no lo mira a él? Así mismo, puede ser que la solemnidad o la seriedad del lenguaje en una buena parte de novelas contemporáneas aludan a la pretensión de que se les considere pequeñas obras de arte. No estoy seguro de si esta pretensión se antepone a veces a la historia misma y se traiciona de este modo la naturaleza de la novela: la novela debe contar solo lo que el lenguaje de la novela puede contar, dice Kundera, pero si pone por delante la conciencia de que ser obras maestras, tal vez termine por no contar nada, y se consiga una literatura aséptica, superflua, correctamente escrita, pero sin centro, sin capacidad de perturbación, sin experiencia emocional.

Afirma Roberto Burgos Cantor: “En un universo en el cual las palabras que designan las cosas se han dicho tantas veces en el tiempo de siglos, y el mismo moho cubre nombres y cosas, le es posible darse el lujo de *la parquedad* para rescatar *el filo* de las palabras. En el universo nuestro [colombiano, latinoamericano] todavía hay que acuñar las palabras, que hagan su curso de moneda legítima, para que cuando se diga lluvia, esta moje porque fue invocada” (148)<sup>7</sup>. Esta “parquedad”, ese rescate del “filo de las palabras” son justamente lo

---

<sup>7</sup> Roberto Burgos Cantor. *Señas particulares. Testimonio de una vocación literaria*. Bogotá: Norma, 2001. Su novela *La ceiba de la memoria* fue premiada en el 2009 por Casa de las Américas. Creo que este premio es la culminación de una gran tradición de ficciones barrocas colombianas. Según Carlos Gamerro, el concepto de ficción barroca (asociada más a Cervantes que a Góngora y Quevedo) “no se manifiesta, entonces, en el nivel de las palabras ni de las frases. Para encontrarlo hay que subir de nivel: a los personajes, las estructuras narrativas, la construcción de un universo referencial. En estos niveles superiores que, en los días en que la crítica literaria y la lingüística vivían la etapa feliz de su matrimonio, solían llamarse macroestructuras, lo característico del barroco es su afición, adicción a veces, al juego de intercambiar, plegar o mezclar (no en el sentido en que se mezclan los ingredientes de una receta, sino en el de barajar las cartas de un mazo) los distintos planos de los que la realidad se compone: ficción/verdad, cuadro/modelo, copia/original, reflejo/objeto, imaginación/percepción, imaginación/recuerdo, sueño/vigilia, locura/cordura, teatro/mundo, obra/autor, arte/vida, signo referente” (18). Por tanto la novela de Burgos Cantor se apoya en una escritura

que a mí me interesa. No creo haber logrado pulir así el lenguaje, pero lo que importa es comprender la dirección de la búsqueda. El “cómo” está empleado el lenguaje aquí tiene que ver con el “qué” estoy contando: la naturaleza desgarrada de la historia narrada en esta novela no quiere caer en cursilerías o amarillismos, por un lado, ni cargar la anécdota con simbolismos literarios, por el otro. No se trata de obviar influencias ni de negar el origen literario de cualquier escritura creativa. Se trata más bien de que mi texto no contenga el deseo de ser Gran Literatura, la conciencia culposa de saberse obra de arte, como el efecto que produce un primo antipático que se cree de mejor familia.

A la noción de solemnidad se puede adjuntar la idea de que la literatura es expresión, de que hay un estilo original adentro de cada uno, pues en el fondo de nosotros, si tenemos paciencia, nos esforzamos lo suficiente y resultamos elegidos por el dedo de Joyce, de Tolstoi o de Borges, reside una voz auténtica que debería aflorar naturalmente. No estoy de acuerdo con esta postura. Es una carga pesada eso de andar esperando la epifanía del estilo esencial. Pero no es solo incapacidad para soportar una carga así lo que me lleva al desacuerdo. Es advertir que detrás hay toda una concepción de la literatura. Lo que se expresa es el genio artístico, y con él toda una cultura afirmativa, una suerte de aristocracia del espíritu, o por lo menos, un elitismo que no me interesa en particular. Es cierto que el número de personas que conforman las comunidades lectoras es siempre reducido en cada época, pero eso no significa que se trate de seres especiales, ni mucho menos que los que escriban deban tener una suerte de talento natural (branquias detrás de la orejas, de pronto).

---

barroca y al mismo tiempo construye una ficción barroca. En esa doble naturaleza está familiarizada con *Cien años de soledad* y *La tejedora de coronas*. Quizá sea eso haga a estas tres obras en particulares dentro de la tradición colombiana.

Me parece que la literatura es fundamentalmente trabajo, el hecho artesanal, las decisiones formales que se toman o se evitan, la experiencia modelada con las herramientas del lenguaje y del relato. ‘Qué es lo que en verdad cuenta una historia’ es la pregunta que me gusta y no ‘qué aceptamos como literatura legítima y qué dejamos por fuera’. Hay unos textos que resisten más que otros esa pregunta por el ‘qué’. Para formar el ‘qué’ sirven las herramientas de la literatura, útiles al que escribe tanto como al que lee o estudia la literatura. Por esta vía, la literatura es conocimiento, pues ampliamos nuestra percepción del mundo a través del trabajo (inmaterial) empeñado en forjar una invención literaria y en descifrarla.

Para Ricardo Piglia, después de Joyce, la novela ‘obra maestra’ se convirtió en un género con sus convenciones, fórmulas y líneas temáticas estereotipadas, como las que se encuentran por ejemplo en la novela policial<sup>8</sup>. Por tanto, aspirar a escribir La Gran Novela Colombiana no es simplemente un gesto ingenuo sino un exabrupto. No significa que haya que renunciar a una escritura con ambición o que tenga algún valor literario. Solo que el deseo de que una novela sea una obra maestra (una gran obra de arte) está desfasado. Y en esa medida también las posibilidades de establecer una comunicación más o menos efectiva con las comunidad de lectores de nuestra época.

Se afirma con frecuencia que el tiempo constituye uno de los problemas fundamentales de la narrativa para indicar una cuestión recurrente de composición. La contraparte de esa cuestión técnica es la visión de mundo que la sustenta, la forma de concebir el tiempo que está detrás de las decisiones formales que se toman. El tiempo interno de una obra se

---

<sup>8</sup>Ricardo Piglia. *Formas Breves*. Barcelona, Editorial Anagrama, 2000, p.95.

conecta con el tiempo histórico al que pertenece la obra y el presente del autor escribiendo. Es así como cada obra se propone, explícita o implícitamente, una relación particular con el tiempo y por tanto su propia idea de literatura. En eso consistiría el llamado contemporáneo que supone un proceso de escritura creativa.

Nada de lo que he dicho hasta ahora es original o auténtico o esencial. No es posible establecer un paradigma para la creación literaria, ni tampoco para estudio sobre la literatura. No me parece. Me importa más bien reconocer cómo he concluido mucho de lo que aquí he presentado gracias a las discusiones con lo que dicen otros escritores, con mis profesores y mis amigos. Gracias también a las lecturas de libros, esas narraciones sin aura que me han entusiasmado en los años recientes: *Ocio seguido de Veteranos del pánico*, *Biografía del hambre*, *Opiniones de un payaso*, *Nieve*, *Sputnik mi amor*, *¿Te veré en el desayuno?*, *Antártida*, *Pájaros en la boca*, *Los voladores*, *Rating*, *El sótano*, *Juventud*, *El bienestar*, *Muñecas*, *Un beso de Dick*. Quisiera no haber hablado de la literatura como una cosa colombiana, latinoamericana o europea, pero me cuesta desligar las obras del contexto y a veces también de la biografía de sus autores. En cambio he privilegiado mencionar el nombre de las obras y no (justamente) de sus artífices. Me doy cuenta de esto al revisar la lista anterior. También advierto que al menos tres de las obras citadas eligen el presente simple como tiempo verbal, a veces incluso este tiempo aparece con el encuadre de la primera persona. En sí, no tiene nada de novedoso: son los dos rasgos característicos de *Molloy*, escrita a mitad del siglo XX. Pero sí debería llama la atención: quizá *Molloy* sea la novela sin aura por excelencia. El extremo opuesto de la retórica solemne podría ser entonces el de la levedad inmotivada.

Hablar sobre otros libros no es fácil, mucho menos jugar a atender la forma en que están contruidos. Dice Heinrich Böll que en toda construcción humana quedan algunos milímetros o centímetros de incalculabilidad. El problema no está en la planeación, el diseño, el trabajo sobre planos, sino en la encarnación, en la realización del puente, por ejemplo: “Ese rezago de incalculabilidad, sea solo en fracciones de milímetros, que corresponde a minúsculas diferencias imprevistas en extensión ¿cómo deberíamos llamarlas? ¿Qué queda escondido allí? ¿Es lo que usualmente llamamos ironía, poesía, dios, resistencia, o usando una expresión popular en estos días: ficción? (125)<sup>9</sup>.

Hablar sobre literatura es sentarse a mirar esa fracción incalculable del armazón ficcional, mirar el lenguaje, como quería la Müller. Y lo que me atrae de mi propio proceso de escritura tiene que ver con esto mismo. Quizá este epílogo no sea más que un intento por responder dos preguntas: ¿cuándo empecé realmente a escribir esta historia? y ¿cómo discernir el momento en que la lectura se concentró en el proyecto de novela corta y no en esa pulsión general hacia la escritura que trato de cultivar hace tiempo? La formación del literato y la experiencia creativa no tienen por qué ser partes escindidas de un sujeto. Ni tampoco deberían coincidir o estar siempre de acuerdo la una con la otra.

Estrategia para armar este prólogo: inventarme un personaje que escribe cuentos desde el colegio, que escribió una tesis en literatura y que se pone a pensar en cómo se ha transformado su relación con el lenguaje a lo largo de los años. El elemento de ficción

---

<sup>9</sup> Heinrich Böll “Sobre la razón de la poesía”. *Discursos Premio Nobel. Tomo II*. Bogotá: Común presencia editores, 2003.

ayudaría a lidiar también con el residuo confesional. Este epílogo pudo llamarse “Ficción con un hombre adentro”. Problemas de este título: demasiado pretencioso. Lo más honesto sería algo como “Disculpe las molestias: seguimos trabajando”. Problemas: la resonancia que hay en el fondo del famoso *Work in progress* de Joyce.

*5 de noviembre de 2012*

**EL UMBRAL**



**1.**

El bombillo del techo parpadea y no se enciende. Ajusto la puerta de la calle, la sala se mantiene en penumbras, al fondo las persianas siguen descorridas y, en medio de las sombras vagas, solo puedo percibir la lucecita verde de la máquina contestadora avisando que tengo mensajes. Voy a la cocina, prendo la luz, abro la nevera, boto una mandarina podrida a la basura, me sirvo agua de la llave. Atravieso la sala, doy un rodeo para no tropezarme con la mesa bajita, el sofá, los cojines. En la repisa del teléfono, con el vaso de agua en una mano, desocupo el contenido de mis bolsillos (el llavero de la India Catalina, una bolsa de maní a punto de terminarse, los audífonos del celular, el celular, un marcador delgado del que no puedo adivinar el color), oprimo el botón para oír los mensajes: mi mamá quiere saber cómo estoy, ya llevamos varias semanas sin hablarnos, ella está bien, el mismo dolor en las rodillas; luego el mudo, que no deja ningún recado; finalmente una mujer se presenta con el nombre de Adriana, habla de parte de la funeraria, la semana próxima van a ser dos años y medio, por favor devolverle la llamada para coordinar el trámite de la exhumación. Habla de ustedes, pienso. Luego agrega que no tiene ningún otro número de contacto y que espera estar dirigiéndose a las personas correctas. Me imagino de inmediato la escena: una pareja sentada a la mesa, intercambiando las historias de lo que les ocurrió en el día, y de golpe entra la llamada de una tal Adriana. Me quedo de pie con el vaso en la mano. Repito para mí el teléfono de Nayibe. Como si alguna vez fuera a olvidarlo. Camino por el pasillo que lleva hasta el cuarto del fondo del apartamento (piso siete de Torres Flacas, la ventana mirando a las montañas), prendo la tele, busco los canales de películas, me meto entre las cobijas, en la pantalla un hombre sostiene una discusión con quien debe ser su esposa: ¿Desde cuándo pides esa basura? ¿Por qué te dejas influenciar?

Este es un país libre. Si quieres una piece of cake, pides una piece of cake, dice él, increpándola. Ella lo mira, baja la cabeza, a lo mejor duda: Quiero una hamburguesa y papas fritas, eso es lo que quiero, dice por fin.

## 2.

Mi oficina es un cubículo apretado. A veces, para descansar, me reclino sobre la silla ergonómica y me pongo a mirar la superficie rugosa del techo de icopor. Trabajo la mayor parte del tiempo en la pantalla. Pero hoy la mayor parte del tiempo me la he pasado con la cabeza en otro lado. La verdad es que me duelen las cuencas de los ojos y las sienas. Ahí se acumula el cansancio cuando no duermo bien. Incluso la visión del techo me agota. Aunque me entretuve al descubrir las orillas deterioradas y las migas de icopor en un rincón del escritorio. Sobre la superficie de la mesa no me gusta que haya nada. Me cuesta empezar a escribir de una vez en el computador, así que cuando dejo de corregir en pantalla los textos de los demás y tengo que inventar un pie de foto, un título o el gancho de un artículo en curso, primero esbozo ideas sueltas en las hojas de bloc amarilla. Nostalgia de escribir a mano, quizás porque me parece bonito pensar que hubo un tiempo en que tenía sentido la expresión ‘de su puño y letra’. Nostalgia boba en todo caso, pues yo ni siquiera sé usar una máquina de escribir. Cuando me aburro de garabatear, transcribo despacio, borro y corrijo sobre la marcha, chuzando el teclado, hasta que obtengo una versión definitiva: “Ataúdes de cartón, baratos y ecológicos para evitar la tala de árboles”, “Una perra callejera amamanta a un ardilla y le salva la vida”, cosas por el estilo.

El bloc, pienso, y me pongo a trabajar. Entonces vienen a apurarme porque me estoy demorando con el gancho de una noticia de primera plana. Claudia me encuentra retiñendo el teléfono de Nayibe. Una tortuga nada hacia un extremo del salvapantallas y reaparece en el otro. El jefe de redacción anda emputado por la lentitud de sus esclavos, me informa la pasante, con su voz de impulsadora de productos. A veces quiero decirle lo que pienso de su voz. Cuando comenzó a trabajar aquí y me pidieron que la asesorara, me fastidió además el entusiasmo que le imprimía a sus actividades. Al final me desarmó el sentido del humor y la eficiencia con la que era capaz de moverse. Una tarde acepté una de sus invitaciones a tomar un café. Después hemos salido otras veces. Quiere revisar con tiempo la primera plana, agrega Claudia. Yo la miro y se me ocurre que hoy quizá ella sea la interlocutora apropiada. Me arrepiento, aunque se da cuenta de algo porque me pregunta si tengo algún problema. No le respondo nada, le doy la espalda, tomo un lápiz de la jarrita de colores y de un tirón escribo el gancho: “Hombre vivió dieciséis años amarrado a la pata de una cama. Policías lo descubren y capturan a su abuela. Ella afirma que solo quería cuidarlo para que no se saliera a la calle mientras ella vendía obleas en el parque de Usaquén”.

Claudia ya no está detrás. Transcribo el gancho. Me alejo de la pantalla para evaluar el resultado. Hago algunas correcciones. Enter para que quede en el sistema. Paso la hoja del bloc. Querida Nayibe: esta mañana he llamado a los de la funeraria... ¿Querida? Eso no tiene ningún sentido. Arranco la hoja, la arrugo, le pinto unos ojitos con pestañas largas, luego retiño las sombras de las ojeras, pongo el muñeco al fondo del escritorio. Se llama Tato. Ridículo, pienso, no, no, infantil es la palabra. Me quedo un rato en esa posición: el codo en los apoyabrazos de la silla, dos dedos pellizcándome los labios. Recuerdo las migas de icopor: con una mano las barro hacia el borde del escritorio y las recojo con la otra. Las

vuelco en la canasta de papeles. Muevo el cursor y el mundo marino de la tortuga se deshace en un instante, voy a mi correo electrónico, busco la dirección de Nayibe, mis dedos amenazan encima del teclado, no sé cuál debería ser el asunto del mail. La silla es en verdad incómoda: la espuma aplastada, el sistema ergonómico desajustado, el espaldar inclinado peligrosamente hacia la escoliosis. Lo dicho: me cuesta empezar a escribir directo en la pantalla.

### 3.

A la terraza de fumadores viene a buscarme Claudia. Estoy aquí afuera pero no fumo. Ella sí. Me pregunta cómo me fue. El Director quería saber si había tenido otra recaída, digo, incluso se acercó a vigilarme el tufo. Claudia hace un gesto de desaprobación. No sé si al Director por dudar de mí o a mí por poner a dudar al Director. Claudia fuma cigarrillos mentolados. En algún lugar de esos edificios que caen atropellándose por la montaña vivo yo. Sé lo que debo agregar en este momento: nada de recaídas, nononó. Pero me callo. Me quedo pensando que el Director sirvió tinto para él y a mí me ofreció un vaso de agua. Ahora me resulta sospechoso el ofrecimiento, así como un chiste muy flojo el retablo con etiquetas de cervezas del mundo que hace parte de la decoración de la oficina del Dire. Me sonrió (porque tengo cierta debilidad por los chistes malos) y ahora quizá Claudia desapruera esa sonrisa. Mi situación laboral no debería alegrarme, seguro piensa. Se trata de un nuevo llamado de atención. He vuelto a los titulares de los comentarios en los pasillos de la oficina. La sonrisa torna a la expresión seria de hace un rato. O eso intento.

Una mañana me agarré a golpes con el celador porque no me dejaba entrar. El celador era nuevo y alegó con razón que yo no le había querido mostrar el carnet de la empresa, que olía a trago y tenía mal aspecto. Me mandaron a descansar unos días y después al psicólogo. Cuando volví, había un montón de versiones sobre mi vida en los pasillos: que estaba loco y me habían medicado; que mi esposa me había dejado porque armé un escándalo en el trabajo de ella; que había vendido las cosas del apartamento para comprar licor... Algo de verdad había en esos comentarios malintencionados. No me explico cómo no me han echado antes. Claudia tampoco debe entenderlo. El Director me ha dado nueva advertencia. Podría ser la última, pienso. La próxima semana van a discutir mi continuidad con los de la junta, digo de repente. Ni siquiera volteo a mirar a Claudia, supongo que ella le da una nueva chupada al cigarrillo, sin mostrar sorpresa.

Antes Claudia me ha mostrado dónde queda su casa: hay que ubicar la avenida Caracas y en vez de subir buscando la Candelaria, ladear la cabeza para mirar las calles que se amontonan hacia abajo. No recuerdo el nombre de su barrio. Lo busco en la imagen de la ciudad abajo, pero no lo encuentro. A esta hora, en la recepción de Torres Flacas debe estar el señor Luna barriendo o trapeando el pasillo. Cuando salí esta mañana el señor Luna no había llegado, en cambio me encontré con uno de los universitarios del sexto piso y su novia, que me saludaron en el ascensor mientras salían apurados. Y el hombre del cuarto, en ropa de hacer deporte, paseando a la perra. Alguna vez Nayibe y yo estuvimos de visita en el apartamento de este hombre; vivía con alguien, estaban a punto de casarse, fue una cena de parejas: Nayibe y yo, él y su prometida. Nos divertimos. Por esa época, Nayibe y yo hicimos la solicitud de matrimonio ante un notario y ellos nos sirvieron de testigos: no queríamos contarle a nadie de la familia ni del grupo más cercano de amigos, así que la

pareja del cuarto reunía el perfil ideal. Al poco tiempo ellos se separaron y nunca se cumplieron los planes de acampar los cuatro en las afueras de la ciudad. A ella prácticamente no la he vuelto a ver. Él empezó a saludarnos con una distancia extraña, nosotros le recordábamos una época que ya no le interesaba. Cuando Nayibe se fue, comencé a evitarlo.

Uno de los nuevos redactores se acerca a pedirle fuego a Claudia. Creo que es nuevo porque no reconozco su cara, aunque tal vez me equivoque porque el chico me saluda con cierta familiaridad. Luego se va al otro extremo de la terraza. Claudia y yo nos cruzamos la mirada. Sin ningún motivo, me confortan su expresión tranquila. Casi siento que me interroga por las verdaderas razones de mi actitud esta mañana. No se preocupe, boss, puras amenazas para mantener en vilo a los lacayos, la oigo decir, mientras reviso con fijeza sus orejas rojas de frío. Me doy cuenta de que también tengo la cara helada por la intemperie. Agradezco las nubes de humo caliente de cigarrillo: nos envuelven a Claudia y a mí, y me parece que estamos a cubierto del redactor nuevo en el otro extremo y del resto del mundo allá abajo. Es una sensación cursi que nunca me atrevería a confesarle a Claudia. La primera vez que salimos, hace ya varios meses, ella me dijo que el problema no era que yo siguiera queriendo a Nayibe, sino que actuaba como si no me diera cuenta. Me molestaron sus palabras. Me puse de pie y así, desnudo como estaba, fui hasta el baño. Oriné con la puerta abierta. Habíamos ido en una residencia de Chapinero: una cama sencilla, un televisor metido en un armatoste metálico, una grabadora antigua con mala sintonización. Volví a la cama, ella tenía el torso descubierto, me quedé mirándola hasta que se puso de pie y fue a fumarse un cigarrillo a la ventana. Era la primera vez que la tenía así de cerca y

desnuda. Al otro día regresamos al trabajo y ninguno de los dos tocó el tema de nuevo. Igual seguimos acostándonos en residencias baratas de Chapinero bajo.

Claudia, necesito hacer una diligencia más tarde, digo. Podría explicar que no tuve forma de pedirle una licencia al Director hace un rato. Pero no hace falta más que el tono de mi voz para que ella entienda que no me interesa entrar en detalles. O eso concluyo para justificarme. Claudia apaga el cigarrillo contra la parte exterior de la baranda. Se acomoda el pelo. Ya antes ella me ha hecho el favor. Sigue mirando al frente, las figuras diminutas de los buses en movimiento, los edificios brumosos de la ciudad, las líneas borrosas que trazan las carreteras de asfalto. O tal vez mira para adentro, a algún lugar que no alcanzo a figurarme. Trato de imaginar entonces lo que hacen ahora mismo el señor Luna, el hombre del cuarto, el universitario del que no sé el nombre y su novia. Están en algún lugar allá abajo, pienso, y enseguida me doy cuenta que se trata de una idea plana y desprovista de misterio. Volvemos adentro. Claudia se empina, me da un beso en la mejilla, dice que vaya tranquilo. Suerte, agrega al final, y esa sola palabra me desconcierta: ¿En qué consiste mi suerte? ¿Esta cosa negra y retorcida en la que pienso todos los días? Pero lo que más me disgusta es el contenido de autocomplacencia de mi reacción.

Voy hasta el cubículo, reviso la pantalla del computador, no hay nada pendiente, despejo la mesa del escritorio, recojo la maleta con mis cosas, agarro el blazer, justo antes de salir noto que otra vez se han acumulado las migas de icopor, dudo, me doy vuelta y me alejo tan discretamente como puedo. Busco en el camino cruzarme a la pasante pero no la encuentro. Me impaciento. En la oficina del Director acabé de tomarme el vaso de agua, lo dejé sobre el escritorio, alargué la mano para despedirme (pensé entonces en la precisión filosa de ese verbo) y le dije que él ya había hecho bastante por mí en los últimos años. El

Director agachó la cabeza apenado, o simplemente incómodo. Hubo un tiempo en que el Dire y yo fuimos amigos. No me lleva más de cinco años en edad, pero estamos en orillas distintas. Claudia en cambio es menor que yo y no tengo claro todavía qué tan cerca estamos el uno del otro.

En el primer piso la niña de la recepción se despide con su sonrisa habitual, corporativa. Empujo la puerta, afuera hay una luz espléndida. ¿Significa algo este sol, cuando hasta ayer y durante varios días ha llovido al final de la tarde?

#### 4.

Nayibe se quedó con el carro. En el último tiempo debo bajar a la carrera trece a coger el bus. Rodeo el supermercado donde almorzamos con Claudia la mayoría de las veces, por la calle zigzagueante dejo atrás una tienda de productos naturales y un instituto de educación no formal, del que una pequeña multitud de estudiantes ha empezado a salir. Luego desemboco en un parque. El olor a chorizo frito me llega como una cachetada. Busco la fuente del olor. Un hombre pasa pedaleando un puesto de comidas adecuado a una bicicleta. La paila caliente está desocupada pero igual cruje en el centro un pedazo requemado que se encarga de publicitar el sitio. Como va hacia arriba, en dirección contraria a la mía, tiene que esforzar las piernas para que el vehículo no se devuelva. Al final, cuando la pendiente le gana, se baja y empuja. En las varillas superiores cuelgan cilindros de carne teñida, menos roja que rosada. Me siento en una de las bancas de cemento sin espaldar del parque. No hay más nadie, solo un par de chicos haciendo barras en el otro extremo, junto a los juegos para niños. Bajo la sombra de un árbol enorme



(¿cómo se llamará?) es posible advertir la manera en que cambia la luz sobre el asfalto: en cuestión de segundos el amarillo pálido, de persona enferma, se transforma en una luz blanca y rechinante. ¿Por qué tenía tanto afán de salir temprano? A veces siento que se me olvidan mis propias urgencias. O que las olvido a propósito, fastidiado. El vendedor de chorizos se instala enfrente del instituto y pone varios en la parrilla. En la esquina hay un gimnasio enorme, por sus pantallas de vidrio se ve a la gente sudar y competir con el reflejo de ellos mismos.

Varias veces Nayibe y yo intentamos ir al gimnasio. Nos inscribíamos, comprábamos ropa en Casa Estrella, coordinábamos el horario (normalmente por la noche, después de volver del trabajo) y a la semana dejábamos de ir con la misma naturalidad con que se nos había ocurrido la idea. Los pocos días que asistíamos, el instructor nos mandaba a practicar quince minutos de cardio antes de pasar a las máquinas. Yo elegía las elípticas del fondo, entonces podía evaluar el cuerpo de Nayibe metido en sus lycras de colores. También el de las demás mujeres. Luego Nayibe y yo comparábamos los resultados de nuestra actitud contemplativa: por lo general yo prefería los culos grandes y bien formados, mientras que ella prefería los traseros discretos, acordes con mujeres delgadas. En lo que coincidíamos de forma habitual era en la fijación por las piernas firmes y torneadas. Un tiempo después se nos ocurrió la maravillosa idea de comprar una máquina para hacer ejercicio en la casa. Averiguamos el precio de las caminadoras. Al final nos inclinamos por una bicicleta estática. Está instalada en la mitad de la sala del apartamento, hace meses que no la pruebo, apenas convivo con ella echándole ropa sucia encima.

De otras tardes aquí sentado, reconozco las caras de los que siguen ejercitándose en las barras. Por los gestos y voces semejantes, por la manera de reírse y de tratarse el uno al

otro, he concluido que se trata de dos hermanos. Mientras uno cuenta, el otro sube y baja, sosteniéndose con los brazos, las piernas en el aire, los pies amarrados para ayudarse. Un hombre de edad disfrazado de atleta rodea el parque trotando y desaparece entre las casas del barrio, si no me equivoco volverá a pasar en un rato porque su rutina consiste en darle vueltas a la manzana. A la zona de juegos para niños ha llegado una mujer con el suyo y una motocicleta de plástico. Debe ser la niñera. El niño tiene ojos azules y la mujer lo empuja con una mano. Imagino que el niño tiene la sensación de que el esfuerzo de sus patitas sobre la tierra es el que lo impulsa hacia adelante. Ni a la mujer ni al niño los había visto antes.

Sí, tal vez era eso, pasarme por la funeraria para recibir instrucciones más precisas. El olor a fritura se apodera de las inmediaciones del parque. Los estudiantes del instituto se han acercado al puesto poco a poco, como si dudaran pero no pudieran resistirse al hechizo de la carne y la paila caliente. Adriana, la de la funeraria, me contó cuando le pregunté por teléfono esta mañana, que después de la exhumación nos entregan una bolsa con los huesos. A mí no se me había ocurrido pensar en los huesos. Me cuesta asociar una cara a la imagen de un montón de huesos sucios de tierra. Los veo pero no los conecto con nada, no puedo agregarle detalles. Huesos sucios de tierra y ropa corroída, hecha pedazos. ¿Cuánto tarda en descomponerse el material de la ropa?

La luz disminuye su fuerza: se vuelve azul, opaca, y me recuerda las mañanas en que una neblina delgada cae entre los edificios y se deshace de forma instantánea.

En la conversación con Adriana no entendí si era posible pedir algo como una cremación. Pensé, pero no fui capaz de preguntarlo, si el servicio de hornos crematorios lo ofrecen para

un montón de huesos o es un privilegio exclusivo de cadáveres malolientes. Nayibe no aprobaría la palabra maloliente. Quizá por eso haya empezado a sentir que la necesito, para que alguien me diga el tipo de cosas que no conviene decir o hacer o sentarse a pensar. Y si Nayibe se anima a regresar y estar conmigo durante la diligencia, podríamos llevar las cenizas a la laguna del Neusa o a Tominé o al Páramo de Chingaza. Al menos ir en el carro y esparcir sin detenernos el polvo gris en el aire para que luego caiga con lentitud sobre la superficie brillante del agua. Pero quizás Nayibe no quiera ir conmigo a ningún lado. O no sea posible incinerar los restos. Calcio incinerado. El olor pesado de la fritura se transforma de golpe en olor a carne descompuesta. En la parrilla, la carne rosada, con vetas marrones y moscas borrachas por el aroma. Se me revuelve el estómago. Me paro y huyo de la banca. Si continúo bajando por la misma calle, llego a la parada de bus en la carrera trece. El olor viene detrás, se expande, engorda y acelera. Lo descompone todo a su paso: edificios repentinamente poblados de hierbas trepadoras, ganados por el moho; los vidrios quebrados del gimnasio y las máquinas devoradas por el óxido; la cara de la mujer y de su niñera podrida de golpe, en la mitad del parque, los estudiantes caídos alrededor del vendedor de chorizos; el disfraz de atleta corroído sobre los huesos desgastados del hombre de edad; los hermanos abrazados, los músculos firmes de sus brazos, ahora verdosos como algas. Ceniza sobre mis hombros, una ceniza gruesa. Llego a la parada de la trece, la gente se apura y se aprieta en los buses. Puedo anticipar en cada una de las personas la descomposición anticipada. Nadie se da cuenta y están tranquilos. No se advierte el olor a carne dañada en la calle y al que apestan los buses cuando abren sus puertas para que la gente se siga metiendo. El ruido y el metal pesado de las fosas. Otra vez la urgencia. Desenrollo los cables de los audífonos. ¿Qué me pueden decir en la funeraria si me decidiera a ir? Cualquier bus que diga Galerías. Agarro el primero. No sé si va a bajar por la calle 53 o 57.

No tiene importancia. O quizá sí. Adentro del bus, de pie en el pasillo, tengo la impresión de que la descomposición viene pegada a mis ropas. Afuera el día comienza a caer. Pienso con alivio en el cuarto del fondo del apartamento, las cobijas, el televisor, my piece of cake.

## 5.

Nayibe:

Anoche me llamaron de la funeraria. Una tal Adriana. No la recuerdo pero ella insiste en que nos conoce. Pronto se cumplirán dos años y seis meses. No puedo creer que haya pasado tanto tiempo. El asunto es que deben realizar la exhumación y nos necesitan para el trámite. Me siento mal siendo el mensajero de estas noticias. Lo único que me tranquiliza es la certeza de que tú tendrás presente la fecha y el tiempo transcurrido. Más que yo por lo menos. Sigo en el apartamento de Galerías. Así que mis teléfonos son los mismos. ¿Cambiaste de número de celular? No lo sé porque no he sido capaz de llamarte. Tú mamá me ha contado que ya no estás viviendo en casa de tu tía y que encontraste trabajo. No puedo imaginar que te hayas adaptado al calor. No supo explicarme bien, le entendí que haces algunos turnos en una clínica y por la noche das clases en un instituto. Me alegra. Siempre he querido que te vaya bien. Y sé que así va a ser. Quisiera saber si puedo contar contigo para efectos del trámite. No te hice llegar la noticia por medio de tu mamá, pero si prefieres, puedes mandarme razón con ella. En el apartamento te quedan algunas cosas. No sé si las necesitas para guardártelas un rato más.

Releí rápidamente el correo, quité algunas cosas, puse otras, y creo que es todo lo que quería decirte. Disculparás si lo encuentras demasiado escueto, no quiero darle más largas, así que la mando de una vez.

J.

6.

“Lista de frases tachadas.doc”

Sobre todo porque estás allá, tratando de... ¿olvidar?, ¿empezar de nuevo?, ¿recuperar fuerzas?

Y ya puedo advertir lo que estás pensando: no es capaz de llamarme pero sí de escribir para contarme que no ha podido llamarme. No me enorgullece la situación. Así son las cosas.

Es que cuando te escribo igual siento que continuamos sin comunicarnos.

Y puedo entender perfectamente las razones por las que te fuiste. Aunque a veces se me olvidan y me lleno de rabia. El señor Luna y los vecinos te mandan saludes.

Desde que me enteré de que te habías ido a vivir allá, han vuelto algunos recuerdos de ese pequeño viaje que hicimos para visitar a tus familiares.

¿Te acuerdas? En especial tengo presente el viaje en ferry, las bancas pegadas a las ventanas, los viejitos tocando porros en la proa de la embarcación (¿chupacobres es el nombre con el que se referían a esa clase de músicos?).

A veces se me ha ocurrido que resultaría muy romántico ir a buscarte. Pero es solo una ocurrencia, porque en verdad nunca sentí ganas de hacerlo desde que te fuiste.

Quien te quiere y te extraña.

7.

Me despabila la visión del edificio en el que vivo. Levanto la cara, reparo, compruebo varias veces. No hay duda: se ha quedado sin luz eléctrica y permanece a oscuras. Apago la radio del celular, corto a la mitad la frase del hombre de las noticias. La tensión empuja mis hombros hacia abajo. El andén está tupido de gente. O no tanto, solo algunas personas que van y vienen. Yo me estoy de pie, la maleta en la espalda, en la mano cuelga la bolsa del supermercado con la compra reciente, los extremos de los audífonos se asoman en la camisa. Justamente hoy, pienso. Un aire opaco, sombrío, se forma alrededor. La vida reconcentrada de Galerías. Entonces advierto los alfileres invisibles del cansancio en las piernas, un ardor en la boca del estómago parecido al hambre, el brillo desagradable de la nariz (Nayibe se aburrió de probar conmigo remedios caseros para combatir el cutis graso). A veces las cosas suceden así, sin ningún sentido, y le destruyen a uno el ánimo. El ruido de los motores y los pitos desconsiderados rehacen la imagen de la calle al frente. Cruzo. En la esquina han parqueado un furgón con el logotipo de un canal de televisión. No hay nadie adentro. Lo rodeo y quedo frente a la fachada de mi edificio. TO E 51: las letras ya faltaban cuando nos pasamos a vivir aquí. El nombre de Torres Flacas describe con mayor precisión y honestidad el espacio de las escaleras, el tubo estrecho del ascensor y la longitud carcelaria de los pasillos. Mi cuerpo ofrece resistencia al contar mentalmente los escalones. Vivo en el piso siete. El ascensor estará en el primero, sin luz, durmiendo con la boca abierta.

**LOS ESCALONES VACÍOS**

## 8.

Las maletas de Nayibe han dormido en la sala junto a la puerta. Ella se asoma a la habitación del fondo para despedirse, yo estoy sentado en el borde de la cama. ¿Entiendes que en verdad me voy?, me pregunta, como si me hubiera olvidado. Luego nos quedamos largo tiempo sentados en el borde. Trato de reunir la decisión suficiente para abrazarla, de forzar el contacto al que mi cuerpo se ha negado en estos últimos meses, de gritarle que su presencia está físicamente adherida a mi cuerpo y ahora va a desprenderse y el dolor será insoportable. Nos despabila un sol brillante y fastidioso que anuncia un aguacero. Tengo la garganta reseca y algo de dolor de cabeza. Al fin ella se aproxima y me pasa los brazos alrededor del cuello. Debo atesorar el recuerdo del cuerpo caliente de Nayibe, apretándose contra el mío. También mi manera torpe de estar aquí, en el abrazo, y lo distante de mi voluntad, varada como un animal desorientado en la mitad de una calle. Nayibe se pone de pie, entra al baño de la habitación, deja correr el agua, se lava la cara. Después, se le ocurre abrir las persianas. Jala el cordón, la pantalla metálica se mece y rueda solo desde la punta derecha. Nayibe jala de nuevo pero la persiana no responde y se queda trabada. La miro, sin moverme de mi sitio: Nayibe de espaldas, agarrada al cordón, mirando afuera las montañas o la edificación abandonada de junto, Nayibe luego con la cabeza inclinada hacia el suelo. ¿Está llorando? Entonces golpea el vidrio de la ventana con la palma de la mano. Se da vuelta y abandona el cuarto. No puedo verle la cara mientras se aleja, toma su maleta y desaparece, girando a la izquierda, en el umbral de la puerta de entrada. No estoy seguro aún de si oigo un portazo o el simple sonido de la puerta al cerrarse. Me detengo en eso por un instante: ¿Tiró Nayibe con rabia la puerta o solo la ajustó como cualquier otro día? ¿Lloraba mientras se fue? ¿Existe alguna conexión entre estos dos hechos? El vidrio de la



ventana sigue temblando un rato, igual que las paredes, o eso creo, tal vez porque quiero suponer que el hueco dejado por Nayibe produce un efecto sobre las cosas que me rodean. Luego todo se queda quieto, sin aire. Me dan náuseas, pero no soy capaz de pararme al baño. El día empieza a oscurecerse y suena un trueno. Como si se descolgara un discreto aviso de tormenta, pienso.

## 9.

Giro las dos cerraduras de la puerta, cada una por separado. En el reflejo del vidrio de la entrada veo las tiras de la maleta a lo largo del torso, el pelo despeinado, mi cuerpo doblado hacia adelante como un paréntesis abierto. Para manipular las llaves pongo la bolsa del supermercado en el suelo. Dos habitantes por cada apartamento son cuarenta y dos personas enlatadas en el interior de Torres Flacas. Cada apartamento, a su vez, es una pequeña billetera dividida en dos habitaciones con el espacio medido para cierto número de documentos. Cuando nos mudamos a vivir aquí (hace cinco, seis años), nos deshicimos de un par de escritorios y de cajas con fotocopias amontonadas durante la universidad. El señor Luna se quedó con uno de los escritorios y nos ayudó a bajar el otro y las cajas al sótano en el que reposa la basura, en un rincón del parqueadero. Desde el principio nos la llevamos bien con el señor Luna. Él consiguió para Nayibe la copia de la llave que abre la compuerta de la azotea, adonde subíamos a veces en las noches. A esta hora el señor Luna ya se ha ido.

Avanzo por el pasillo del primer piso. La noche compacta de la vida sin luz eléctrica. Guardo el manajo en uno de los bolsillos laterales del blazer. Se trata de un descuido en el

operativo de seguridad cotidiana que me puedo permitir porque por hoy no habrá más buses, ni multitudes en la calle. Saco el celular para ayudarme con el resplandor de la pantalla. Empiezo a subir por las escaleras de Torres Flacas, tratando de dominar la sensación mareante de oscuridad. Claudia nunca ha venido al apartamento. Supongo que eso debe molestarla, en especial cuando nos quedamos desnudos y despiertos, mirando las manchas de humedad de las residencias de Chapinero bajo. Una noche Claudia se durmió abrazada a mí y yo me desvelé viendo la repetición de un partido de tenis en la programación absurda de las madrugadas.

La silueta de las cosas recupera su forma en medio de la penumbra. Mis pies dudan todavía, desorientados. Las escaleras empinadas representan un doble esfuerzo. En algún apartamento, están fritando las tajadas de la comida. El olor a plátano se torna penetrante y me pica la nariz. Sin electricidad, el espacio de las escaleras se ha convertido en una caja de resonancia que multiplica sonidos irrelevantes: la bolsa plástica, el roce entre la maleta colgada en la espalda y mi saco, las llaves en uno de sus bolsillos. El señor Luna limpia las escaleras dos veces por semana. Eso creo. A veces he pensado que podría pagarle para que le haga aseo al apartamento. A la señora que venía cada ocho o diez días le dije que no viniera más, cuando Nayibe se fue. También desde entonces las persianas abiertas del cuarto del fondo no volvieron de funcionar. Me costó varios meses habituarme a que la luz del sol llegara puntual a la altura de la cara. Ahora me gusta despertarme pronto y ver por la ventana las montañas que bordean la ciudad y las casas diminutas que parecen querer alcanzar la parte alta de los cerros. Aunque esta no es la imagen más común. Con frecuencia la neblina anega las montañas y debajo de ese manto blanco, algodónado, que cubre los edificios, se aprecia una cinta gris de suciedad acumulada. Fue Nayibe la que una

mañana señaló la cinta y me dijo: Mira qué porquería. Estaba parada de pie, entre la cama y el clóset, en ropa interior, una toalla le cubría los hombros. En las mañanas nos alistábamos al mismo tiempo, aunque yo prefería ducharme después de ella. Me quedaba un rato más entre las cobijas, hasta que oía abrirse la puerta del baño del cuarto principal o sonaba de nuevo la alarma del despertador. Cuando yo acababa de vestirme, Nayibe me estaba esperando en la sala. Desayunábamos café y galletas, o papaya que vendían trozada en una bandeja de icopor cubierta con plástico transparente. Oíamos las noticias en la radio. Al terminar yo recogía los platos y los lavaba antes de salir. Por las noches, el asunto funcionaba al revés: ella lavaba y yo cocinaba. A ninguno de los dos le gustaba limpiar el piso ni estar pendiente de la ropa limpia o de los baños. Para eso estaba la mujer que venía cada ocho días.

Piso tres. A veces creo que el interior del edificio enfría más que el mundo afuera. El dolor me recuerda la existencia de mi barriga. Se trata de una sensación quemante en la boca del estómago por la que quizá no resista los siete pisos. Algún tipo de jugo corporal baila a lo largo del esófago y el aliento me sabe a manzana podrida. O a moneda. Los jugos no me preocupan tanto, pero veo venir de nuevo las náuseas de hace un rato, un intenso dolor de cabeza y ese debilitamiento muscular semejante al de la resaca. Podría enumerar más síntomas, aunque fue precisamente esto lo que me recomendó no hacer el psicólogo al que me remitieron en la oficina. La remisión original fue por los problemas de sueño, pero el hombre se tomó en serio su tarea y me dio una lista de prevenciones genéricas. Todas las personas experimentan cosas similares cuando viven el duelo, dijo mientras enumeraba, y me di cuenta que no podía haber una forma más efectiva de perder mi atención.

Las tajadas fritas quedan atrás. Empiezo a subir más despacio. Repaso el contenido de la bolsa que cuelga por turnos de mis manos. Una lata de atún en agua, un huevo, una bolsa de leche descremada, un paquete de arepas precocidas, té helado con sabor artificial a durazno, un rollo de papel higiénico triple hoja, dos tomates, una cebolla cabezona. Demasiada cosa innecesaria. Así ahora esté vacía la nevera, sé que no voy a usar a tiempo todo esto. Puedo intuir desde ya la piel arrugada del tomate agrio y baboso que se va a pudrir en la parrilla de la nevera o las pecas moradas que salpicarán la arepa solitaria del fondo del paquete. Al frente de los estantes del supermercado contemplé la posibilidad de una botella de vino. En cualquier otro momento habría visto primero el ron Bacardí, pero un vino tinto produce una sensación de culpa más manejable. Claudia no me ha visto inconsciente de la borrachera. Me parece. Nayibe sí, aunque solo poco tiempo antes de irse. La persona que ama es diferente de la que se autodestruye. Pero quizá sea idiota decir algo así. Usar palabras grandes como “siempre” o “amar” resulta fácilmente impreciso. El espacio de las escaleras parece más estrecho conforme subo. Los escalones mal medidos me obligan a levantar bien alto la rodilla. Una franja que cumple las funciones de ventana deja entrar la luz de la calle. La luz se proyecta sobre las escaleras, pero en los pasillos no hay ningún tipo de respiradero, como una suerte de panóptico, de habitación de residencia barata, de colegio distrital.

Tengo que pararme un instante a recuperar el aliento. El aire sale caliente de mi boca. Piso cinco. No debe quedar nada en mi estómago del pan y la lonja de carne del almuerzo. Una vez más, ese fue el almuerzo de hoy. Junto con Claudia bajamos al supermercado de la carrera séptima y nos sentamos a comer al lado de la barra de ensaladas. A esa hora las mesas están llenas y la fila de la zona de comidas se extiende casi hasta la puerta de

entrada. Ella estuvo hablándome algo sobre sus vueltas para irse a estudiar en el exterior. Puse mi mejor cara de interés pero tenía la cabeza lejos de ahí. En el correo que todavía no le había escrito a Nayibe, supongo. A lo mejor debí llamarla. A Nayibe, quiero decir. Después de un rato, Claudia dejó de hablar y nos quedamos callados hasta que ella acabó su habitual ensalada de brócoli, huevo cocido, espinaca, pimentón, aceitunas y maíz. Me parece que yo ni siquiera terminé mi sándwich. El hambre me conduce de forma recurrente a la cursilería, a ese tono que imagino apropiado para el diario que nunca me decido a empezar. MARTES. Esta tarde me he acordado del día en que fui a entregarle el carro a la mamá de Nayibe. La mamá de Nayibe me trataba bien, por eso después de parquear al frente de su casa y de timbrar para entregarle las llaves y los papeles, le agradecí por todo. Ella me invitó a pasar, yo me negué, insistió en que su hija no estaba, no respondí. Al final pareció entender. Me abrazó con lágrimas en los ojos y me dijo que lamentaba mucho la manera en que habían terminado las cosas. Le dije que no se preocupara, que quizás así íbamos a estar mejor. Darles aliento a las demás personas es una forma efectiva de confortarme. Me quería ir rápido, era demasiado incómodo estar de pie en la entrada de esa casa a la que había ido tantas veces de visita. También en carro íbamos al ancianato de mi mamá y la sacábamos a pasear por los alrededores de la casa de retiro de Chía en la que ahora vive. No he vuelto por allá, aunque hablamos por teléfono con cierta frecuencia. Mi mamá se molesta conmigo porque no le cuento nada de mi vida y... Esta tarde en especial sí me hizo falta el carro. Sin ningún motivo particular, hoy tuve un ataque de angustia entre los peatones apurados y el tráfico en la parada del bus. Debí hacer un esfuerzo para no colapsar adentro del destartado en el que logré montarme. Traté de imaginar que en la parada al frente del parqueadero de Galerías me esperaba una vida distinta a la mía: un apartamento menos amplio, con menos muebles, un empleo alternativo por si me despiden

(¿en verdad quiero otro?), un edificio con las letras grandes que digan su nombre claro, un barrio que no se parezca a este, un sitio donde nunca falte la luz eléctrica, me digo ahora. No había visto la ruta exacta del bus antes de subirme así que supuse que si giraba a la izquierda para tomar la calle cincuenta y siete o si continuaba por la carrera trece y solo doblaba en la cincuenta y tres, la vida que iba a recoger al bajarme sería sustancialmente diferente. ¿Cuántas posibilidades quedaron latentes por cada decisión que tomé? ¿Era Nayibe la que se había ido o era yo el que la había abandonado? La decisión correcta es la que nunca tomo. No importa, por lo pronto quisiera que el insomnio no regresara. Punto. Y guardaría el presunto diario en la mesita de noche o lo pondría en la mesa del televisor que hay en el cuarto y ahí se llenaría de polvo hasta la próxima vez.

Vivo en el 701. A medida que subo, el sonido de los autos en las calles cercanas se vuelve difuso. La baranda externa me sirve de guía como a los ciegos las baldosas de puntos en los andenes públicos. Al cruzar el descansillo que hay en la mitad de la escalera, una de las agarraderas de la bolsa se suelta y una parte de su contenido rueda por el suelo: uno de los dos tomates (quizá huyendo del olvido que le esperaba en la parrilla de la nevera), la bolsa de leche y el huevo, que se desliza con torpeza y se resquebraja en uno de los escalones. Lo demás se mantiene adentro de la bolsa. Al menos el huevo roto me dará oportunidad de descansar otra vez. Aunque, viéndolo bien, no es aliento lo que me falta sino un parche en el estómago que mitigue el ardor de la gastritis. En vez de tanto producto innecesario, debí comprar una munición de omeprazol y raniditina.

Atraído por el crujido de la cáscara quebrándose, o por el ruido de mis zapatos o el de la bolsa plástica, la sombra que estaba sentada en las escaleras del piso seis se pone de pie y me mira. De pronto, me siento humillado por el intruso que me ve agacharme, apurado por

encontrar mis movimientos alumbrando con la pantalla del celular. Cuando me saluda, puedo determinar que se trata de uno de los estudiantes universitarios del 602. Casi todos los vecinos se han quejado de ellos: de la música hasta altas horas de la noche, del humo, de la entrada y salida de extraños. En verdad no tengo horas fijas de sueño que ellos puedan interrumpir, así que prefiero contraer el músculo ponequejas. Casi puede pensarse que la bulla de medianoche me ha acompañado en el último tiempo. Igual no hay caso con los universitarios, cuando les llaman la atención, se empeñan en subir más el volumen y hacer desorden. Una terquedad semejante a la de los motores de gasolina y los animales de carga. No respondo y sin embargo lo escucho acercarse. Una luz amarilla que proviene de una linterna incrustada en la punta de un celular hace irrisorio el resplandor de la pantalla del que traigo en la mano. Hace media hora se dispararon los maricas tacos del edificio, dice. No puedo evitar alzar la cabeza y asentir como si contestara, pero no pienso más que en recoger mis cosas, en limpiar los restos del huevo y llegar rápido a mi apartamento. Al percatarse del reguero baboso, que es en lo que en realidad consiste mi problema, el intruso se ofrece a buscar un trapo y con pasos alargados alcanza de nuevo el pasillo del sexto piso, todo en un mismo movimiento que no me da lugar de interponer una negación cortés. Al llegar al último escalón, vuelve la cabeza y se presenta:

Me llamo Ramiro. Mucho gusto. No me demoro.

## 10.

Me gustaba (en aquel entonces) realizar en bicicleta algunos trayectos pequeños: ir a la universidad a las clases de especialización o al pequeño mercado que hay unas cuadras más

abajo, o pasear en la ciclovía de la séptima los domingos. Una mañana regreso de comprar frutas, la maleta viene cargada de manzanas, uvas, mandarinas, bananos, una patilla enana. En la esquina justo antes de llegar a la avenida, un auto golpea la llanta trasera de la bicicleta y yo aterrizo en el asfalto pedregoso después de un par de giros en el aire (de repente la calle y los autos al revés, los pies de los peatones que avanzan por el andén y cuyas cabeza desaparecen de golpe, las montañas al fondo con su calma verdosa). Me toma varios instantes advertir lo que ocurre. El cuerpo no duele, da la impresión de que el cerebro, sorprendido, bloquea su vínculo con la materialidad y por un momento el dolor no existe. Un primer quemazono en la espalda me recuerda el cuerpo y me avisa que estoy adolorido, acostado bocarriba, incómodo por la maleta. En la imagen del cielo abierto se asoma la cabeza asustada de una mujer que me pregunta si estoy bien. Quiero contestar que sí y me doy cuenta entonces del fuerte ardor en la rodilla y en otros lugares que no puedo identificar de inmediato. La mujer resulta ser la conductora, así que me ayuda a montarme en su carro para ir a buscar una sala de emergencias. Durante el recorrido, cierro los ojos y los mantengo apretados para mostrar que me duele y evitar la conversación. Tardamos mucho tiempo en llegar. La conductora insiste en que deje la maleta adentro del auto, en el parqueadero. En la sala a la que entramos, una larga fila de pacientes espera con las manos cruzadas sobre el estómago, las ojeras amplias del tasnocho, bocas moradas y reseca que emiten aullidos silenciosos. Me embarga una sensación de ridículo por mis raspaduras sin gracia. La conductora hace un par de llamadas tratando de localizar a un conocido que trabaja en el lugar. Pienso en disuadirla, pero me contengo. No pasa media hora cuando una mujer vestida toda de azul celeste con esa ropa como de papel viene hasta nosotros y nos conduce al interior de urgencias. Todavía allí espero varios minutos sentado en un banquito. El dolor se transforma en un latido constante, al que podría habituarme si me



quedo quieto. Hablan de hacer el ingreso, del seguro del auto, de las curaciones. Por fin, me toman los datos y los signos vitales. Luego bajamos al sótano, descifrando el laberinto de escaleras que lleva a la habitación de procedimientos. Allí hay otra enfermera con el mismo vestido azul. Me siento en la camilla mientras la conductora infinitamente agradecida saluda de beso a la enfermera. Esta se acerca, examina el pantalón roto, la rodilla, el golpe en la espalda y las heridas (no las noté antes) de la frente. Menos mal que me contestó su mamá porque si no quién sabe hasta qué horas nos dejan ahí esperando sin atendernos, mija, dice la conductora. La enfermera empieza a despejar su terreno de trabajo con solución salina mientras asiente con ruiditos automáticos: mmju, ahh, umm. Y es que me pegué un susto el verraco, continúa la otra porque al parecer hablar la hace sentir aliviada. La enfermera se retira a una esquina a buscar gasas, tijeras y otras herramientas metálicas y puntudas que trae servidas en una bandeja. Va a sentir un ardor fuerte, dice. Me agarro duro de las sábanas. Según la conductora, la enfermera se llama Nayibe, nunca había conocido a alguien que se llamara así, pienso, y en verdad quiero distraerme para que no me duela: Nayibe tiene manos fuertes que manipulan con firmeza el algodón y las tijeras, Nayibe usa vestidos de papel que transparentan su ropa interior. Pero no funciona: el ardor comienza a esparcirse por el cuerpo y consiste en un millón de pellizcos. Después de un rato me asalta una inquietud: ¿dónde ha quedado mi bicicleta?

## 11.

Estoy atrapado por la situación: ya que solo resta limpiar el charco pegachento, no tengo más opción que esperar el trapo ofrecido por el hombrecito del 602. Cualquier intento de

solucionar el problema a mi manera fue descartado cuando no tuve la presencia de ánimo para oponerme al intruso. Resignado, me siento en uno de los escalones, dando la espalda al pasillo. Un escalón más abajo, frente a mí, explayado en la mitad de la baldosa, el huevo se burla con una expresión que imagino amarilla. Así me estoy un rato, convencido de que el único sentido vital de la clara derramada, la única razón de ser de este huevo y del esfuerzo de la gallina que lo produjo fue la de convertirse en un inoportuno huevo estrellado contra el piso. Este momento se llama La contemplación del reguero. La puerta entornada y los movimientos de Ramiro, el universitario del 602, acercándose, me recuerdan la tensión muscular y el estado de alerta en el que él mismo me dejó. Antes de que pueda verlo asomarse en la parte alta de las escaleras, Ramiro ha comenzado a hablar en voz alta para que pueda escucharlo: Casi no encuentro un trapo, dice. La frase termina cuando la voz en off se ha transformado en una silueta en medio de la oscuridad y del resplandor de su linterna: En la electrificadora dijeron que era difícil conseguir un técnico a estas horas, pero que iban a tratar, como si fuera un favor... ¿Electrificadora?, pregunto. En la empresa de la luz, responde Ramiro. Es que así se llama en mi ciudad.

¿Electrificadora? ¿Esa fue mi primera palabra ante este desconocido? No puedo evitar la vergüenza al notar que la palabra electrificadora ni siquiera me pertenece. He dejado pasar el momento de pedir una especificación acerca de la ciudad de donde es Ramiro. Esto lo puedo entender, porque no me interesa. Lo que no puedo comprender es que no haga nada para evitar que Ramiro, armado con su trapo, llegue hasta los despojos del huevo, los recoja, me entregue el celular–linterna y se dirija otra vez hacia su apartamento. ¿Qué hacía Ramiro sentado (tan inoportunamente) en las escaleras? La gente cambia su comportamiento cuando la electricidad no funciona y es de noche y uno se convierte en una

sombra torpe que se golpea con los objetos de la casa. Por fin, estoy en el pasillo del piso seis.

Déjeme le alumbro el camino, dice Ramiro, que regresa pronto y se hace cargo de su luz amarilla. Apoyándome en la baranda metálica con una mano y con la otra sosteniendo la bolsa, subo junto a Ramiro en medio de la oscuridad zigzagueante del último tramo. Es la memoria del hábito la que me permite ver mejor los escalones y pisar con seguridad. Por un instante me produce vértigo recordar el vacío de aire que dibujan hacia abajo las escaleras de Torres Flacas. Ramiro se mueve con tranquilidad en el silencio pesado que nos rodea mientras subimos. Al llegar al piso siete lo oigo preguntar mi nombre. Lo que sé de Ramiro me lo ha dicho el señor Luna o he escuchado cómo este se lo cuenta a los demás residentes. El grupo original de estudiantes universitarios, al que ya hace varios años una inmobiliaria concedió (de forma irresponsable, según la administradora) el contrato de arrendamiento del 602, estaba constituido por una mujer y tres hombres. Ramiro es el único que queda. Los demás se graduaron y se fueron a vivir por su cuenta o, según entiendo, a estudiar por fuera del país. Me consta sí que el nuevo compañero de apartamento de Ramiro tiene un acento extranjero, cuya procedencia no he podido determinar. Responde al nombre de Werner, hace ejercicio los fines de semana y existen rumores acerca de su vegetarianismo. La primera vez que los otros residentes llamaron a la policía y escribieron una carta de queja a la inmobiliaria, se debió a la inauguración que los estudiantes universitarios hicieron de su nuevo apartamento. La fiesta al parecer duró tres días. Digo al parecer porque el sábado de ese fin de semana Nayibe y yo salimos en el carro de paseo a Villa de Leyva: cuando nosotros salíamos, la celebración de los del 602 apenas empezaba y cuando volvimos ya había terminado. Ni Nayi ni yo quisimos firmar la carta y la administradora

dejó de saludarnos varios días. Fue una lástima que no continuara haciéndolo, porque su presencia resulta insoportable, no puedo decidirme si por el sudor constante de su frente, por el énfasis nasal de su voz o por la sonrisita ladeada de bruja conspiradora. No he conocido a la primera persona que no tenga sentimientos de animadversión por el administrador de su edificio. Tampoco al primer ser humano que ocupe tal puesto sin tener la pulsión atávica de ser un grandísimo hijueputa.

¿Cuándo fue la última vez que oí tintinear el llavero de la India Catalina en el bolsillo del blazer? Esto es lo primero que pienso parado al frente de la puerta de mi apartamento. Ramiro alumbra con la linterna levantada, apuntando alternativamente hacia la cerradura y hacia mis manos. Las dos manos no me alcanzan para esculcarme los bolsillos con suficiente desesperación. El ardor del estómago se transforma en un vórtice gástrico, cuyo dolor parece atraer hacia sí los demás órganos del cuerpo. Ramiro me propone volver en seguida y revisar el lugar del accidente. Encontramos un naciente olor a podrido y la mancha apelmazada del huevo, alrededor de la cual se extiende el desierto de los escalones vacíos. ¿Desandar siete pisos a oscuras para buscar un manojito de llaves con una linterna de celular? El mareo, las entrañas calientes, las náuseas. Hoy el bus bajó por la calle cincuenta y tres. ¿Habría perdido mis llaves si hubiera tomado la calle cincuenta y siete? ¿Ya estaría acostado en mi cama, si en vez de comprar un huevo hubiera recordado la existencia del omeprazol o la raniditina? Me tomo un momento para masticar la impotencia. Ramiro sigue de pie, muy cerca. No entiendo su amabilidad, la persistencia de sus buenos modales. Su actitud me da desconfianza. Tomo aire y me doy vuelta para empezar a bajar, secundado por el hombrecito y su linterna. Seguro se le cayeron cuando las iba a meter en el bolsillo. Deben estar abajo, al lado de la puerta, dice. El optimismo viene con el paquete de la

amabilidad empalagosa, pienso. No creo, digo, y me percató de la dificultad que experimento para hablar. No puedo determinar si se relaciona con el ardor de la panza o si es un nuevo síntoma. Observo también que, casi en silencio, el dolor de cabeza ha ganado terreno. Nayí preparaba un menjurje de hierbas aromáticas para subir las defensas (jengibre, canela, clavos, miel) que me ofrecía cada vez que me sentía enfermo. Los menjurjes tienen la virtud de resultar apropiados para cualquier tipo de dolencia. Piso cuatro. Me toca parar un poco, me duele el estómago, digo. A ver, siéntese. La mano caliente de Ramiro sostiene la espalda mientras caigo sobre el escalón. Me incomoda notar que su ayuda se torna pertinente. ¿Hambre?, me pregunta. Tiene la cara toda descolorida, parece un papel calcante, agrega. Más o menos, pero no, no es eso, digo. Como puedo anticipar su ofrecimiento, cuando me brinda algo de comer, me niego de forma tajante. Así debí hacer desde el principio. Bueno, entonces, quédese aquí, y yo busco las llaves por usted, mientras descansa, no puede ser muy difícil encontrarlas. Los optimistas son una especie de cuero curtido. De nuevo me quedo callado por toda respuesta, sosteniendo la bolsa con las dos manos juntas en medio de las piernas. No es su culpa mi incapacidad para negarme. La silueta de lo que debe ser Ramiro se aleja y se difumina hasta desaparecer en la curva de la escalera que sigue cayendo hacia los demás pisos.

## 12.

Al sentarme el ardor ha cedido un poco. Los sonidos multiplicados por la ausencia de luz eléctrica también disminuyen y por un instante se hace la calma. En las semanas recientes, he tratado de planear mi recuperación (por supuesto, no estoy hablando ya del ardor en el

estómago): si es inevitable que al final de cada jornada tenga que volver a mi apartamento, puedo tratar de aprovechar la libertad doméstica en vez de que esta me apabulle. Habría podido llegar a esta conclusión mucho tiempo antes, pero en verdad no se trata solo de formularlo. Para empezar, hice una lista de actividades que resultaban inviables en compañía de Nayi. Enumeré una serie de películas de acción que no vi cuando estuvieron en cartelera (la que más quiero ver es la nueva versión de un policía que se vuelve vengador anónimo, por las noches sale en su Harley Davidson a impartir justicia y, como regresó de la muerte, tiene poderes especiales: dispara fuego, escala edificios en la moto, las balas de su escopeta recortada son más poderosas. Todo esto solamente tráiler), planeé varias comidas malsanas que me gustaría probar, pensé en botellas de licor que valdría la pena desocupar con tragos cortos cada noche (el criterio de “cortos” es muy importante), escribí (y borré de inmediato) nombres de viejos amigos a los que podría invitar un sábado o un viernes después del trabajo y decidí, finalmente, los cambios en la ubicación del mobiliario que debería efectuar con lo que ha quedado para que el apartamento comience a pertenecerme. Podría pedirle al señor Luna que me ayude a deshacerme de los objetos acumulados en el otro cuarto del apartamento; al volver de la clínica, Nayibe y yo quisimos botarlos, pero no fuimos capaces: compramos el paquete de bolsas negras y nunca lo usamos. No lo volvimos a discutir. Habíamos regresado en silencio y desde entonces empezamos vivíamos en islas separadas.

Me gustaría que la próxima vez que ella venga al apartamento, Nayibe vea la transformación del lugar. Junto a la puerta podría tener limpia y empacada la bicicleta eléctrica, el libro y la ropa que dejó por ahí. Sería como exhumar los restos de nuestro matrimonio y cremarlos. A veces se me hincha el ánimo y me siento de repente capaz de

todo. Por lo general, la sensación no dura más que unos minutos. Casi puedo oír cómo se desinfla. Distingo (primero sin fuerza y luego con la claridad de una patada) el olor de un guiso doméstico que probablemente cubrió el de las tajadas de plátano fritas de hace un rato. En medio de la oscuridad, el olor del guiso se robustece. Con el olor, inexplicablemente se extiende la sensación de alivio. Imagino la mano que picó media cebolla larga en trozos finitos, abrió el tomate por la mitad, luego trazó con el cuchillo divisiones horizontales y verticales para conseguir cuadrados irregulares, estos son vertidos en el mismo caldero en el que antes se pusieron los trozos de cebolla. La mano enciende el fogón, tapa el caldero y espera. En la oficina, vivo metido en el olor a café recalentado de la máquina que hay afuera en el pasillo. Ese olor hace parte de la superficie delgada en la que consiste la normalidad de mi rutina. Cuando me levanto de la silla de mi lugar de trabajo para irme a casa, alcanzo a oír cómo se quiebra esa superficie y se vuelve boronas, como el icopor del techo. Lo que más me gusta de mi trabajo es saber que no estoy detrás de una ventanilla, atendiendo gente.

El olor del guiso se adelgaza o se dispersa en el ambiente, quizá también porque la nariz se habitúa a él y lo gasta. El olor del café es mucho más difícil de agotar. No entiendo la gente a la que le gusta el olor de la tierra removida por la lluvia. Es un olor de una sutileza impostada, una ridícula nostalgia del que ha sido criado en un apartamento de hormigón. Tendría más sentido que dijeran: a mí me gusta el olor de la bosta removida por la lluvia, ese sabor dulzón que tiene como de hierba procesada, de aromática vieja, un cosquilleo que demora en irse de la punta de la nariz. A Nayi le encantaba (¿todavía le gustará?) el olor de la pintura. Y este gusto se extendía por contagio al del corrector, el alcohol, la gasolina o el bóxer. Lo que significa que en realidad la atraían los disolventes industriales. Es probable

que su decisión de estudiar enfermería se relacionara con el formaldehído permanente de los pasillos de hospital. Las decisiones importantes tienen muchas veces un origen bruscamente cotidiano. ¿Cuál será el olor favorito de Claudia? ¿Y el de Ramiro? ¿Qué me importa a mí lo que ellos prefieran? ¿Qué hacía él sentado solo en las escaleras? La mano que picó el tomate y la cebolla ya ha debido apagar la estufa. Hace tiempo quiero convertir en eléctricos los fogones de mi apartamento para evitar la paranoia de creer, cuando ya estoy metido en la cama, que he dejado abierta una llave y voy a morir asfixiado por el gas mientras duermo: “Familia de barrio marginal murió anoche por un escape de gas”; “Investigan muerte de niños indígenas por intoxicación debida a una fuga de gasoducto”; “Una anciana fallece en la explosión de su apartamento. Expertos indican que el insuceso se produjo por una mala manipulación de la estufa”. Además, esa podría ser una reforma más en el proceso de recomponer la identidad de ese apartamento abandonado por sus antiguos dueños, incluso por mí, que aún sigo durmiendo en el cuarto del fondo. Podría preguntarle al señor Luna si sabe de alguien de confianza para realizar el trabajo. Desde que Nayibe no está, se ha acentuado mi admiración secreta por la vida solitaria del señor Luna. El olor del guiso se ha extinguido por completo. ¿Cuánto más se tardará Ramiro?

### 13.

El señor Luna vive solo, en un edificio curtido por el polvo, en las inmediaciones de Chapinero bajo, y acumula plantas como trastes viejos en el interior de su habitación mugrienta. Aunque acumular es una palabra imprecisa: las cuida, les habla, las ve crecer, las lleva de paseo a la recepción de Torres Flacas. Un ají y una albahaca el lunes; un café



tullido y una trinitaria el martes; una siete cueros y una mimosa común el miércoles; un billete reluciente el jueves; un croto de hojas gruesas el viernes. Cada una perfectamente sembrada en latas de leche Klim o, cuando ya no caben, en materas de arcilla con bocas más anchas. Riega las plantas y las presenta a quien cruza la puerta del edificio. Entonces empieza a contar cómo fue que la recomendación de uno de los oficiales que lo tuvo a su cargo mientras prestó el servicio militar le permitió conseguir su primer trabajo de vigilante en una fábrica abandonada en el centro de Bogotá. ¿Qué iba a pensar él que iba a terminar en esto? Durante su infancia, nunca se le ocurrió que alguna vez estaría a cargo de la seguridad de un edificio. El señor Luna en realidad no pensaba demasiado durante su infancia, ni en esto ni en otras cosas. Su vida consistía en trabajar, arar la tierra, cultivar, alimentar animales, arreglar cercas, defenderse de la lluvia o de la falta de esta. Una mañana un alud cayó sobre la casa y los cultivos de la finca en la que trabajaba su familia. Sobrevivieron, pero lo perdieron todo. Su papá empezó a bajar al pueblo a conseguir trabajo. Primero, lo intentó como viviente de fincas ajenas, pero cuando los niños empezaron a enfermarse porque no tenían nada qué comer, consiguió trabajo de conductor en una empresa de camionetas para acarreos. Subían y bajaban las lomas del pueblo, entraban hasta las veredas, sacaban verduras para la venta, transportaban animales enfermos. El dinero alcanzaba lo justo. Un día el señor Luna se cansó, dejó el colegio y se metió al ejército. No había terminado de estudiar pero ya era mayor de edad, así que lo recibieron sin problemas. Varios meses estuvo en la base militar del pueblo. Luego lo trasladaron a otro municipio y finalmente a otro departamento en los límites con el Ecuador. Allí vio morir a varios compañeros en una emboscada, y mató a un hombre que quiso atacarlo, armado con un machete, durante una manifestación indígena. Patirrajados, hijueputa, pensó días después, cuando empezó a sentirse culpable. Al poco tiempo pidió la

baja. Ya estaba considerando volver a su pueblo, cuando un oficial le preguntó si quería trabajar de guardia. A la fábrica abandonada, siguieron otros edificios sin importancia, reemplazos en zonas residenciales y finalmente Torres Flacas.

Después de las cuatro de la tarde, entresemana, el señor Luna se va a su habitación en el edificio mugriento de Chapinero bajo, a cuidar sus plantas. Abre la puerta oxidada de la entrada, sube las escaleras, casi a oscuras porque el bombillo no funciona, y llega hasta su piso. Algunas veces, la administradora de Torres Flacas lo retiene porque hay que reparar un plafón o un enchufe, desatorar el shut, amontonar bolsas de basura, subsanar alguna humedad. Los sábados el señor Luna se va a tomar cerveza barata en alguna tienda con rockola de la trece o de la décima. Él dice que esos sitios son poco vistosos pero se acomodan a su sueldo. La vida del señor Luna podría definirse de acuerdo a sus tres obsesiones conocidas: las plantas que acumula, las historias que cuenta y los culos de las residentes del edificio. No es difícil imaginar que los sitios de cerveza barata importan no solo por la música de la rockola. Mientras suena una ranchera destemplada o un vallenato chirriante, una mujer en calzones fucsias o dorados baila y acerca los más que puede el culo o las tetas, anegando la imagen con sus carnes y explicando de manera redundante el concepto de multimedia. El señor Luna frecuenta prostíbulos y comenta sus incursiones a la zona de la cuarenta y nueve con Caracas, o de la cincuenta y cuatro con doce, o de la cincuenta y ocho arriba de la trece con los residentes más próximos, entre ellos los universitarios del 602. Durante la época en la que el señor Luna recibe un dinero de más por las primas de mitad y final de año, las anécdotas sobre sus incursiones se tornan exuberantes. El salario del señor Luna no alcanza para suponer que servicios en prostíbulos más o menos decentes (y decencia es otra forma de decir higiene). Pero el señor Luna

nunca ha hecho lances o insinuaciones a ninguna de las residentes. Solo les mira el culo y las ve pasar, mientras consiente alguna de sus plantas o almuerza mirando televisión en una pantalla diminuta que funciona con antena de aire.

#### 14.

Un rumor de pasos anuncia el regreso de Ramiro. Su postura encorvada, su cuerpo ganchudo, que no había observado hasta ahora, son indicios del fracaso en la búsqueda de las llaves, y quizá también de la poca atención que presto al aspecto físico de la gente. Nada, me dice agitado, y no puedo ver más que la luz de la linterna, apuntando hacia mí. Busqué al lado de la puerta y también en ese sótano que huele a mierda, de pronto se habían caído en el hueco de las escaleras. Me sorprende el detalle del sótano, porque esa iba a ser precisamente mi primera objeción mental. No se preocupe, digo, y dudo un instante, Ramiro ¿cierto? En realidad estaba seguro del nombre, pero no sé por qué a veces requiero de este tipo de gestos fingidos. Me ocurre sobre todo cuando recién conozco a alguien. Sobreactúo y después creo que la gente se da cuenta y me pongo más nervioso. Cuando repaso la situación me veo a mí mismo como un mal actor de westerns: la esquina del labio levantada con una arrogancia artificial, el ceño y la voz fruncidos por el esfuerzo de la cara en mostrarse valiente y dura.

¿Y cómo siguió? ¿Ya puede caminar? En la casa tengo yogurcito de mora o de melocotón, dice Ramiro, con la respiración menos alterada. ¿Yogurt de mora? ¿A quién se le ocurre comprar yogurt de mora?, pienso antes de responder: De melocotón está bien, respondo, aunque insisto que no tiene por qué preocuparse ya mismo salgo a conseguir un cerrajero y

mientras tanto puedo comer... tomate. Me río por el chiste ridículo, mirando la bolsa con la compra, y cedo por completo: los optimistas vencen de nuevo, son una plaga, como la gripa o la varicela. Ponerme de pie demanda un esfuerzo mayor del esperado, pero al caminar tengo la impresión de que mi cuerpo ha vuelto a la normalidad. La palabra normalidad es un decir, casi una burla producto del ejercicio constante de autosaboteo de mis propias ideas. La oscuridad de los escalones se vuelve inofensiva en compañía de este extraño. Pronto volvemos al piso seis, sin que se oiga nada distinto al crujido de la bolsa guindando de mi extremo derecho. Ramiro me sorprende de nuevo al no invitarme a pasar a su apartamento. Va a traer el yogurt, me imagino. Me siento a esperarlo en el tercer escalón, al parecer la altura ideal para que, apoyando los pies en las baldosas del pasillo y no en otro escalón, las piernas se sientan más a gusto. El celular vibra en mi bolsillo. Después, la pantalla se enciende y se apaga en mi mano abierta. ¿Contestar? Vuelvo a guardarlo. Entra otra llamada, pero esta vez no me muevo. ¿Estoy seguro? Ramiro acercándose, aleja todas las dudas. Viene a sentarse al lado mío. Buscó para él un paquete de galletas. Levanto en la orilla la lámina metálica del yogurt. No he terminado de saborear el primer sorbo (identifico un sabor artificial a melocotón y el olor a vainilla del paquete de galletas), cuando me sorprende a mí mismo preguntándole a Ramiro qué hacía él solo en las escaleras.

La alarma mental de desacuerdo con lo que estoy diciendo (la misma que se activa para señalar la vergüenza por un error cometido en público) resuena con toda su potencia. Me quedo simplemente desconcertado, no solo porque yo no acostumbro comportarme de esta manera con extraños, sino porque estoy seguro de no haber querido hacer la pregunta. Divago sobre la posibilidad de que la gastritis, el dolor de cabeza controlado a medias, mi

incapacidad para dejar de pensar en Nayibe, la solicitud inesperada de una tal “Adriana, de la funeraria”, hayan derivado en una alucinación o desconexión abrupta de mis propias neuronas, una suerte de antesala de la locura. Cuando quiero retomar las riendas del hilo mental, ocurre otra vez: Entiendo que usted comparte apartamento con un extranjero, por eso me pareció extraño que estuviera ahí sentado, como si no tuviera a nadie. Ramiro muerde la galleta y se demora en masticar. Las personas se vuelven raras cuando se ha ido la luz, dice. Es casi insoportable el hecho de que haya empezado a estar más de acuerdo con las opiniones de Ramiro que con mis propias palabras. Reprimo cualquier impulso de decir algo, aun sin verificar el carácter de su contenido. La estupidez es en definitiva una falta de control sobre el discurso. He pensado esto desde hace tiempo pero nunca lo había experimentado así. No me importa descubrir el calibre de mi estupidez potencial, siempre y cuando ocurra a puerta cerrada, entre mis ideas y yo. La vergüenza pública por mi impertinencia (la corneta mental que la anuncia se ha cansado de sonar) no reduce su impacto ni siquiera en los casos en que el auditorio es un hombre minúsculo en un edificio a oscuras. Por si fuera poco, sospecho que a partir de este momento el dolor culposo que me ha quedado por la falta de decoro estará relacionado con un fuerte olor a melocotón y a vainilla artificial.

Werner debe estar dándole a las máquinas en el gimnasio, responde Ramiro. Luego nos quedamos quietos y callados. Incluso suspendemos el ejercicio de comer, para no interrumpir el silencio que se impone y repele nuestros cuerpos apretados en el tercer escalón. Después de un rato, Ramiro se levanta y me ofrece un teléfono para llamar a un cerrajero. En algún lado tiene un aparato que funciona sin necesidad de luz eléctrica. Algo así debería comprar para mi apartamento. Y nunca jamás contarle a Nayibe, para que no

tenga la oportunidad de decirme (o mirarme como si me dijera) que a mí siempre me había parecido una tontería, que ya ella me lo había advertido hacía cuánto tiempo, que debía darle importancia al asunto siquiera porque mis papás solo usaban el teléfono fijo (y no podían entender que una llamada de larga distancia desde el teléfono de ellos era más costosa que un minuto de celular). Todo lo que ya no soy, Nayi, podría contestarle si me llegase a descubrir, aunque lo mejor es ocultarlo bien para que nunca se entere. Muy rápido descubro el contenido de esperanza que hay en eso de pretender que Nayibe nunca se entere. Al principio creía que me encontraba estancado en la esperanza, después estuve seguro de que era el final, ahora ya no sé, y estoy estancado justamente en esa falta de respuesta. Nunca le he dicho a Claudia nada de esto.

## 15.

Querida Nayi:

Hace más de un año que no estás y sigues ganando las batallas cotidianas: el teléfono de emergencia que voy a comprar, el mensaje de la máquina contestadora, la máquina contestadora, la distribución aún intacta de los muebles de la sala, los cuadros con imágenes de la expedición botánica, la estufa a gas que no he cambiado y que tanto me perturba, algunos de los programas de televisión que veo por las noches mientras me quedo dormido. Mantener las cosas igual resulta más cómodo que resolver el problema de estar solo. Después de la primera modificación, supongo que será más fácil hacer todas las demás. Algunas veces he contemplado la posibilidad de salir corriendo y simplemente empezar de nuevo. Tal vez vivir un tiempo en un hotel o en una pensión rodeado de estudiantes

mugrientos y olor a aceite refrito, a desinfectantes para el trapero, a ropa secada en la sombra.

Nayi, mi amor, en la mesa de centro de la sala está puesto el libro de RCP que no has venido a buscar. He dedicado largas horas a pensar en las razones que has tenido para no volver siquiera a entregarme la copia de las llaves. He querido llamarte algunas veces. Nunca me decido. Me ha pasado que me duermo con el celular en la mano. Cuando no son películas, la televisión se queda encendida transmitiendo persecuciones de animales por praderas africanas y de repente los habituales cocodrilos que toman el sol con la jeta abierta, inmóviles, son perseguidos por ñúes y venados sangrientos que fingen beber agua a la orilla de un río, y a veces me veo huyendo de ellos, resbalando una y otra vez sobre la superficie lodosa. Me despierto con las manos lisas de sudor y el pulso alterado. Para entonces, sé que ha avanzado la noche porque las calles afuera están más calladas y solo se escucha de vez en cuando el motor de un carro solitario que tiene afán y nunca para en el semáforo de la cincuenta y dos.

Nayi, mi vida, en los últimos meses conocí a otra mujer. A mí mismo me sorprende la situación. Se trata de una pasante que me pusieron a cargo. Mi jefe inmediato (¿te acuerdas de él? A quien conocí en la universidad y me ayudó a conseguir el trabajo) se acercó una mañana preocupado por mi recuperación, según sus propias palabras, porque no sabía si ahora (dijo entonces) que me quedaba solo iba a ser capaz de seguir. Le expliqué que todo estaba bajo control, que no debía preocuparse, lo único que le pedía era que no me mandara a trabajar desde la casa, pues era lo menos apropiado para mí, así fuera por estar calentando puesto al frente del computador, sin mostrarme demasiado interesado en interactuar con mis compañeros. Mi jefe no es una persona de fiar, de lejos es el imbécil más destacado. O

al menos he tenido esa impresión últimamente. Por eso no me sorprendió descubrir que la consecuencia de su preocupación fuera la de asignarme la fastidiosa tarea de preparar una nueva pasante de comunicación social. No confío en nadie más para este trabajo, me dijo antes de irse, y yo me quedé mirando la jarrita de colores encima de mi escritorio que tiene la boca llena de lapiceros, portaminas, lápices viejos.

Al principio pensé: no más que una tontarrona bien vestida, pero a la larga su humildad, producto del miedo del recién llegado, se hizo más cómoda que la arrogancia uniforme de los demás, la condescendencia con la que me miran. Empezamos yendo a almorzar juntos. Me ha dado la impresión de que a su estómago la pobreza de mis sándwiches le parece insuficiente, pero la he visto contentarse con ellos. Puede ser que, en principio, su gesto proviniera de las obligaciones laborales. A la salida del trabajo, a veces nos acompañamos hasta la parada de bus. Un día por fin fuimos a tomarnos un café. Yo en realidad pedí un macchiato de arequipe. ¿Lo habré pedido a tu nombre, movido por un impulso morboso de la memoria? Ella habló del espacio reducido de su habitación en la casa familiar y sus enormes deseos de mudarse. No entró en mayores detalles, pero en el brillo de sus ojos me figuré la disposición del apartaestudio (la cocina americana, el baño, el cuarto con vista a las montañas) en el que supone que lograría ser más productiva y concentrarse mejor en lo que de verdad le interesa. Luego me sentí profundamente amargado de estar ahí y pedí un trago de whisky. La pasante quiso una cerveza. Luego nos fuimos a un bar. Ella me dijo que nunca había probado ron Bacardí, entonces invité una botella. Buscamos una residencia en Chapinero. Me dio la impresión de que no era su primera vez en un sitio así. Después nos hemos seguido acostando. Pero no siento que sea nada importante. Quizá solo sean ganas de no sentirme tan solo. A ella también le gusta hablarme de sus cosas, Nayi, y yo la



escucho. Nunca he amanecido en una de esas residencias. A mitad de la noche llamamos un taxi y salimos juntos. La dejo en la puerta de su casa y vuelvo al apartamento, inquieto. Cierro la puerta de la entrada, ajusto el pasador, reviso los fogones del gas sin encender la luz de la sala, me desvisto al lado de la lavadora para de una vez dejar allí amontonada la ropa sucia, atravieso a tientas la sala y el pasillo, (a veces le doy una mirada a la habitación del lado, apenas asomando la cabeza), luego entro en el cuarto del fondo, prendo la tele, me pongo una pijama y me meto en las cobijas.

La voz grave de la pasante no le llega ni a los talones a la dulzura de la tuya, Nayi, y sin embargo tiene un dejo agradable en el que pienso algunas veces. Su voz hablándome de las maestrías a las que planea postularse, de los profesores de universidades extranjeras a los que les ha escrito, de cómo aún confía en que su profesión tiene algún tipo de importancia noble, en que sus conocimientos sobre política internacional o conflicto armado son algo más que la satisfacción de su propio ego. Mientras la escucho casi puedo volver a creer en ese tipo de cosas, y en verdad no importa si me convence del todo, se trata más bien de reencontrarme con antiguos entusiasmos. ¿Has vuelto a reírte en estos últimos meses, Nayi gruñona? ¿Habrás conocido a alguien en este tiempo? A veces creo verte en la calle riéndote junto a un hombre que no reconozco. Sé que solo lo imagino, pero me parece que reproduzco con exactitud la sensación abrupta (una presión adentro de la cabeza, una punzada en las costillas, cierto temblor en las manos) que habré de experimentar cuando esto ocurra...

En Torres Flacas no se reporta ninguna novedad: el pobre señor Luna sigue en su lugar de siempre, la administradora con su misma expresión de culo fruncido y la pareja del 702 continúa haciendo ruidos en sus jornadas matutinas de sexo, principalmente los fines de

semana. No es el sexo lo que más he extrañado de ti. Y la frase suena horrible ahora que la digo, pero me refiero a que es tu compañía constante en el otro lado de la cama lo que echo en falta con mayor frecuencia. Me pregunto si jugar a extrañarte no es también una forma, la más contundente, de cargar la culpa. En todo caso, mis cavilaciones más recientes concluyen que algo de imbécil, tontarrón y arrogante hubo en mi actitud contigo. No lo señalo con el ánimo complaciente del arrepentido, sino para mostrarte que, aunque me ha tomado tiempo, puedo entender que en efecto se trata del final.

Si alguna vez decidiera por fin salir corriendo, lo único que quisiera llevarme son los cuadros de la expedición botánica de la sala. Al llegar al cuarto del hotelucho o la pensión de turno los colgaría en la pared al frente de la cama para mirarlos todas las noches y tal vez así no tener en la cabeza nada que perturbe mi ánimo. Creo que incluso podría recordar de nuevo tu desnudez, sin ninguna culpa de por medio, apreciar con lentitud el mapa de lunares que es posible trazar en tu espalda o tus tetas desbordando con modestia el tamaño de mi mano. ¿Has pensado alguna vez en mi desnudez, Nayi? La palidez del tono de piel de la pasante es completamente distinto al tuyo. Tampoco en el pelo ni en la estatura se parecen. En la risa a lo mejor sí, esa boca abierta, las mejillas infladas, un breve estruendo, contagioso, que me he quedado mirando con los ojos cerrados cuando trato de quedarme dormido. Mírame, Nayi, me he convertido en un dechado de cursilería ahora que esta ya no me sirve para nada.

Hoy la pasante me reemplazó cuando salí temprano, no me preguntó la razón, y yo tampoco se la hubiera dado. Aunque quizá vio cuando te escribí el correo electrónico de esta tarde. Hacía varias semanas que no me sentía metido en tu recuerdo y en todas las sensaciones que me despiertan. Pero las últimas veinticuatro horas han sido un martilleo incesante de mi

cabeza aturdida y afectada. Podría continuar largamente esta carta imaginaria, pero me toca parar aquí porque llega Ramiro, el gran empalagoso. Espero hablarte en otra ocasión de él, de la forma en que lo he conocido. Besos.

## 16.

El cono de luz amarilla de la linterna de Ramiro alumbra las baldosas y se abre paso en el pasillo oscuro. El piso es vinotinto, pienso, y también me figuro el palo de rosa de las paredes envejecido por la humedad. Identifico entre las manos de Ramiro el aparato telefónico que ha sido el tercer objeto prometido en mi ayuda esta noche. Pero no es el aparato lo que miro detenidamente, sino la expresión seria y repentina de su cara en penumbras. ¿Quiere saber qué estaba haciendo cuando se fue la luz?, pregunta y me mira como si quisiera intimidarme con la capacidad de su franqueza. Me tomo un tiempo largo para pensar, aunque este verbo no designa bien el ejercicio de divagar en torno a ninguna cosa, ni el esfuerzo que debo hacer para fijar mi atención en... La verdad no sé por qué le cogí gusto a sentarme en las escaleras, empieza a decir Ramiro, las últimas dos semanas salgo en las noches y me siento aquí... ni fumar puedo, me dan ganas y todo, pero la vecina odia el humo, me quedo ahí, parchando solo...

No respondo. No entiendo lo que me cuenta, me impacientan los rodeos. A veces creo que la gente habla por la pura necesidad de no estarse callados. Por otro lado, todavía desconfío de las palabras que salen de mi boca. Sigo mirando a Ramiro. Está incómodo con su propio cuerpo: yergue la espalda, vuelve y se encorva, se rasca la cabeza, pone la mano libre sobre la baranda, la quita, la apoya también contra el teléfono, la luz de la linterna tiembla, la

apaga y la enciende, jugando... A buscar aire, a eso salí la primera vez, a buscar aire sentado en las escaleras, fue una sensación horrible, no me había pasado antes, terminé de hablar por teléfono y me senté en un mueble, Werner se asomó a preguntarme quién era, lo miré y le contesté cualquier cosa, ahora me parece que mejor haberle dicho, ¿no?, desahogarse, total que no le dije nada, callado la jeta en el mueble de la sala, entonces empecé a sentir que respiraba mal, no era exactamente aire lo que me faltaba, más bien parecía asustado, me tomé el pulso, aceleradísimo, me metí en el cuarto, no cerré la puerta porque me dio miedo, abrí la ventana y traté de practicar los ejercicios de respiración del grupo de teatro, exhaaaaala, inhaaaaala, lentamente, una vez y luego otra...

Ramiro hace una pausa para fijarse en mi expresión, supongo. Esta vez deja apagada la linterna. Como sea, no entiendo nada de lo que me dice. Me dan ganas de decírselo: Oiga, si quiere que le preste atención, vuelva empezar, otra vez desde el comienzo pero despacio y vocalizando mejor, a ver si puedo saber de qué me habla. Eso quisiera responderle, al menos sugerírselo con la expresión de mi cara.

Me tranquilicé un ratico y pensé que quería dormir, dormir y olvidarme, me metí en las cobijas, sin ponerme la pijama, y alcancé a quedarme profundo unos minutos, luego me desperté con los nervios alterados, ya no solo el corazón trabajando a toda mierda, sino también la sensación clarita de que iba a morirme, una vaina loca, como si estuviera drogado, pero estaba sobrio, me paré, empecé a sentir que se me dormía el brazo, un hormigueo que corría desde la palma de la mano hasta el hombro, luego también estaba acalorado, sancochándome por dentro de las cobijas, salí del cuarto, abrí la llave de la ducha y puse la cabeza debajo, no sé si era frío lo que buscaba o un trancazo que me despertara de la pesadilla, pero no pasó nada, seguí igual, así que salí del baño con la

cabeza escurriendo agua, me enrollé una toalla, cogí una chaqueta y me vine para acá a sentarme, antes de que tuviera que inventar una buena explicación para Werner...

Se hace de nuevo el silencio. Estamos varados en la isla pequeña y remota del tercer escalón, completamente a oscuras. Me pregunto... en realidad no sé bien qué preguntarme. Ramiro me revisa. Quizá imagina que adolezco de algún tipo de enfermedad mental a la cual se deben mis largos silencios o la expresión desorientada de mi rostro en sombras. Si al menos pudiera explicarle que estoy prevenido por mi indiscreción de antes. Aunque eso quedó olvidado, dejó de hacer parte de la situación desde que Ramiro adelgazó el tono de su voz y comenzó a hablarme. La luz de la linterna le devuelve la vida al teléfono que Ramiro trajo de adentro y que no usamos todavía para llamar al cerrajero. Esta podría ser una forma efectiva de rehuir el momento: traer a cuento la llamada pendiente. Me siento pusilánime solo por el hecho de contemplar esa opción. A veces creo que uso palabras demasiado fuertes para hablar de mí. El pusilánime del 701. Ramiro apaga la linterna...

Era mi ex novia la que me llamó esa noche, dice, como si hubiera necesitado las palabras anteriores nada más que para llegar hasta acá, y ahora sí tengo la impresión de que me está contando algo, de que sus palabras se convierten en otra cosa...

## 17.

Mi ex novia se llama Isa. Terminamos hace un tiempo, pero ella siguió visitándome. Viene... venía los domingos, almorzábamos y nos encerrábamos en la habitación. Creo que nos veíamos los domingos, porque Werner no estaba: el hombre salía temprano a hacer

ejercicio en la ciclo vía de la séptima o se iba al parque Simón Bolívar; o también al centro a visitar a sus amigos, me imagino que para no hablar español un rato. Lo importante es que Werner volvía tarde en la noche y se acostaba a dormir, sin hacerle preguntas a nadie. Por si acaso, le poníamos pasador a la puerta del cuarto. Yo prendía el televisor. Nos desvestíamos sentados en el borde del colchón, y a mí me gustaba comentar el programa que fuera. En la semana yo grababa los episodios de series gringas pensando en Isa, o en mí, no sé, y me parecía que a ella le gustaba el gesto. No es que Isa no estuviera buena. Pero ya no me daba curiosidad verla desnuda. Luego nos metíamos debajo de las cobijas, un edredón verde. Ese edredón lo habíamos comprado los dos, hacía ya varios meses, en un estante del Éxito de la Caracas con cincuenta y tres. Fue ella la que insistió, puso plata y todo. Creo que no lo he llevado la primera vez a la lavandería.

Cuando terminábamos, yo me hacía el dormido. Me sentía livianito, pero también culpable, y ese fastidio que me producen las viejas después del tales. Ella se iba para su casa el mismo domingo en la noche, y a veces se quedó hasta el lunes por la mañana. Todavía no sé si ella se daba cuenta o no de que mientras me la comía y tenía los ojos cerrados, yo me imaginaba a otras mujeres en bola. Me aburro con facilidad. Pero me entusiasmo igual cuando me pongo a refrescar el catálogo con piel nueva. Yo había escuchado que las parejas terminaban y seguían acostándose. Al principio, no me interesó el asunto, porque era tener a Isa encima, toda enamorada. Después vi una oportunidad de negocio: yo no andaba con nadie más, ella me venía a mi casa, le tupíamos y no nos hablábamos hasta el domingo siguiente. Como si me dijera: Siga, siga, sin ningún compromiso.

Entonces yo me hacía el dormido en mi rincón y ella se quedaba viendo tele. No era de mala gente, porque igual durante el almuerzo ya habíamos adelantado cuaderno: yo le

hablaba de mi grupo de teatro, de la monitoría de la universidad, ella me actualizaba los temas de sus clases, salía con alguna historia truculenta de un conocido al que habían chuzado en el norte de la ciudad, a plena luz del día. Pero después de eso no teníamos mucho más qué decirnos. Hasta que terminaba durmiéndome en serio. O era ella la que se foqueaba. ...

(Ramiro enciende por un instante la linterna contra la pared del pasillo y allí se proyectan nuestras sombras).

El tema es que hace quince días ella no vino visitarme. Me dio rabia y luego también putería conmigo por dejarme afectar. Me sentí plantado. Estaba en esas, rumiando el malgenio, cuando sonó el teléfono. Eran las siete de la noche, más o menos. No me sorprendió que fuera la voz de Isa. Claro que tampoco sabía qué decir después del saludo seco y cortante. Cualquier reclamo estaba fuera de lugar entre los dos y no iba a dejar que me viera así como estaba. No tuve tiempo de decidirme: Creo que estoy embarazada, me dijo, y ahí empezó todo. Colgué, muerto del pánico y tuve que salir a coger aire. Si hubiera sido capaz de contarle a Werner... Todas las noches vengo a sentarme acá desde entonces. Y en este marico escalón me encontró el apagón de esta noche.

(Ramiro prende la linterna y no vuelve a apagarla. Sin mirarme a los ojos, me pide disculpas. Creo. Pero no sé exactamente por qué).

**INTERIOR/NOCHE**



**18.**

Un chirrido nos interrumpe. Volteamos a mirar. Ramiro apunta con la linterna. Es la vecina del 601. La puerta de ese apartamento se queja al abrirse como si la estuvieran matando. Metal desaceitado, pienso. Trato de recordar sin éxito el nombre de la vecina. No puede afirmarse que la única intención de ella sea interrumpir el relato de Ramiro, porque en realidad él ha hecho una pausa primero, con cierta afectación en los movimientos y la cabeza gacha, buscando (fingiendo buscar) las palabras que necesitaba para seguir hablando. Encartado con el silencio de Ramiro y la cara asomada de la vecina, comento que hace más de una hora se dispararon los tacos: Los de la electrificadora dijeron que era difícil conseguir un técnico a estas horas, agregó.

Por unos instantes nos quedamos los tres a la espera. Ni siquiera insisto en molestarme conmigo por el descuido interno que dio pie a mi respuesta, ese impulso locuaz de loro sin práctica, de primate que imita a su congénere. Me detengo ahora en un único detalle de la vecina: la punta de su nariz es una bola agrietada. No me doy cuenta de esto justo ahora, sino que echo mano de mi memoria para reconstruir lo que sé de esa cabeza asomada. ¿Electrificadora?, pregunta ella. Los de la luz, vecina, explica Ramiro, quiso decir los señores de la luz. Ramiro corrige con esfuerzo la joroba de su espalda. Me parece que busca la forma de no encandilar más a la vecina, sin dejarla al mismo tiempo por fuera del cono de luz, un gesto de decencia que sustituye la cortesía de mirar a la cara de quien está hablando. Gracias, muchachos, empieza a hablar la vecina y su voz no coincide con la que esperaba, también quería pedirles el favor de bajarle al ruido, tengo un niño con fiebre aquí adentro que mañana tiene que levantarse para ir al colegio.

Qué pena, vecina, es que nos quedamos varados aquí porque el hombre no encuentra las llaves del apartamento, pero tranquila, ya le bajamos al volumen. Hay que desconfiar de la gente que da rodeos. La vecina abrió la puerta y con un tono propio de la cordialidad cívica ha dicho que también quería pedirnos el favor, cuando era eso, solo eso y nada más, lo que quería decirnos desde el principio. Nayibe contaba que los pacientes que entraban por urgencias con heridas sospechosas (por arma blanca, disparos, golpes provocados con un objeto contundente) se delataban a sí mismos desde el momento en que empezaban a medir sus palabras, a dar vueltas abriendo una brecha entre lo que en verdad pasó y su versión de los hechos. Las víctimas genuinas narraban a bocajarro (exactamente esta expresión usaba ella) lo que había ocurrido o lo que podían recordar.

La vecina se despide, cierra la puerta, la penumbra luce de nuevo despoblada, o quizá poblada con la presencia de nuestros propios fantasmas o de los ecos de la conversación. Hay que bajar el volumen porque a eso se comprometió Ramiro, aunque bien podría no atenerme a los compromisos que él adquirió, pues apenas nos conocemos y ni siquiera me ha consultado. No estoy sentado aquí afuera por voluntad propia, no me dieron vacaciones en el trabajo. Las vacaciones a mi edad no existen. Tampoco la pensión, ese otro mito del que nos hablaban nuestros mayores, alrededor de la fogata luminosa de la pantalla del televisor, una experiencia perdida por completo para nuestra descendencia. ¿Cuántos años tendrá Ramiro?

Entonces siento el impulso infantil de ponerme de pie y agarrar a patadas la puerta del 601. No quisiera estar más tiempo aquí sentado, constreñido por la situación. Patear la puerta y ventilar lo que Ramiro acaba de contarme, agregar que quizá voy a quedar sin empleo (vacaciones obligadas, ahí sí) y que es esto lo único que me falta perder; o cantar,

desgañitarme en realidad, cantar la historia de la iguana que había una vez y que tomaba café, girar en círculos con la trajinada bolsa de la compra en el extremo, estrellar las arepas con sus potenciales pecas moradas en las paredes, la crema de leche, la cebolla, y si sale la vecina a reclamar, puedo argumentar que se trata de una canción legítima para niños, aun para niños que tienen fiebre. ¿Cuál es el nombre de la vecina? El de su hijo no hay riesgo de que lo sepa. El peor de los planes posibles: enfermarme ahora que estoy solo en el cuarto del fondo. Dolor de cabeza, ardor en el estómago, igual que esta noche. Y sin los menjurjes de Nayibe. ¿Por qué dejó ella el libro encima de la mesa? Por lo menos lo que escucha la del 601 es nuestra conversación y no el hilo de mis pensamientos. En todo caso, me incomoda saber que alguien más ha estado oyendo, sobre todo cuando mi presentación de esta noche ha sido tan deplorable. Tengo la impresión de que el silencio entre Ramiro y yo podría multiplicarse a la enésima potencia. No estoy seguro de lo que debo sentir frente a la historia que acaba de contarme. Quisiera seguirlo, ahora que se ha dado vuelta y camina hacia su apartamento. Pero no puedo pararme en seguida, necesito unos instantes más. No quisiera estar aquí paralizado por las circunstancias pero tampoco ponerme de pie y hacer algo.

Veo formarse la siguiente imagen: estoy debajo de mis cobijas, sudando por la fiebre, todo lo que me rodea indica que me encuentro en el cuarto del fondo de mi apartamento. O no exactamente, es decir, sí es, pero en ruinas: los vidrios de la ventana rotos, las baldosas del piso levantadas, las paredes ganadas por la humedad y las hierbas trepadoras; al lado de la cama, sobre la mesita de noche, hay una bandeja con platos desocupados y ligeramente humeantes, estoy esperando que alguien entre, en efecto, aparece una mujer, es la vecina del 601 con un vestido de flores, un jarabe en una mano y una cuchara en la otra, la miro

con desconfianza, la dejo hacer, me arropa bien y me habla con una voz dulce, cuando quiero contestarle a mí también me sale una voz suave, aflautada, se acerca para darme un beso de buenas noches, veo su enorme nariz de bola, siento que la cama es grande, que mi cuerpo se ha encogido y se pierde en la inmensidad del colchón: Gracias por el caldo de pollo, Rubiela. Así es como se llama la vecina del 601, pero no soy yo el que lo ha dicho, es Claudia que está al lado mío, me acuna sentada sobre la cama, en una esquina, nos quedamos los dos solos y empieza a cantar para mí: Tundero, tundero, tu mama te parió en cuero, sin camisa y sin sombrero. Cuando levanto la mirada para agradecerle con una sonrisa, no encuentro su rostro, está ahí, el cuello, la cabeza, el pelo, pero no hay cara. Sigo sonriendo, mientras su voz grave me arrulla y me consiente.

## 19.

En el centro hay una mesa redonda de plástico y tres sillas (¿blancas?). En una esquina reposa un escritorio tapado por fotocopias, revistas, tal vez lapiceros en desorden. No puedo identificar con exactitud los objetos tendidos en el piso, y eso que el resplandor de la ventana, que no da a las montañas sino a otros edificios, le brinda a la sala del apartamento de Ramiro una claridad inesperada. Los muebles son dos sillones estrechos, al nivel del suelo, cuya espuma se aplasta casi por completo en el momento de sentarme. Al entrar, Ramiro alargó la mano para prender la luz y al cabo de unos instantes yo alcancé a decepcionarme cuando escuché el mecanismo del interruptor y la oscuridad siguió igual. Ramiro caminó adelante y luego se perdió en el pasillo que comunica con las habitaciones. A los objetos atravesados en el piso se suma la bolsa de la compra. Ya ni siquiera puedo recordar perfectamente su contenido. Me sorprende que la comodidad mínima del sillón

supere la del tercer escalón, que sienta cómo se expanden los músculos cansados y el cuerpo se prepare para olvidarse de sí mismo. El silencio aquí adentro resulta aún más notorio, apretado de golpe, retocado por un brillo que quizá provenga también del resplandor en la ventana.

La voz de Ramiro me llega como desde el fondo de un pozo: Werner ya debería haber vuelto. Emerge de la oscuridad tupida del pasillo, sin la chaqueta puesta, y va a sentarse en una de las sillas de plástico al otro lado de la sala. Junta las piernas para apoyar encima el teléfono (¿lo llevó con él hacia el fondo del pasillo?, ¿lo puso antes sobre la mesa?) mientras manipula los cables trenzados y prueba que el aparato dé tono. Se toma su tiempo y me gusta la rapidez con la que se forma la calma sin ruidos en esta sala. Tenga, ya le traigo el número, dice. De antemano me siento exhausto por tener que levantarme. Las sillas de plástico no prometen devolverme siquiera una parte de la comodidad actual. Supongo que el número del cerrajero es el mismo que está adherido en la puerta de la nevera de mi apartamento, uno de esos anuncios publicitarios flexibles, imantados, que repartieron alguna vez para cada habitante de Torres Flacas. Tres quince cuarenta y cuatro cuarenta. Silencio. Treees... quiiiiince.... Cuaaareenta y cuaaatro... cuaaareenta. Me toma varios segundos coordinar el movimiento del auricular levantado, el aparato telefónico en las piernas y la estabilidad de mi cuerpo en la superficie al parecer enjabonada de esta silla. En lo que respecta al mobiliario, Nayibe no hubiera precisamente disfrutado una visita a los vecinos del 602. Después de los tonos de marcado, siguen los timbres intermitentes de la llamada.

No contestan, digo sin mirar a Ramiro cuando vuelve de la cocina, ese espacio alargado y angosto con puerta giratoria que en este apartamento está situado a la izquierda de la puerta

de entrada. Imagino al arquitecto que diseñó el edificio jugando con las habitaciones, las salas, los baños, las cocinas, como con figuras de lego que deben casar perfectamente para que la estructura no se deforme ni se derrumbe. Siga marcando que el anuncio dice veinticuatro horas. Se trata de un anuncio demasiado viejo, de una época en la que yo no compraba nada en la tienda para la cena, ni tenía que acudir a un desconocido en caso de perder las llaves. Aunque Nayi aún tiene un juego de llaves, cuya utilidad ahora mismo equivale a la de este número telefónico. Ramiro vuelve a la cocina, luego a la sala, da vueltas con la cabeza clavada hacia el piso, enciende y apaga la linterna de su celular, a lo mejor busca algo en el suelo, o tal vez en el interior de sus propias preocupaciones. Marcar de nuevo. Casi puedo adivinar la dimensión de su angustia. Hasta hace algunas semanas se divertía con el deseo de ser actor de teatro o rock star o un académico que viaja por el mundo dando conferencias, seguro de que no era un hombre diseñado para el horario de oficina, y de golpe se vio obligado a pensar en las posibilidades concretas (ridículas) de realización de tales deseos. Todo gracias a esa deslucida, estrecha ficción de la vida real en la que uno paga sus cuentas y las mujeres quedan embarazadas. ¿Qué iba a pasar ahora con todas las cosas que conformaban su vida privada? En adelante no iba a haber tiempo suficiente más que para ocuparse de una criatura escandalosa y hambrienta. ¿Estaba él capacitado para lidiar con un bebé? Si le dieran uno para sostenerlo lo agarraría de una pierna, el cuerpo bocabajo, alejándolo de sí. Su sueldo apenas podría pagar un arriendo para tres en las miserables periferias de esta ciudad. ¿Subir y bajar la montaña todos los días para llegar a la décima? Lo veo viéndose a sí mismo despierto a mitad de la noche, arrullando con desgano a la criatura inquieta, pensando en la falta que le hace una ventana en esa pieza arrendada, y en la estupidez y la brutalidad del entorno, en la austeridad

grasosa del transporte público, en la desnudez sin gracia de una mujer a la que sonrío diariamente.

Aló, buenas noches, digo. Silencio del otro lado. Llamaba porque tengo este número y pensaba que allí me podían ayudar con un cerrajero. ¿Si no tuviera este número cómo habría llamado? Una noche para el olvido. El auricular suena como si lo dejaran sobre una repisa, luego se oye una puerta que se abre con mucho esfuerzo y una voz de mujer que se dirige a alguien llamado Beto. ¿Sí? Buenas noches, estoy buscando un cerrajero. Ahh... ya, dice. No, mire, se me fue la luz en la casa y no puedo irme porque se me meten al cuarto. ¿Al cuarto? ¿Dónde y cómo vive este hombre? Señor, vea, es muy importante, estoy dispuesto a pagar bien por el trabajo. El presunto Beto hace un sonido con su garganta que se prolonga mientras repara en mis palabras o por lo menos trata de hacerlo. Tengo tiempo para reflexionar y caer en la cuenta de que en realidad no debería ofrecer con tanta facilidad el dinero que me queda. Es que me voy y se me meten, créame, si no con mucho gusto, responde. Ahora soy yo el que arrastra una exhalación de resignado. Pero hagamos una cosa: deme su dirección y yo trato de conseguirle a alguien, déjeme yo coloco esto por aquí, a ver...

Repito mis señas sin ninguna confianza, agrego el teléfono fijo y el número de apartamento de Ramiro, pero lo hago por no dejar, lo mismo que si se tratara del momento posterior a una compra en que a uno le piden los datos personales para participar en el concurso de un carro cero kilómetros. Cuando menos, debe vivir en una pensión amarillenta, apropiada para universitarios y hombres recién separados. Quizá de dos pisos, con un patio atiborrado de electrodomésticos viejos, escombros, ladrillos mohosos, en medio de los cuales se tiende la ropa de los inquilinos dos o tres días a la semana; las puertas de los cuartos estarán

hechas de madera, aseguradas por candados que se cierran sobre ojales metálicos o con llaves largas metidas en cerraduras baratas que incluso pueden forzarse con un carnet o un cuchillo y con las que debe soñar la administradora de Torres Flacas en sus peores pesadillas. Cuelga. El tono intermitente del principio se acelera y luego se hace uniforme, la señal de una vida que se extingue.

Ramiro ha vuelto con un vaso del que toma tragos largos. Hasta mí llega un olor reconcentrado y ácido, en el fondo del cual reposa algo parecido al anís. No lo convido, porque se va a poner retrechero y me va decir que no. Hace una pausa corta. Además, no es que esté muy bueno, pero es lo que quedaba en la nevera, le puedo ofrecer otro yogurt. El de mora, pienso. Cuando se acaba el contenido del vaso, lo deja encima de la mesa, antes de sentarse en la otra silla. Definitivamente son blancas. ¿Qué le dijeron?, pregunta. Que no puede venir porque está sin luz y parece que no puede dejar solo su cuarto. Quién sabe en qué roto vive, dice Ramiro. Alberto, digo. ¿Quién? Creo que así se llamaba el hombre, la voz que contestó lo llamo así, explico. Ajá, ¿y entonces? Me tomó los datos y dijo que iba a tratar de llamar a alguien más para que viniera, respondo. De pronto sí manda alguien, en el mismo carro de los de la luz, dice Ramiro y se sonríe.

Yo hago un esfuerzo para que mi cara no traduzca la risa mental que también me produce el comentario. Debo estar muy agotado para que me parezca divertido. Los señores de la luz, pienso. El nombre en clave de una logia. Si quiere podemos buscar en el directorio... bueno, el que yo tengo es viejo, pero eso sirve, ¿no?, dice Ramiro. Sí, pienso, como el cerrajero de la tarjeta. Oiga, y no me contestó si quería el otro yogurt, ya huevitos o carnita no se puede porque no tenemos carne y usted tiró los huevos a la jura, pero hay pan, dice, mientras un movimiento resortado lo pone de pie y lo lanza de nuevo a la cocina sin esperar



mi respuesta. Trae una bolsa plástica de rayas. Se acabó el de rollito y las mogollas, pero quedan dos franceses, fresquitos, de ayer por la mañana.

Se sonrío de nuevo, aunque esta vez no parece vigilar mi respuesta. Al menos siento que recupero el control habitual sobre mis actos y mis palabras, manteniéndome lo mejor que puedo al margen de la conversación, guardando la compostura. Me larga un pan duro como la pobreza: También hay un pan raro de Werner, integral, de centeno, de granos no sé qué joda, pero, pues, me da pena bajarle el pan sin permiso y además sabe muy feo, es el de echar a los invitados, aunque si quiere le sirvo uno y le unto encima el trago que me despreció. Con el pan está bien, digo, haciendo sonar la mesa con el mendrugo. De repente me incomoda el humor forzado de Ramiro, la falta de gracia de sus palabras con las que igual intenta bajarle al tono de hace un rato. A lo mejor pretende que me olvide de su historia, o como yo, se habrá arrepentido de contármela: La verdad quisiera ir a una droguería y luego más bien podemos usar el directorio nuevo que guarda abajo el señor Luna en la recepción, digo.

Ramiro se ha metido otra vez en la oscuridad del pasillo que lleva a los dos cuartos. Afuera el ruido de los carros y las motos ha disminuido. Ramiro vuelve con un buzo de franjas gruesas y quizá verdes apuntado hasta el cuello. Nos demoramos todavía varios instantes, sentados en silencio, antes de empezar a salir. Mientras desandamos las escaleras, me causa una tristeza enorme en la boca del estómago el mendrugo de pan que no terminé de comerme y dejé olvidado en una sala desconocida, desordenada, la luz de la penumbra poniéndolo al descubierto encima de la mesa blanca.

**20.**

Nayibe se desespera y me sacude los hombros. Siento un mareo repentino, un dolor galopante entre las sienes. Estamos en la mitad de la sala. No entiende mi actitud, dice. Quisiera explicarle que tampoco yo la comprendo, pero las palabras no me salen. Es lo que me ha ocurrido desde que volvimos de la clínica, hace poco más de un año. Así que continúo de pie, mirando el mugre que se acumula en las juntas de las baldosas. Nayibe se sienta a un lado, en la mesa bajita. Tengo la cabeza caliente, quisiera un vaso largo de agua. Miro hacia la ventana la luz del día que se cuele por las persianas, me arden los ojos. Anoche otra vez me quedé dormido en el sillón con el quinto whisky. Eran pasadas las doce, creo. En el fondo del sabor refrescante de la crema dental percibo el aliento podrido por el alcohol. Estoy mamada, insiste Nayibe, y lo peor es que no sé qué hacer, ni una maldita idea. Cuando Nayibe maldice está bastante brava. O ni siquiera eso: más bien en ese límite extraño en el que el malhumor se le transforma en fastidio o hartazgo. Hace unos meses Nayibe dejó de tomar medicamentos. Su cuerpo ha respondido de la mejor manera y ahora está lista para concebir de nuevo. Esa fueron las últimas noticias de la ginecóloga. Nayibe se ha tomado juiciosamente sus medicinas, ha cuidado su dieta de comida y ha empezado a hacer ejercicio: limpió con una toalla el marco de la bicicleta estática, la aceitó y ahora la monta treinta minutos por la mañana y una hora al volver del trabajo. Le han quitado los turnos de la noche durante un tiempo. Me imagino que por pura lástima, aunque quizá habrán pensado que se trata de honesta consideración. De modo que su horario de trabajo también se ha vuelto estable y regresa al apartamento temprano. No hemos vuelto a hacer nada juntos por la noche, ni siquiera los fines de semana.

La sed crece y carcome las paredes de la garganta: pienso en un jarro de vidrio enorme con limonada de panela y hielo.

Ni siquiera le estoy pidiendo que tengamos un hijo todavía, dice Nayibe. Me busca la mirada, traga saliva: pero flaco, necesito que me hable, que me diga algo. Me agarra una mano con las dos suyas. No hay nada de qué hablar, respondo de repente, soltándome. Le doy la espalda y atravieso la sala para llegar a la ventana: detrás del vidrio, a un lado, la fachada de la edificación abandonada que se esfuerza por parecer habitable. Vida hijueputa, ¿y entonces qué?, dígame, ¿entonces qué hacemos?, pregunta. Yo aprieto los ojos, sin que ella me vea: Ni mierda, Nayibe, no podemos hacer ni mierda. Nunca uso groserías, pienso, y nos callamos por un rato. En las noches, cuando vuelvo del trabajo, Nayibe me saluda, me sonrío, prepara algo de cenar y nos sentamos en el comedor con la radio encendida. Quisiera pasar el televisor para sala y quedarme a vivir aquí. No quiero ni insistir en eso porque ya me imagino su respuesta. Total que por lo general, después de cenar, yo prendo la tele del cuarto del fondo. Nayibe entra y sale de la habitación con ropa sucia en una cesta de plástico, a veces barre o trapea, o le pasa papel periódico a las ventanas, baja las persianas, las limpia con un trapo. No me cuesta concentrarme en la pantalla del televisor, en los canales que paso sin intención de quedarme en ninguno, porque no quiero oír los comentarios de Nayibe acerca del monopolio de la programación que vemos en esta casa. Después de un rato, la lavadora pita para avisar que ha terminado el ciclo. Nayi extiende la ropa, se pone la pijama, se mete en las cobijas y se duerme. Pasa también que saca un libro o un manual de medicina y se pone a leer con la lámpara de su mesita de noche encendida. Entonces yo le bajo un poquito el volumen a la tele y sigo ahí.

Nayibe se pone de pie. Veo su reflejo a través del vidrio de la ventana. Se está quieta unos instantes, luego recoge sus cosas del piso (un bolso, un abrigo negro) y se va. Oigo el portazo sin despabilarme. Me volteo y experimento una inesperada sensación de libertad al notar que estoy completamente solo en la mitad de la sala. Como Nayibe me despertó a tiempo, estoy vestido y preparado para irme a trabajar. Primero le doy vueltas a la idea, la mastico, me la quedo viendo. Después, saco el celular de mi bolsillo, llamo al Director y le digo que amanecí enfermo y no puedo ir a trabajar, voy rumbo a urgencias, con unos cólicos violentos, agrego. Si de pronto puedo ir en la tarde, le aviso. El Director no responde, me cuelga. Está aburrido de mis excusas. Voy a la cocina, saco la botella de whisky (un Sir Edwards barato que compré en el centro) y me tiro en el sillón.

A las diez de la mañana estoy borracho como una perra, a punto de quedarme dormido. Suena el celular. Es el Director. No le contesto. Pero encuentro también un mensaje que me ha enviado Nayibe en algún momento de la mañana: Lo siento, baby, en verdad lo siento, pero quisiera que fuéramos felices. ¿Felices?, pienso. Y además falta una tilde. Tiro el celular contra el piso. Quiero tomarme otro trago pero no encuentro nada: la botella de whisky está vacía sobre la alfombra, junto a la mesita bajita y las latas de cerveza que pedí a domicilio, aplastadas contra el suelo, desocupadas. Cuento las monedas, hago planes: pararme, echarme agua en la cara, ir al supermercado, comprar un cuarto de aguardiente. Me siento francamente feliz aquí echado en el sillón. Eso debería decirle a Nayibe en otro mensajito de texto. Cuando me levanto el mundo da unas vueltas vigorosas que me obligan a tenerme de algo. Con dificultad, recojo el celular del piso, pero no logro encajar las piezas (la batería, la tapa, el aparato, los bordes salidos de la pantalla), así que lo dejo caer de nuevo.

Bajo al primer piso. El señor Luna me saluda con una sonrisa de medio lado. No más verme y se ha percatado de mi borrachera. Amanecemos contentos, dice, y me da una palmadita en el hombro. Me dan ganas de invitarlo a seguirla conmigo, proponerle que cierre su cuartico de celador y nos vayamos a visitar las cantinas y las mujeres que conoce. Me abre la puerta para que pase. Lo miro, tambaleándome, todavía puedo darme cuenta. ¿Sabe qué?, le digo, pero me interrumpe el recuerdo de la vez que él me ayudó a auxiliar a Nayibe. Hacía pocos días habíamos vuelto de la clínica. En las noches, el xanax le permitía apenas unas horas de sueño. De modo que durante el día, se la pasaba acostada, con los ojos abiertos, o deambulando por ahí. En esa ocasión estábamos en la sala. La mamá de Nayibe se ofreció a traernos almuerzo de su casa y la estábamos esperando, sentados en el sofá. Nayibe tuvo ganas de vomitar. Se paró afanada, con los movimientos lentos y torpes que le permitían los puntos. Caminé con ella hasta el baño del pasillo y cuando me disponía a ayudarla a agacharse para abrazar el inodoro, se desgonzó como un pesado muñeco de trapo. Va a broncoaspirar, pensé (y me sentí hablando como Nayibe misma). La cargué hasta la cama, la puse de medio lado, entre un montón de almohadas, busqué el teléfono y llamé una ambulancia. Le mamá de Nayibe venía de camino en un taxi cuando llamé a avisarle. Me dijo que le echara agua en la cara a la desmayada, o que le pusiera a oler a alcohol. Le dije que bueno, pero al colgar me senté a llorar en el borde la cama. Pasaron unos minutos y me di cuenta de que la ambulancia no iba a llegar, me sacudí la cara, llamé por el citófono al señor Luna y le expliqué a los gritos que necesitaba llevar al hospital a mi esposa. Subió en seguida, mientras yo la cargaba, él fue abriendo y cerrando las puertas, espichando el botón del ascensor. En el primer piso, me abrió la puerta (como ahora) y buscó un taxi en la esquina, pero ninguno quería llevar a una mujer con cara de muerta. Eso lo pienso en este momento, mientras el señor Luna se sonríe. ¿Que si sé qué?, me pregunta. Yo le doy la

espalda y me voy pensando que ningún taxista malparido quiso parar. La mamá de Nayibe apareció, sin pedir permiso me monté en el carro y le dije dónde tenía que llevarnos: a la avenida Esperanza con sesenta y ocho, aunque ella igual ya sabía.

A ese mismo lugar me dirijo esta mañana. No tengo muy claro cómo conseguí el dinero. Compré el cuarto de aguardiente y debí haber buscado un cajero electrónico o algo así. Lo que importa es que el taxi se detiene a la entrada de la clínica: en la puerta de urgencias, socio, le digo. El hombre detrás del volante me mira con desconfianza. Será el primer borracho que ve anticipar su coma etílico y pedirle que lo lleve al hospital antes de caer inconsciente. Quizá me está cobrando de más, pero no tengo cabeza para verificar las unidades del taxímetro. Le pago, me tomo de un trago lo que queda en la cajita de aguardiente y la tiro en el piso, cierro la puerta con fuerza mientras el taxista me recuerda a mi mamá desde adentro. Nayibe no está más en urgencias. Ahora trabaja en el piso de inyectología. Me lo ha contado una de estas noches, cuando volví de la oficina. Entonces no tiene ningún sentido que me haya bajado aquí. Me doy cuenta a tiempo, giro y busco la entrada en el edificio de al lado. Hay mucha gente circulando, así que los celadores me dejan entrar, aunque dudan al verme pasar. Una droguería, una óptica, otros locales que no logro identificar, demasiadas personas esperando el ascensor. Subo por las escaleras. En la información del segundo piso, le pregunto a la encargada donde podré encontrar a mi princesa. Me parece que reconozco de algún lado la cara de la mujer. Le cuento que soy el esposo de Nayibe y que vengo a decirle algo muy importante. Inyectología, confirma, el pasillo al fondo, doblando a mano izquierda. Creo que es miedo lo que tiene esta mujer en su cara. O quizá solo pena ajena. Encuentro la puerta cerrada. Toco. Soy yo, Nayi, digo, cuando vuelvo a golpear. Ya llegué, amor, ábreme, insisto. Entonces empiezo a golpear con

los dos puños. El pasillo es estrecho pero no me doy cuenta de dónde salen las dos manos que me agarran por la espalda. Es uno de los celadores del primer piso que me pide que salga. Necesito hablar con mi mujer, le digo, tratando de no alterarme. Aparece otro hombre con el mismo uniforme y entre los dos empiezan a arrastrarme. Que no me agarren duro, les digo, levantando la voz, no estoy haciendo nada, señor agente. Con fuerza me tuercen hacia atrás y ahora sí quiero matar a estos atarvanes de mierda. Nayibe aparece por el pasillo por el que me están llevando y les explica que en efecto soy su esposo, que por favor no me maltraten. Me sueltan un poco el brazo pero le dicen a ella que tienen que acompañarme a la salida. Nayibe intenta acercarse y pedirme que me calme. Yo digo que sí, me calmo, pero que no me toquen estos guaches, yo simplemente tenía algo importante que decirle. Nayibe me mira sorprendida y dice sería que está bien, que hablamos afuera. Estás borracho, agrega, sin alzar la voz, como si fuera esto lo que más le produce vergüenza. Entonces, cuando siento otra vez la mano de alguno de los dos celadores forzándome, me sacudo y los empujo, que no me toquen, malparidos, cabrones, les digo, y sé que esas palabras no son más, es como si otro estuviera hablándome por mí en este momento. Me sacudo con más fuerza, uso todo el cuerpo para empujarlos, los brazos para evitar que me neutralicen, y sin querer alcanzo a pegarle a Nayibe en la cara. Me paralizó y los dos celadores aprovechan para agárrame por el cuello, doblarme el cuerpo y jalarme casi por el piso hasta el ascensor. Estoy vencido, me dejo llevar, como puedo volteo la cabeza, atrás, en el pasillo, la mujer de la recepción ayuda a Nayibe a incorporarse, Nayibe se pone las manos en la cara y estoy seguro de que puedo escuchar su llanto.

**ANDENES**



**21.**

Una vez en el primer piso de Torres Flacas, decidimos que solo al volver buscaremos el número de otro cerrajero. Enfrente del edificio, se ha multiplicado el número de camiones, ya no solo con el logotipo de un canal de televisión sino también con la imagen de Producciones El Caimán. Los operarios salen de las bocas de los furgones y sacan sin apurarse cables, luces, bases metálicas, extensiones, atuendos. Según Ramiro, van a grabar una escena de una película en la cuadra de más allá, una calle pequeña que da al CAI de la policía. No dice por qué está enterado y no tengo tiempo de preguntárselo, pues me ponen de malhumor las bolsas de la basura desbordadas en el andén. El señor Luna debió sacarlas y los recicladores pasarían hurgándolas. En el aire da vueltas una vaharada de atún viejo, de verduras podridas, de mierda de gato acumulada. Me da un poco de vergüenza por lo que puedan pensar los operarios de los furgones acerca de la limpieza de Torres Flacas. Por otro lado, los recicladores deben realizar hallazgos interesantes en la basura. Podrán controlar (jugar a hacerlo) la vida privada de los habitantes de Torres Flacas. Las botellas miniaturas de whisky entre los residuos de la administradora, los preservativos cada vez menos numerosos de la pareja del cuarto, los juguetes dañados del hijo de Rubiela. O vender la información que encuentran en la basura a bandas de ladrones organizados: empaques de productos costosos, extractos bancarios para determinar el nombre de las personas y los números de apartamento que valdría la pena robar. Algo así como un estudio de mercadeo.

En la esquina giramos y buscamos la cincuenta y dos. Ramiro se ha puesto un pasamontañas para el frío. De este modo ha ganado verosimilitud su aspecto de hampón promedio y a mí me produce confianza ir por la calle con él así vestido. Para llegar hasta la droguería hay que subir uno, dos, tres escalones. Una cara inexpresiva viene a atenderme

detrás de una rejita metálica y un vidrio de seguridad. Hundo el botón y acerco la cara al intercomunicador para hablar. El pedido deberá llegarme por medio de una ventana giratoria que va y vuelve y es el único contacto con el exterior que tiene el hombre regordete de bata blanca, las líneas de la frente y las mejillas profundizadas por el hábito de trasnochar. Dejo el billete para que el hombre me entregue la ranitidina, la botella de agua con gas y las vueltas. En la parte alta de la pared un reloj marca las diez y cuarto. Ahora que todo es luz en el interior de la droguería, tengo la impresión de que el rojo y el amarillo, los colores de la franquicia, brillan de forma poderosa y duelen en la parte posterior de los ojos. Ramiro se queda varios pasos atrás mientras termino la transacción, como si estuviera masticando la información que me ha compartido. O de pronto solo se distrajo viendo las luces del semáforo, hablando a solas. Está de espaldas, parado en el borde del andén, se balancea, mira al frente con las manos cruzadas sobre el borde inferior de su saco. De vez cuando, restriega los brazos contra el cuerpo para calentarse.

El hombre se demora frente a la caja registradora. Entra una llamada, contesta, debe ser para un domicilio. La bata blanca del hombre con las iniciales de la droguería es en realidad una prenda mugrienta y descosida en los bordes. Nayibe odiaba este sitio por la displicencia de los encargados. A mí me gustaba venir desde que una noche hundí el botón del intercomunicador, pedí una caja de preservativos, de los que prometen calor intenso, y entonces una chica que hacía fila detrás estuvo de acuerdo en que era la mejor elección. Estuvimos conversando varios minutos acerca de las ventajas de una y otra marca, de los que cada uno había probado y volvimos a coincidir en que el invento de los preservativos retardantes era el peor de todos. Cuando volví al apartamento no le conté nada a Nayibe sino que me di a la tarea de inaugurar la caja. La libido de Nayibe me hacía sentir con

frecuencia un hombre gastado, sin energías. Por eso atesoraba las jornadas en que mi desempeño resultaba notable. Tengo derecho a conservar en mis motivaciones algo de macho alfa dominante. A Nayibe le disgustaba que yo hiciera este tipo de comentarios, aun cuando solo los hacía en privado o en presencia de pocos amigos. De ahí a la teoría de la relación entre el sexo y la cacería no hay sino un paso, agregaba ella, torciendo la boca, tensionando los músculos del cuello, en ese gesto habitual de desaprobación. Lo cierto es que la desnudez de Nayibe producía en mí un efecto poderoso. Mis manos tienen memoria de sus pronunciados huesos de la cadera, de las dos marcas circulares en la base de su espalda y esa forma demorada en la que se dibujaba la curva de sus nalgas. Mis manos se contraen cuando recuerdan la primera vez que estuvieron encima, por debajo, alrededor de la desnudez de Nayibe. También disfrutaban al pensar en su barriga caliente y combada por el embarazo, pegada con fuerza a mi cuerpo, mi cuerpo en cambio, ordinario, habitual, desprovisto de sorpresas.

## 22.

Al matrimonio no invitamos a ningún familiar. Estamos Nayibe y yo en el despacho de la notaría del Centro Internacional y la pareja del cuarto piso de Torres Flacas que nos va a servir de testigo. Hemos pedido la cita hace poco más de quince días. Requisitos para una pareja soltera y sin hijos: fotocopia de la cédula, registro civil con vigencia no mayor a tres meses y una inscripción que diga “válido para matrimonio civil”, solicitud por escrito firmada por los interesados, consignación en un banco Popular. Por fin la semana pasada recibimos la confirmación: Martes, seis y media de la tarde. Nayibe ha intercambiado

media jornada de su turno en la clínica para salir antes y tener tiempo al menos de ir a la peluquería. Yo me invento cualquier cosa, investigación de campo en la biblioteca para una crónica que estoy escribiendo sobre los derechos legales de una mujer que descubre que ha sido criada por los padres equivocados porque hubo un error en la sala de maternidad del hospital. Es cierto que necesito recolectar ciertos datos, pero simplemente salgo de la oficina corriendo a Torres Flacas a ponerme el traje que compré para el grado de la especialización, hace ya un par de años. El sastre de Galería ajustó el tiro del pantalón y los metidos del saco. El fin de semana fuimos con Nayibe a buscar una camisa blanca nueva y una corbata: para mi sorpresa terminamos llevándonos una negra, flaquita y larga como un palito de queso. Ella compró un vestido blanco de pepas oscuras, unos zapatos sin tacón y una cintilla para el pelo que hace juego. También hubo que sacar espacio para prepararle un postre de tres leches a la pareja del cuarto y concretar su participación. Estaban felices de aceptar. O eso dijeron.

Después de un rato aparece la notaria por una puerta lateral, se sienta en su enorme sillón de burócrata y nos mira con una mezcla entre el cariño y la condescendencia. ¿Estamos listos?, pregunta, como si sospechara de nuestra decisión. Se pasa la mano por la barbilla y nos contempla mirando por encima de las gafas. Es una mujer grande, de rasgos duros, tiene la piel manchada por el sol. O por los anticonceptivos, me dirá Nayibe más tarde al salir. La pareja del cuarto nos sonrío: ella se agarra del brazo de él y puedo sentir lo genuino de su emoción. Por la ventana del despacho se ve la carrera trece. En el semáforo se agolpa sin avanzar una fila de autos y de buses. Las luces de las farolas cobran fuerza ahora que se ha hecho la noche. Detrás está la entrada al Opera Plaza, pero no se alcanza a ver el nombre de la película que promociona el letrero del cine del segundo piso.

Buenas tardes para todos, dice la juez, y mira con ironía el auditorio inusual. A instancia de los dos contrayentes, estamos aquí reunidos para celebrar su unión oficial ante la comunidad. Luego, la notaria lee el número de la ley y el decreto que le entregan la potestad de casarnos, y confirma, por si acaso hay dudas, que no existen obstáculos legales de ninguna de las partes que impidan el matrimonio. Entonces no sé si continúa leyendo o está improvisando de memoria, porque nos observa más a nosotros que al documento que tienen en sus manos. Habla del amor y la sociedad civil, de las condiciones ideales de convivencia, del principio natural del ser humano que no puede bastarse a sí mismo, de la familia que surge con la institución del matrimonio... Pero tanta retórica me distrae y acabo mirando los detalles de la máscara africana (made in San Victorino) que cuelga en la parte de atrás, junto a un bife con puerticas de vidrio detrás de las cuales hay botellas de licores exóticos. No reconozco ninguno de los tragos, quizá solo el jerez y una botella alargada con tonos azules que se parece al tequila que un día me dio a probar el Director de la revista cuando volvió de México. Pero tampoco puedo quedarme en ninguno de estos detalles. La verdad es que trato de contener el nerviosismo que me ha tomado por sorpresa. Nayibe y yo llevamos ya un tiempo viviendo juntos, pero mudarnos al apartamento de Galerías ha ocurrido casi de forma natural, sin esfuerzo. Ahora de golpe estamos frente a un notario y tengo la sensación de que soy una persona distinta, más grande o adulta, como si entre la noche de ayer y la de hoy, algo hubiera crecido y se hubiera modificado de manera profunda mi vida interna. ¿O estaré exagerando?

El amor es soportar, dice la notaria, sufrirlo todo, esperarlo todo. Quisiera levantar la mano y oponer algunas objeciones. Reviso la cara de Nayibe, el ceño ligeramente fruncido y una sonrisa apretada en los labios. Está radiante. Supongo que ella sí escucha con atención las

palabras de la notaria, o de pronto no, puede ser que si me concentro la oiga también divagar por ahí. Después de hablar de la disciplina diaria y el compromiso con los hijos, la notaria le pregunta a Nayibe si ella voluntariamente y sin estar obligada consiente en contraer matrimonio conmigo. Que sí, responde, mientras yo le pongo una argolla plana y ancha que le mandamos a hacer a una artista plástica, amiga suya. Por un instante se me ocurre que sería muy divertido oír a Nayibe diciendo que no. Terrible pero divertido. Cuando la notaria me interroga a mí, trato de dar la respuesta de forma inmediata y sin titubeos, no vaya y sea. Detrás, la pareja del cuarto nos toma fotos con la cámara digital que les entregamos antes de empezar. La notaria nos declara señor esposo y señora esposa, e invita a los contrayentes a firmar el acta. Luego Nayibe y yo nos besamos, creo que por un reflejo automático, aunque tal vez la notaria lo haya propuesto: pueden sellar esta unión con un beso, me parece que pudo haberlo dicho, sellar simbólicamente. No importa. La pareja del cuarto nos toma más fotos. Después la notaria misma pide que nos acomodemos los cuatro y ella se encarga de la cámara. La chica del cuarto le pasa su celular para que también a ellos les quede un retrato del grupo. Nos reímos un rato, nos despedimos, cuando dejamos el despacho, la notaria ha sacado un cigarrillo, se ha servido un trago y se ha abstraído en sus asuntos con la mirada puesta en la ventana que da al Opera Plaza.

Una vez afuera, invitamos a la pareja del cuarto a tomarnos un trago en un sitio que conocemos en la Macarena. El fin de semana los invitamos a una comida con amigos cercanos que vamos a celebrar en la casa: ese día les vamos a mostrar a todos estas fotos y así notificamos las buenas nuevas. Al día siguiente, en un almuerzo con la mamá de Nayibe y con la mía, las enteramos también a ellas. La pareja del cuarto no asiste a la cena del sábado por la noche. Los volvemos a ver algunas veces, pero como han comenzado a

separarse, ya no podemos llevar a cabo los planes que todavía tenemos pendientes. Es una pena, comentamos Nayibe y yo una noche, a punto de dormirnos, y me acuerdo entonces que en el celular de la chica del cuarto quedó grabada una foto de los cuatro.

### 23.

Cuando por fin me ha entregado las vueltas, le agradezco al hombre de la droguería, pero se me olvida hundir el botón del intercomunicador y mis palabras solo le llegan a Ramiro que se despabila, se voltea hacia mí y me propone que compremos de comer en la cigarrería. El supermercado del sector funciona veinticuatro horas. A mí me parece mejor ir hasta allá. El hombre y su bata mugrienta se alejan hacia la caja registradora y mientras bajamos las escaleras del andén imagino que toma el teléfono y termina de atender la llamada del domicilio. Ramiro y yo, en vez de desandar el camino por la cincuenta y dos, seguimos sobre la veinticuatro. El frío ha aumentado y siento que me aprieta las manos. El sabor amargo de la raniditina se deshace pronto en medio de las burbujas del agua con gas. Ya desde antes la panza ha restablecido su funcionamiento, pero no pienso cometer el mismo error dos veces en una noche. Ramiro también necesita cigarrillos. Es difícil no fumar en un grupo de teatro, me explica, pero encuentro contradictoria su explicación. Yo en realidad estoy pensando en la sección de comidas del supermercado. Venden unos quibes deliciosos. ¿Cuándo fue la última vez que pensé con tanta ilusión en mi propia cena? Las calles están desiertas. Es una frase que había querido usar antes. No de cualquier manera, quiero decir, sino en un momento apropiado, como ahora, porque en verdad no hay nadie afuera. Las calles están desiertas y en las esquinas las lámparas emiten un zumbido de insecto gigante.

Los escasos carros que circulan, pasan a toda velocidad y solo en el cruce de la cincuenta y tres muestran un respeto parcial por los semáforos. Justamente cuando empezamos a bajar por esta calle compruebo que en efecto el problema de la luz eléctrica no es solo en Torres Flacas: la papelería del frente, que funciona toda la noche, está oscuras, sus empleados con el delantal azul se amontonan en la puerta principal a medio cerrar; en cambio, el almacén de ropa para chicas, cerrado a esta hora, conserva sus vitrinas iluminadas, al igual que el cajero del banco; la frutería, el sitio de empanadas gourmet y el local de mariscos duermen de forma inusual con sus avisos apagados. No lo comento con Ramiro, cuya atención se quedó antes de doblar la esquina, en la cigarrería a la que propuso ir: Será el hábito lo que me hace volver donde el Cuate, dice Ramiro, el Cuate es todo bien con sus clientes, pero en las noches se pasa de calidad con los precios, lo bueno es que atiende a cualquier hora, cuestión de tocarle la puertita y tenerle paciencia, esperarlo que se despierte y venga desde el cuarto del fondo, porque duerme ahí atrás del negocio en una habitación de tres por tres por tres en la que tiene un televisor así de grande.

De no ser por el nombre del sitio, Cigarrería el Cuate, no tendría ni idea de a quién se refiere Ramiro. ¿El “despierte” viene del mismo lugar que “electrificadora”? , pregunto por no dejar. Ah, sí, dice Ramiro, por lo menos agradezca que no lo he tratado de “tú” y de “usted” al tiempo, que es como me enseñaron a hablar en mi casa. Ramiro y yo sabemos que es él el que lo tiene que agradecer. Yo simplemente me habría burlado en silencio. Le ofrezco un trago de agua con gas, hace que no con el dedo: El gordo que vivía conmigo le quedó debiendo al Cuate casi quinientos mil pesos, continúa Ramiro, no sé quién era más huevón, si el Cuate por prestarle o el gordo por seguirse endeudando, lo cierto es que a la final el Cuate se puso serio y la cosa se le iba complicando al gordo, tenía que esconderse y



por allá consiguió ciento cincuenta mil que le pasó al hombre para que se tranquilizara, después se mudó, el gordo, digo, y el pobre Cuate seguía llamándolo a la casa y yo le contestaba y trataba de explicarle que el gordo no vivía más con nosotros, pero es difícil explicarle a la gente que su platica se perdió.

Pasamos por el frente del puesto de policía. Detrás se adivinan los movimientos sin prisa de los encargados de la logística de la presunta grabación de exteriores. ¿Habrán tenido problemas con las conexiones eléctricas? A lo lejos escuchamos los frenos chirriantes del camión de la basura. Hombrecitos vestidos de amarillo bajan barriendo las calles, Oompa Loompas caídos en desgracia. El reflejo de uno de los almacenes sin luz me recuerda la pintura que aún tengo puesta: camiseta negra con cuello en v, el blazer gris y zapatos informales de cuero. ¿En qué momento empecé a vestirme así? En la universidad usaba camisas por dentro del jean y camisetas con cuello sport. ¿Qué significa esta forma de vestir? Nada, seguramente. Cruzamos la avenida. Del otro lado, nos recibe la fachada reluciente de un McDonald's, vacío a esta hora de la noche. En un rincón apenas, hay una mujer sentada mirando con tristeza la bandeja y su hamburguesa mordida. El rojo y el amarillo también son los colores de este sitio. Creo que tal vez ya no quiero quibes. ¿Mejor una porción de papas fritas y esas hamburguesas diminutas y desprolijas de McDonald's? Interrumpo a Ramiro. Lo invito, yo pago esta vez. Él lo piensa un instante y después solo giramos hacia la entrada. No le cuesta trabajo retomar el hilo de su conversación: Nosotros sí le hemos invertido bastante al Cuate, desde la fiesta de inauguración del apartamento, sigue diciendo Ramiro, me acuerdo que yo saqué la basura cuando ya se había acabado todo y conté al menos ocho botellas de vodka, cuatro de ron y tres de vino, sin contar los

envases de cerveza, eso sí, puro trago barato, sobre todo el vodka que era de la familia de los Kaya de Sanandrecito: Veraskaya, Gamaskaya y sus primos.

Una mujer sonriente nos da la bienvenida. La visera no me deja verle los ojos. Pido sin demoras lo que traigo en mente, en la cesta de la basura junto a la registradora dejo la botella del agua con gas, luego buscamos una mesa contra la ventana. Afuera está el parqueadero de Galerías. Luce tenebroso a esta hora: de vuelta al lugar donde me dejó el bus al regresar de la oficina. Al fondo, me parece ver la figura de un hombre corriendo con una banca en la mano. Dudo por un instante de la verdad de la imagen: es un indigente y se robó la silla de algún local abierto a esta hora, me aclaro. ¿Quiénes serán los dueños de los autos que todavía están aquí parqueados? Ramiro guarda silencio. La administradora pasó una carta de llamado de atención a la inmobiliaria, ¿no?, digo, casi de forma inconsciente. Él se sonrío. Sí, dice, ustedes y la pareja del cuarto fueron los únicos que no la firmaron. Nayibe y yo estábamos de paseo, digo, no nos constaban las acusaciones. Es la primera vez esta noche que lo oigo mencionar el nombre de su esposa, dice.

También sonrío y mientras lo hago me siento indefenso. La pareja del cuarto, repito mentalmente.

## 24.

¿Y cómo se llama la revista en la que trabaja?, me interroga Ramiro, después de un rato. El frío de la mesa me acaricia los codos. La mesa fría de McDonald's, pienso con lentitud, como si intuyera algún misterio en la frase. No deja de asombrarme que Ramiro esté tan bien enterado. No es exactamente una revista y quién sabe si me vaya a durar el trabajo ahí,

digo. Insistir en la posibilidad de que me despidan es una manera de lidiar con ese asunto, un mecanismo de defensa ante el panorama de convertirme en un desempleado más. Una vez pasó por mis manos la historia de un desplazado que había llegado a Bogotá tres años antes y no había conseguido trabajo en ningún lado. Desesperado, secuestró la oficina de una E.P.S con un cuchillo de cocina y exigió que le dieran un carnet y que le atendieran un hijo enfermo: “Infrahombre asoma a la superficie y reclama sus derechos”, escribí. Increíblemente no censuraron el titular y la noticia se fue así.

Unto las papas fritas en el vasito con mayonesa. Casi he perdido interés en la hamburguesa, aunque saber que está ahí para cuando se acaben las papas resulta esperanzador. Con el pitillo revuelvo el hielo en el vaso de té helado, otra forma de ganar tiempo para medir bien las palabras que siguen: Hoy tuve una conversación con mi jefe, que fue amigo mío de la universidad, y me advirtió que me pueden despedir, digo. Ah, por eso el dolor de estómago y el mal humor, ¿no?, responde Ramiro y se ríe sin hacer ruido, solo abriendo la boca y mostrándome sus dientes. Al verme serio se incomoda. Me gusta producirle esto, es lo que he intentado toda la noche. Qué pena por la burla, dice. Aunque mejor así y no que me tome en serio o se ponga dramático de golpe, pienso. Entonces me paro a traer más servilletas.

¿Me dijo que tiene un grupo de teatro?, pregunto mientras vuelvo a sentarme. Sí, con unos amigos, yo en realidad soy el nuevo del grupo, aunque llevo un año. ¿Ya han presentado algo? Ellos sí, yo estoy en el montaje de ahorita, los más antiguos están preparando una gira por Suramérica para estos días... Ramiro se tapa la boca al hablar porque se le amontona la carne caliente, el pan, los trozos de papa masticada, y sus mejillas se inflan para intentar enfriarse: Es un grupo pequeño, no se haga muchas ideas, se han presentado en teatros de

barrio y en la universidad, la mayoría somos santandereanos, también hay boyacenses. No sé si lo dice como una virtud.

¿A usted le gusta el teatro?, me pregunta. No, la verdad no mucho, lo que a mí me gusta es ver películas por televisión. Me callo, no estoy conforme con lo que dije: un exceso innecesario de franqueza y frivolidad: ¿Y cómo se llama la obra?, pregunto. Se toma su tiempo: Prometeo, viejo hijueputa, dice por fin. Retengo mi sonrisa para no sentirme predecible. ¿Conoce la historia?, pregunta Ramiro. Vagamente, digo, no tiene nada de santandereano. Esa es la idea, coger una clásico y ‘localizarlo’, esta vez ubicamos el mito en el cañón del Chicamocha, la intención es que en unas semanas una parte del grupo se vaya a presentarlo a Ecuador, Perú y Bolivia y, quién sabe, al auditorio José A. Calvo de Bucaramanga. Ramiro se calla de forma abrupta y baja la mirada. Espero. No sé si debo decir algo. Ramiro sonrío de nuevo: ¿no hablan de teatro en la revista esa en la que trabaja? Únicamente si se trata de la historia de un director que mató a toda su compañía y luego le prendió fuego al escenario en plena función, digo. Ramiro se ríe con el ceño fruncido, como si no supiera qué tan en serio hablo: ¿Y qué va a hacer si lo despiden?, pregunta. Jmmp, digo y levanto los hombros. Por los parlantes sale una música que recuerda algún paisaje perdido de la naturaleza, una melodía sin gracia apropiada para el ambiente.

Esta comida me produce un claro bienestar, no importa si la carne lleva mucho tiempo congelada o si los sabores son artimañas químicas. La mujer que come en un rincón mastica sin prisa. Aparte de ella y de nosotros, no hay más clientes. La luz del interior revela el rostro redondo y maquillado de la mujer. Parece concentrada en sus propios pensamientos, está detrás de Ramiro y por eso puedo verla sin que se me note demasiado. Me gustan las mujeres que se maquillan los ojos. Incluso esta con su cuerpo recortado y gordo. No puedo

determinar su edad. Me cuesta trabajo jugar a ponerle edad a las personas. Para mí es más fácil pensar si está triste o preocupada al final de un largo día. A lo mejor su cara me recuerda la de la conductora que golpeó hace ya varios años la llanta trasera de mi bicicleta. No estoy seguro. Ramiro ha vuelto a mirarme como si fuera mi turno de decir algo: No me gusta la comida que preparan en microondas, digo y me quedo pensando que la idea no viene al caso. Incluso el locuaz Ramiro se extraña y debe reparar en mis palabras antes de contestar. Podría explicarle el curso de mi pensamiento: se me ocurrió lo de la carne congelada y entonces me pregunté ¿cómo harán para preparar la comida tan rápido aquí? Deben tener un microondas gigante, me dije. Y ahí fue cuando sentí que era mi turno de hablar.

Siempre y cuando uno se lo coma rápido ni se entera, responde Ramiro, yo le propuse a Werner que compráramos uno y me dijo que no, que más bien mandáramos a arreglar el horno de la estufa. ¿No le gusta cocinar?, pregunto. Sí, sí, lo que me da pereza es lavar la loza, aunque soy muy burro para preparar cosas de sobres, esas cremas o salsas instantáneas, siempre me las tiro aunque me esfuerce por seguir las instrucciones...

La hamburguesa desaparece en tres mordiscos. Los de la cocina y la chica de la barra toman un descanso ante la soledad del local. Se juntan en una esquina, se ríen, comentan. Me levanto para ir al baño. Ramiro se queda exprimiendo los últimos sorbos de su bebida. Quiero echarme agua en las manos y en la cara, quizá espantarme un poco el cansancio. El baño es un cuarto estrecho. Mientras uso el orinal me percató de las marcas de humedad que hay en los rincones. Además de eso, el sitio es impecable, muestra esa voluntad de lo que quiere seguir siendo nuevo y fresco y reluciente. El espejo devuelve una camiseta llena de motas en el pecho y una expresión seria, excesivamente dura, diría yo. No me recordaba

así. Meto las manos en el chorro del agua, las enjabono, les saco el jabón, me froto las mejillas, la nariz, el ceño. El agua reblandece el gesto de mi cara y sin embargo las marcas de agotamiento siguen ahí. “Magullado” es la palabra que me viene a la cabeza. Me secon con el dorso de las manos y restregando la cara contra el cuello del blazer. En las mañanas al frente del espejo del baño, he pensado en escribir en notas adhesivas una frase corta o una palabra de lo que veo en mi cara cada día. Al día siguiente leería la nota anterior, sumaría una nueva, y haría una pila de notas adhesivas que tendría a la mano para revisar en las noches de insomnio. O tal vez no, solo para dejarla por ahí y olvidarme de ella. “Ideas magulladas”, “La vida magullada”, “Magullos en la cara”. Estoy seguro de que se magullan las frutas, como las que cargaba en mi maleta la tarde que me tumbaron de la bici. La conductora, otra mujer pequeña y regordeta, aunque aquella no se pintaba los ojos. Las uvas habían sido espichadas con la contundencia de un mazazo, las manzanas presentaban contusiones cafés, los bananos eran una sola masa larga y oxidada, como si hubieran madurado de golpe. Solo sobrevivieron algunas mandarinas y pedazos de la patilla enana. Abro la puerta del baño, casi puedo sentir el crujido de la privacidad prestada de hace unos instantes, quebrándose, sus pedazos rodando por el suelo. Quién sabe si todavía valga la pena ir al supermercado. Podríamos conseguir los cigarrillos de Ramiro por ahí. Pero regresaríamos muy rápido. Lo menos que deseo en este momento es volver a la vida sin llaves, sin luz eléctrica. No acabo de sentarme cuando entra de nuevo una llamada al celular. Miro la pantalla que se enciende y se apaga mientras vibra el aparato. Dudo. Ramiro se hace el que no escucha, la cabeza inclinada sobre el envase, el pitillo y la coca cola. Pero casi puedo oír la cabeza inquieta de Ramiro, preguntándose quién es, quién podría llamarme a esta hora. Me levanto, voy hasta la puerta, contesto.

## 25.

Una tarde vuelvo al apartamento a cambiarme de ropa para ir al cementerio. Nayibe tuvo que quedarse en la clínica varios días más. En unas horas pasarán a recogerme. Me aflojo los zapatos, me tiro en la cama sin destender las cobijas, cierro los ojos. Entonces me acuerdo de la agendita de tapas rojas que Nayibe guarda sobre su mesita de noche. Dudo: tal vez no valga la pena revisarla. Abro el cajón. Pasando las hojas, encuentro teléfonos, direcciones, listas de pacientes asociados a historias clínicas resumidas, detalles de perfusiones miocárdicas, infecciones lisogénicas, anotados al descuido, como quien no quiere olvidar el nombre del excelente actor de una película neozelandesa. De vez en cuando, hay pequeños párrafos sin fecha en los que Nayibe da sus opiniones. No me asombra que sean tan pocos: “Esta mañana casi no me cierra el pantalón del uniforme. Me asusté y me miré en el espejo y otra vez me vi los flotadores de carne en la barriga. Es una desgracia tener un cuerpo como el mío. Cuando llegué al hospital, me pesé y preciso: sesenta y cuatro kilos y medio. Demasiado. Me da rabia que me preocupen estas cosas, es como cuando tengo que hacerme la cera. Yo no ando jodiéndole la vida a mis amigos, al flaco, porque tienen las axilas peludas y les escurre el sudor y una tiene que soportarlos”. Y enseguida la dirección de un tal Luis E. que llegó a urgencias en la mañana, asustado porque no tenía sensibilidad en el muslo derecho: “Hacer seguimiento”. La letra de Nayibe es gorda y clara. Por eso sus amigas del colegio le pedían que transcribiera cartas para sus novios. A mí me ha escrito pocas cartas. No le gusta expresarse de esa manera, dice. De hecho, en una anotación en la agendita apunta: “No soy buena para los diarios porque me da pena que alguien los lea. Cuando me pongo a escribir cosas solo quiero decirlas y ya,

casi nunca miro lo que quedó, porque no escribo para leer después. Eso me da también un poco de vergüenza. El flaco, por ejemplo, se demora siempre un montón de tiempo corrigiendo una paginita suya. La verdad es que lo que más pena me da es que el flaco encuentre alguna vez estas notas”. La imagino sentada en la cafetería de la clínica o en el cuarto con casilleros en el que se cambian de ropa al empezar los turnos, Nayibe con el cuerpo inclinado hacia delante, encima de la agendita de tapas rojas, escribiendo sin pensar demasiado las palabras en sus breves descansos. A partir de la mitad, los párrafos personales se vuelven más frecuentes, la letra se aprieta en los renglones y parece reteñida: “La doctora Martínez dice que hay exceso de líquido amniótico. Polihidramnios. De repente puedo apreciar lo horrible que es esta palabra. Estamos en la semana 20. Faltan al menos 14 para que no haya ningún peligro si se adelanta el parto. Hasta el momento las niñas están bien. No me gusta el tono de la voz de la doctora Martínez. No me mira a los ojos cuando me habla. Tal vez sea porque nos conocemos hace años y debe ser duro para ella. Igual me abrazó y dijo que no me preocupara”. Hacia el final de las notas, los párrafos disminuyen su extensión: “Ya otra vez tengo el estómago duro como una piedra y morado por las infiltraciones. Me da impresión esa aguja larga en el ombligo, no por mí, por el susto que deben sentir a las niñas”; “¿Será posible que la doctora Martínez esté equivocada y debemos pedir una segunda opinión?”; “Semana treinta y uno: las niñas pueden lograrlo. Va a ser muy difícil hablar de esto con el flaco, lo más factible según hemos conversado con la doctora es que tenemos preparados para tomar una decisión”. Cierro la agendita y me quedo quieto, tirado en la cama. Siento que en adelante voy a seguir allí, paralizado. Suena entonces el timbre. Es la mamá de Nayibe. Le abro la puerta y le digo que estoy cansado. No sé por qué lo hago, pues en realidad no es esta la sensación que predomina. Volvemos al cuarto en silencio y me siento en el borde de la cama. De pronto, ella se para, va al baño,



abre la llave del lavamanos y regresa con un trapo mojado. Se acerca, la ayudo a quitarme la camiseta, empieza a lavarme la cara, la espalda, los brazos. Luego escoge para mí una camisa, una corbata, un pantalón de tela. Me quito el pantalón, empiezo a vestirme. Son movimientos lentos y difíciles, quizá no podría hacerlos si la mamá de Nayibe no estuviera ayudándome. Ya cambiado, nos sentamos un instante en el borde del colchón. Saco la agenda de tapas rojas y le leo un párrafo: “Ayer fuimos a almorzar a la casa de mis papás. Estuve incómoda todo el rato porque el flaco no quería ir y yo sentí que lo obligaba. Pero es que no le cuesta nada acompañarme. Si él no va, la visita no tiene sentido porque estoy pensando en devolverme rápido. Luego vi que se divirtió y yo me calmé. Cada domingo es la misma vaina”. Me pongo de pie y le propongo que nos vayamos. En la puerta, me paro a preguntar si va a haber alguien más esperándonos en el cementerio. No, me tranquiliza la mamá de Nayibe. La tomo del brazo y salimos.

## 26.

Estoy sentado en el murito al frente de McDonald's. Meto las manos entre las piernas apretadas a ver si logro calentarlas un poco. Ramiro no se ha percatado de que hace varios minutos terminé de hablar por teléfono, porque se paró al baño, aburrido de esperarme, supongo. Los empleados reaccionan de su letargo y uno de ellos recoge la basura y limpia nuestra mesa. ¿A dónde se fue la mujer que estaba detrás de Ramiro? En su mesa tampoco hay rastros de ella. Se trata de un frío duro el del aire afuera, un viento congelado que se mete en la ropa y escuece las juntas. Debería levantarme y regresar adentro. Debería también ser una mejor persona y conseguir un mejor empleo y dejar atrás el pasado. El

pasado es el infierno: esta es la línea que le larga una prostituta a un policía en retiro a quien sus enemigos creen muerto y que sin embargo regresa a dismantelar una compleja de corrupción. La película debe llamarse algo así como El Castigador. Presupuesto barato, actores desconocidos. Ella lo acoge, después de que él se ha emborrachado en un bar lleno de gringos mugrientos y fracasados, lo besa, lo abraza y entonces le dice que el pasado es el infierno.

Todavía no entiendo si la sorpresa por la llamada de Claudia me agrada o solo me desconcierta. Identifiqué de inmediato su voz. Se disculpó por la hora de la llamada. No tenía minutos, así que usó el teléfono de su papá. Hacía un rato había estado marcándome y no le contesté. Le expliqué la situación, acentuando (y fingiendo en parte) el fastidio de estar atrapado con un desconocido a mitad de la noche. Me preguntó si estaba bien. No le dije nada. Era una pregunta difícil. Me contó que en la tarde mi jefe me había ido a buscar al puesto, ella lo interceptó de forma casual y le dijo que estaba en la terraza de fumadores, haciendo una llamada. A mí me pareció una excusa estúpida. Pero Claudia insiste en que mi jefe no se asomó a mirar si yo estaba o no por ahí. Al Director no le habrá gustado la idea de parecer una novia celosa. Luego Claudia me contó que se llevó trabajo para la casa, pero que no pudo concentrarse al frente del compu, entonces se puso a curucutear, dijo, y yo me demoré un rato en esa palabra, apropiada para poner en mis notas adhesivas. Llevaba mucho tiempo sin ordenar las cosas de su cuarto, siguió hablando Claudia, y siempre le ha parecido importante dedicarle tiempo a organizar su espacio, en especial cuando quiere aclarar la mente, precisó. No entendí esa precisión, o sí la entendí, pero no acabé de explicármela. Igual me quedé callado. Claudia también. Que no se preocupara por mí, le dije. Oí de inmediato mi frase y advertí todo lo falso que había sonado, ¿o es solo ahora que

tengo esa sensación? Lo positivo, dijo ella, es que no tuviste que aguantarte a la de Recursos Humanos que pasó esta tarde cobrando lo del regalo. Odio la palabra positivo, pertenece al grupo de las políticamente detestables, de la misma calaña que tolerancia, incluyente, proactivo. A veces ni siquiera las entiendo. ¿Regalo?, pregunté, porque me demoré en recordar el asunto: el baby shower del primogénito de mi jefe que va a ocurrir este fin de semana. No estamos invitados (somos viles esclavos sin alma) pero a los de Recursos Humanos se les ocurrió que debíamos sumarnos (“de manera discreta” decía el correo colectivo) enviando un regalo por mensajería local. Esa gente desagradable de Recursos Humanos, dijo Claudia al final de su explicación. Me reí. Sinceramente. Ella también se rio, o no sé, creo que sí, estoy casi seguro. En verdad le agradecía por estar pendiente: eso era lo que quería decirle. Es difícil esto de agradecerle algo a alguien, Claudia sabe el trabajo que me cuesta. Así que seguimos mudos un rato más. En ocasiones invento las caras de las personas cuando se quedan calladas al teléfono. La de Claudia me la imaginé primero haciéndole muecas al auricular, como cuando uno se mira en el espejo del baño; después, la vi apretando los labios, inflando ligeramente las mejillas, cruzando el límite de lo expectante a lo incómodo. A lo mejor acordándose de la fiesta de fin de año con los de la oficina. La de este último diciembre fue su primera celebración. Los dueños alquilan el salón de un club, ofrecen comida y licor, a las diez despachan a la gente. No supe que sirvieron de cena esta vez, porque me quedé sentado en la mesa, pidiendo refill de whisky a los meseros. Claudia intentó sacarme a bailar. Una salsa, creo. Ya estaba mareado para entonces. Pero mis caderas no se ablandan ni siquiera con alcohol. Nayibe lo intentó de todas las formas posibles. Con el merengue me defiendo. Nada más allá. Y al día siguiente me pongo en la tarea de pensar en cuánta gente alrededor de la pista de baile estuvo burlándose de mí. Por eso quizá prefiero las reuniones sociales en la sala de una

casa. Mi falta de talento con el baile no es algo de lo que pueda culpar a mi mamá: esa señora se deslizaba con elegancia por el piso, hace ya muchos años que no, pero todavía la recuerdo, quizá es la imagen que tengo de mi infancia: mi mamá bailando con una destreza aprendida antes de venirse a vivir a Bogotá. Al final en la fiesta de diciembre, Claudia me llevó borracho a la casa. Me ayudó a abrir la puerta de entrada al edificio, a subir en el ascensor, a abrir el apartamento, me acostó, me aflojó los zapatos, me arropó y hasta debió darme un beso de buenas noches. No me acuerdo de nada. Claudia colgó después de decirme que nos veíamos mañana. ¿Un café a la salida del trabajo?, pensé en decirle. Chau, dije al final. Y me quedé sentado en el murito al frente de McDonald's.

El frío, el marico frío en los huesos. Ramiro se acerca hasta donde estoy y se queda parado al lado mío, esperando. Me pregunta quién era y le digo que la pasante. Él no entiende a qué me refiero. La pasante, le digo, Claudia, y trato de explicarle.

## 27.

En la garita del parqueadero de Galerías, un hombre apoya la cabeza sobre su ruana y contra la pared de lata. La luz amarilla del interior ilumina su cara alelada por el sueño, o quizá hipnotizada por las voces de la radio. El señor Luna dura toda la jornada en Torres Flacas con la emisora puesta. Ramiro y yo avanzamos sin afán por el andén. Vamos al supermercado, supongo. Quiero preguntarle cómo acabó el asunto de él y de Isa. En verdad no quiero hacerlo, pero siento la obligación o algo parecido. Incluso tengo la idea de que cada vez que se queda callado está esperando que toque el tema. En mis noches de insomnio, cuando avanzaba la hora y yo seguía ahí, a oscuras en la cama, encendí varias

veces la radio, buscando algo de compañía. Casi a medianoche transmiten un programa al que llaman las personas a contar sus tragedias personales. Una locutora pone canciones mientras aparece un buen candidato. Durante la charla, la locutora trata de ordenar las historias normalmente atropelladas de los demás. La primera vez que lo oí me desvelé con el cuento de una mujer adulta, divorciada, que llamó a hablar de la muerte de su hijo, un estudiante universitario de veintiún años que había recibido una puñalada en el corazón cuando salía de una cafetería en el norte de la ciudad. Él estaba con sus compañeros de estudio y la novia. Afuera del local estaba tomando un combo de hinchas de fútbol. Y empezaron a montársela a la novia del hombre. Nadie quiso ponerle atención. Cuando quisieron irse, varios de los del combo rodearon a la mujer e increparon a los demás. Él estudiante quiso agarrar a la chica y salir corriendo. Entonces uno de los hinchas lo empujó: este negro hijueputa, le dijo, y le tiró una puñalada que el otro no pudo esquivar. Ahí quedó. Esa noche su mamá se levantó asustada, sin razón alguna, angustiada de repente por su hijo. Intentó comunicarse con él pero no le contestó. Estaba sentada en la sala de su casa cuando sonó el teléfono fijo y le dieron la noticia. Habían pasado varios meses desde el incidente y ella seguía sin poder dormir. Mientras la oía, yo me acordé de que en efecto meses antes había visto y corregido la noticia de mala gana, porque era la hora de salida y me estresaba saber que debía volver a ese apartamento solitario. Me molesté profundamente conmigo. La locutora se calló y dio paso a las propagandas. Apagué la radio y empecé a sollozar como un idiota debajo de las cobijas. Cada vez que traigo a la mente este tipo de episodios lacrimógenos experimento una ligera vergüenza. No entiendo de dónde viene, tal vez del macho alfa dominante que me observa patinar. Ramiro y yo seguimos avanzando por la acera oscura. Varios metros más adelante alcanza a verse la entrada luminosa al supermercado. No me terminó de contar qué pasó con Isa, digo al fin,

al descuido, de la forma más tranquila que puedo. Ramiro no responde. Ni siquiera voltea a mirarme. Tengo la impresión de que apura el paso. Entonces me pongo a imaginar que en la garita del parqueadero el celador reacomoda la chaqueta y se restriega la cara con la mano para espantar el sueño. Ahora ya no ve al frente suyo a los dos caminantes nocturnos, solo el anuncio publicitario enorme y luminoso de la parada del bus: una botella gigante de ron prometiendo a una mujer en bikini azul. Si se inclinara sobre el vidrio de la garita vería a los dos caminantes siendo tragados por la luz fluorescente del supermercado veinticuatro horas, y en la puerta, afuera en la calle, otro hombre encorvado que vende dulces, cigarrillos y minutos a celular.

## 28.

En el interior de los supermercados y en el de los centros comerciales, experimento un simulacro de felicidad: esa vida impecable, perfectamente organizada, producida por la combinación de la música, las sonrisas de las cajeras, el piso reluciente, la luminosidad blanca que rodea a las personas y las embellece o las provee de una misma apariencia repetida como si la fealdad no existiera en estos sitios. Ramiro se ha hecho cargo de un carrito y ahora transitamos por los pasillos de productos. No tenemos la intención de comprar nada. Tampoco ningún afán. Esa nena, la pasante, está bien envidiada, larga de repente Ramiro. Yo lo miro fastidiado pero por dentro me hace gracia el asunto. En el pasillo de las salsas, cereales y enlatados, Ramiro se demora mirando. Parece que después de todo era cierto que le gustaba cocinar. A mí también, pero en especial platos sencillos. Los fines de semana algunos amigos iban a visitarnos y yo preparaba algo para ofrecerles:

una pasta fría con tomate, aceite de oliva y ajo, o una ensalada con lechuga, pimentón y mango, o bocados de arepa con atún y guiso. Continuamos caminando. De golpe, como aburrido de estar callado, Ramiro me pregunta qué estoy pensando. Le digo que nada y él insiste. No respondo, aunque estoy a punto de decir que por la llamada de Claudia me quedé pensando en la oficina de la revista y se me ocurrió una historia divertida. Pero no es cierto que me haya inventado nada, en realidad me estoy acordando de un relato que escribió Claudia y que me pasó para que lo corrigiera, cuando empezamos a salir. A mí el texto me pareció bastante bueno, nunca se lo dije. Después me enteré que ella esperaba que yo lo corrigiera para mandarlo a un concurso. Como no le di ninguna opinión, decidió que no valía la pena y lo botó. Hablamos de eso alguna vez, sin nada más que hacer en una residencia de Chapinero.

Una vaharada de pescado llega y nos envuelve a Ramiro y a mí, mientras atravesamos los enfriadores del fondo del supermercado. Estoy esperando, pero no llega, otra pregunta de Ramiro. El olor ácido del pescado se confunde con el del pasillo de especias y vegetales hacia el que nos dirigimos (una bofetada de comino y cebolla y otros aromas ininteligibles). ¿Y usted por qué sabe que ahí junto a la casa están grabando la escena de una película?, largo de repente. Un amigo mío del grupo de teatro trabaja de gaffer en la producción, hoy no está, pero sí me avisó que los íbamos a tener de vecinos en estos días, explica Ramiro. Luego agrega que además es una película de terror. ¿De terror?, pienso y supongo que la incredulidad se me dibuja en la cara. Ramiro alarga la expectativa, mientras pasamos por delante de la góndola de los pastos verdes: lechugas (crespas, romanas, separadas en bandejas de icopor y plastificadas), espinaca, rúgulas, acelgas, espárragos. Por lo que Ramiro sabe, la película cuenta la historia de una mujer a la que empieza a aparecerse un

niño montado en un triciclo. Ella descubre que el chino está muerto, sigue diciendo, y que además el bobo marica no sabe que es un fantasma. Cuando el niño se da cuenta, se pega una emputada y trata de matar a la mujer, total que la agarra a mordiscos y terminan los dos transformados en una especie de zombies que persiguen gente en el barrio.

Mi pregunta sigue siendo la misma: ¿terror? La verdad suena más a una comedia zozca. Me callo. Pasamos ahora por el restaurante. En un calentador los quibes duermen su vida crocante y grasienta. En verdad, no encuentro nada qué decir. Yo creo que la película va a ser un hit, digo sonriéndome. Los zombies están de moda, continúo, y ni siquiera tengo la certeza de qué tan en serio estoy hablando. Deberían incluir algo así en la obra de teatro que están montando, sentencio. Ramiro me mira como si me creyera o tal vez como si no me estuviera poniendo atención, estos dos gestos presentan un parecido asombroso. Damos otro par de vueltas (pasillo de enlatados y enfrascados, pasillo de elementos para el aseo, luego la atmósfera amenazante de productos femeninos) y nos enfilamos a la caja registradora. Ramiro deja el carrito desocupado en alguno de los pasillos. Cuando Nayibe y yo salíamos de fiesta, nos gustaba pasar por el supermercado antes de volver al apartamento. Por lo general a comprar cosas absurdas como un chocoramo, una bolsa de Doritos, espuma para lavar la loza (que se nos olvidaba comprar en el mercado). Sería una tarea imposible convencer a Nayi de ir a ver una película de zombies. Pago una caja de marlboro rojo, de acuerdo a las indicaciones de Ramiro, una caja de mentas. Salimos. Ramiro no hace ningún otro comentario. Me empieza a incomodar el silencio. No me había pasado en toda la noche. Me acuerdo otra vez del relato de Claudia, este en cambio sí lo encuentro terrorífico. Pero de otra manera. El frío nos abraza en la calle. También una corriente de humo de cigarrillo. Es Ramiro que ha abierto su caja. Cruzamos la calle, hacia



la acera de bares y discotecas. Otra vez voy para mi casa con una bolsa de la compra. Como es martes, la música de los locales retumba en salones que parecen desocupados. Conforme nos aproximamos, me va ganando el fastidio por la estridencia de las canciones, en el fondo, también por la estupidez franca de todas las historias de terror del mundo, y porque no entiendo cómo Ramiro es capaz de hablarme de cualquier cosa y olvidarse de Isa. O quizá sea porque lo entiendo perfectamente. Una fila de empleados de los locales se alternan para repartirnos volantes: el mejor vallenato, música en vivo, cover consumible, happy hour hasta medianoche, cada uno promete algo distinto. A Nayibe tampoco le gustaba pasar por aquí. En el centro del pecho puedo advertir que se forma algo parecido al malhumor. Quizá solo sea el cansancio. Dejamos atrás los bares y doblamos para subir a Torres Flacas. En la calle no hay nadie más, solo la sombra de los árboles mal cuidados de los andenes. La brisa los mueve, siento un poco de alivio. La historia de Claudia era de un hombre en su primer día de trabajo: llega a una oficina de Chapinero y descubre que se trata de una sucursal del infierno. Ramiro chasquea los labios: pisé mierda de perro, dice. Yo miro el piso con asco. Pobre huevón, pienso, pero al revisar la suela de mis zapatos me veo obligado a usar el plural. Entonces los dos buscamos el pasto del andén de una casa con las luces apagadas para limpiarnos. Somos dos adultos en la mitad de la calle vacía, limpiándonos con vigor la mierda de los zapatos. Me apoyo en el hombro de Ramiro para no perder el equilibrio. Después de un rato, parece que hemos terminado. Ramiro descubre un charco, moja la suela y la pasa una última vez por el césped. Yo lo imito.

Cuando empezamos a andar, Ramiro sigue con la cabeza gacha, mirando al suelo, se aclara la voz, intenta una, dos veces. Comienza a hablar.

**29.**

El lunes que siguió a la llamada telefónica, compramos el periódico. Nos sentamos a hojearlo ahí en la sala del apartacho. Repasamos los avisos clasificados y reunimos algunas direcciones y números telefónicos. ¿Atrasos? Solución inmediata, decía uno. Luego entramos a internet. Estuvimos en esas toda la mañana, un par de zombies, sin saber qué hacer. Me acuerdo que sentí un filo poderoso y me paré a la cocina. Debí preparar café y huevos revueltos, no sé, o robarme una de las tostadas integrales de Werner. Lo cierto es que nos pusimos a leer en pantalla en qué consistía la explicación del procedimiento y las experiencias de otros desgraciados. Al rato, Werner salió de su cuarto, saludó sonriente y le dijo a Isa que le encantaba tenerla de nuevo por allí. Lo hizo con un tono gracioso, casi irónico, y a mí se me ocurrió que el hombre sabía lo que estaba pasando. Yo creo que era pura paranoia mía. Total que Isa le devolvió una sonrisa culposa y cuando el man vino a preguntarnos qué hacíamos, Isa y yo le respondimos con hostilidad para que se volviera a su cuarto. Y funcionó. El resto de la mañana se nos fue llamando por teléfono, averiguando horarios, precios si era posible, confirmando las direcciones. Al almuerzo calenté la comida vieja que encontré en la nevera. Lentejas, garbanzos, arroz, qué se yo. Y unas presas de pollo asado. De esto estoy seguro porque recuerdo la cara de Isa cuando vio la alita requemada. Estaba hablando por teléfono con murmullos para que Werner no nos escuchara y se le formó una expresión de asco. Pasé su presa para mi plato y le limpié la grasa que le quedó en el arroz. Comimos sin decirnos una sola palabra, sentados todavía en la mesa de la sala. Hubo un momento sí en que ella me preguntó bueno, ¿y al fin qué hacemos?, y a mí me dio rabia. Vi clarito que Isa era la culpable de la situación. ¿Por qué había seguido buscándome? Yo la había querido tratar bien y que termináramos de forma

tranquila, no me gustan los showcitos, los gritos y los papelones en la mitad de la calle, yo sabía que lo mejor era alejarnos un tiempo y después mirábamos si podíamos ser amigos. Pero no, la nena insistió y jodió y se puso terca y a mí se me hizo fácil seguir acostándome con ella. Una visita conyugal de fin de semana, eso teníamos...

(Hace una pausa. La luz de una lámpara, la única que parece funcionar a lo largo de esta calle, nos devuelve a los dos las expresiones de la cara, pero en seguida otra vez más árboles enclenques, la penumbra, la voz de Ramiro).

... Yo sé que es injusto pensar estas cosas. Y me daba cuenta de eso ahí, sentado, cargando como un huevón el plato de comida. Y eso también me tenía mal: me sentía culpable por fingir que no me fastidiaba estar ahí y hacerme el sensato, como la pareja adulta que no éramos, y me imaginaba que Isa también pensaba algo así, podía verlo en la manera de no decirnos nada alrededor de la mesa de plástico, y también lo había visto en nuestros encuentros los últimos meses: amorcito tal cosa, me decía Isa, baby tal otra, y me miraba a los ojos y me ofrecía un café o un bizcocho de chocolate, y yo me quedaba sin palabras, porque estaba mal contarle lo que en verdad me producía su presencia. Entonces, una noche me llama y me notifica que está embarazada. ¿Qué reacción esperaba que tuviera? Seguí en esas un rato, sudaba, me acuerdo, y pensaba que era por el vapor caliente del plato. Ella entonces dijo de repente que debíamos pedir orientación en una clínica "normal" y después visitar los consultorios que quedaban más cerca del apartamento: elegiríamos el que a ella le diera más confianza. Terminamos de comer y la invité al cuarto, a que descansáramos un poco. Prendí la televisión, creo, sí, y nos pusimos a ver las noticias, sin destender la cama. Luego Werner, me acuerdo clarito, preguntó a gritos desde afuera que si podía robarse un plato del calentado. Yo le dije que sí, pero que entonces lavara la loza. Isa cerró los ojos y

se quedó profunda en minutos. Según le entendí, no había dormido casi nada desde el sábado, cuando fue a hacerse la prueba a un lugar en el centro, un laboratorio refundido en un edificio de locales comerciales. Yo traté de dormirme pero no pude. En vez de eso me puse a hacer cuentas y descubrí que teníamos muy poco dinero.

(Ramiro suspira y repliega los hombros, como si descansara. No puedo determinar si ha acabado de contar su historia. Un par de cuadras más allá está la esquina de Torres Flacas y, a un lado, los furgones con el logotipo de una productora y de un canal de televisión. Casi se oye el rumor de gente trabajando. Isa. Me parece que recuerdo bien su cara. La veo saliendo abrazada a Ramiro y despedirse del señor Luna. Pero no sé. Quizá deba sacarle algunos detalles físicos a Ramiro. Puedo imaginarla a ella sentada con el plato de lentejas o garbanzos en la sala en desorden del apartamento de Ramiro, mirando los edificios detrás de la ventana. A lo mejor espulga sus razones o tal vez no, tal vez mientras está ahí sentada no haya en su cabeza más que un miedo nudoso y sin detalles, un panorama oscuro al frente, desde el momento en que el palito de plástico marcó las dos líneas azules y, después, cuando la señora del laboratorio clínico hechizo le entregó el resultado de la prueba de sangre. Fue por su cuenta, dijo Ramiro, el sábado al mediodía, hasta un edificio viejo del centro que ofrecía resultados en quince minutos. Debió extraviarse en el segundo piso, buscando el laboratorio en medio de locales mal iluminados. La atendería una mujer con el pelo agarrado con un lapicero Kilométrico como la niña de la recepción en el primer piso de la revista. Ese dejo corporativo en la voz. Un biombo azul la separaría del mundo afuera y, sin embargo, quizá se sintiera protegida por unos instantes de sus propios pensamientos. ¿Qué iba a decir él al enterarse? Todo dependía del resultado. Al final podrían simplemente reírse los dos de su aventura, aliviados porque no habría ocurrido nada y el palito de

plástico había sido un falso positivo (y un mecanismo en el que desconfiarían en adelante). En caso contrario, no tenía ni idea cómo iba él a tomarse la noticia. Ni siquiera estaría segura de decirle. Al fin y al cabo era su cuerpo, no el de él ni el de sus padres. Algo así piensa en la sala de Ramiro. ¿Y qué significa llamar aquello “su cuerpo”? Mientras mira lejos a través de la ventana, no creo que hubiera nada más ajeno a ella que sus brazos, sus piernas, su vientre ligeramente plegado en la posición sobre la silla, latiendo hacia adentro, sin ruido, y la cavidad entre las piernas, de repente convertida en algo distinto y opuesto al placer, a la vanidad de pensar en hacerse el bikini y estar limpia, en esa sensación de estremecimiento que la acometía cuando los domingos Ramiro se acercaba con sus manos o con su cara, con su miembro erecto. Nada más repulsivo que pensar en un miembro erecto justo en este instante, seguro piensa, y la sorprende cuánto se asemeja esa repulsión a la del alcohol durante las horas de guayabo, las veces que lo ha experimentado en su vida. Luego la asombra más el contenido burdo de sus pensamientos, las palabras y las imágenes inelegantes que ha elegido, un contenido digno de alguien simple en sus emociones como Ramiro. Desea que el momento sea otro para sonreírse, con una sonrisa grandota como la de Nayibe. Pero los tejados y paredes sin gracia de las edificaciones vecinas que se ven en la ventana no se conmueven: una imagen amarilla, plana, sin opiniones).

**VENTANAS ABIERTAS**

**(vista de las montañas)**

**30.**

Ha transcurrido un año, dos meses y diecisiete días desde que volvimos de la clínica. Repaso esta cifra envuelto en las cobijas de mi primera noche completamente solo en la habitación del fondo. Me sorprende cuánto permaneció Nayibe a mi lado, sin que en verdad me importara su presencia. Hace rato dieron las doce en la radio. Esta noche no me voy a dormir fácilmente. No me molestaría estar despierto, si no debiera presentarme mañana al trabajo: lidiar con los párpados pesados frente a la pantalla del computador, el malgenio del redactor en jefe, las quejas. Vuelvo a hacer la cuenta de los días de Nayibe y yo, y ahora le sumo los meses desde que nos casamos en la notaría que da al Ópera Plaz. Cuando amanece, sigo con los ojos pegados al techo. Una luz mansa que entra por la ventana desnuda y se acuesta en el cuarto como un gato. En la oficina no hablo con nadie, o si lo hago, lo borro de inmediato de mi sistema. Así pasa el día. Y el que viene. Y luego el próximo. Antes de que se acabe la semana, recibo llamados de atención y me envían un nuevo memorando. Otra vez una remisión al psicólogo. Voy a las terapias pero no atiendo. A veces me duermo un rato mientras el hombre espera que le hable. Irónicamente dormido, pienso, una forma inesperada de hacer útil la consulta. Tengo la impresión de que alcanzo a soñar durante estas sesiones. El mismo sueño que me visita por temporadas: estoy descalzo en la mitad de una calle, a plena luz del día, trato de encontrar mis zapatos, no los veo, solo caras vacías de gente alrededor, entonces advierto un río al fondo de la calle, me propongo llegar hasta él, se interpone las otras personas, el sol quema, sudo como un cerdo, siento sed y me rasca la cara, me esfuerzo, y cuando las plantas de mis pies están a puntos de tocar el agua fría (sé que está fría, no tengo dudas), escupo semillas de uva y me despierto en la

cama del apartamento de Torres Flacas. Así me quedo el resto de la noche, bocarriba, el techo en penumbras, los ojos entrecerrados y sin embargo conscientes.

La vigilia se amontona en las siguientes semanas. No hago más que manosear en mi cabeza la imagen de Nayibe hasta que esta pierde sentido. Recordar agota. También el alcohol empieza a perder su efecto de anestesia. En la nevera guardo algunas six packs de cervezas, botellas de vino, whisky. Si no puedo dormir, voy y me sirvo una copa o destapo una lata y trato de encontrar en la modorra que me producen los primeros tragos el impulso necesario para seguir durmiendo. Pero en los últimos días no ocurre nada. Pasa por ejemplo que me duermo un par de horas, pero me igual me despierto intranquilo, con los nervios aún más alterados. Empiezo a pelearme con el trago. Me paro al baño, en el inodoro hojeo una revista que dejo encima del tanque del agua, me lavo la cara, vuelvo a la cama, y me pongo a pensar cuánto tiempo puede transcurrir sin que nadie se dé cuenta de mi muerte aquí encerrado. Ese ha sido uno de los pensamientos más obsesivos desde que estoy solo. Cuando le cuento esto al psicólogo, me dice que es normal que me sienta así. A mí no me parece normal mi situación, de modo que no tengo otra opción que experimentar rabia por la opinión profesional de este perfecto desconocido.

Una noche decido que no puedo seguir así. No es precisamente una decisión de mi voluntad, sino una consecuencia del hartazgo: estoy acostado y de repente suspendo el hilo de mis pensamientos y me digo no más, como quien espanta moscas o regaña un niño. Pero tampoco sucede nada. Siguen jornadas extensas de desesperación meticulosa. Para calmarme, entro a la otra habitación del apartamento, contemplo un rato largo las cosas acumuladas allá. Luego también me aburro y busco una escoba, un traperero, un balde y un toallita mojada con desinfectante. Bajo las cajas con ropa, muevo el colchón, la cama



sencilla, el toldo, los juguetes de las repisas, las rejas de madera, limpiando cada cosa con el trapo húmedo y reubicándola de tal modo que la cama esté ahora junto a la ventana (una decisión que Nayibe no aprobaría). La operación resulta verdaderamente extenuante. En la madrugada caigo rendido y caigo dormido, sintiendo que ese es el límite de cansancio que admite mi cuerpo. El agotamiento me nubla las ideas. A la vuelta de un par de semanas, vuelvo de la oficina y me encuentro con que no quiero limpiar más la habitación extra del apartamento: todo luce impecable y parece que gasté las posibles disposiciones de los muebles. Entonces me enfundo en una chaqueta voluminosa y salgo a la calle. Camino por la cuadra angosta que da al puesto de policía, directamente desde Torres Flacas, y por allí hasta la cincuenta y tres. El frío es una piel líquida sobre mis manos y yo me aprieto todo lo que puedo adentro de la ropa. Galerías es lo único más o menos despierto veinticuatro horas en esta ciudad empinada y de horarios rurales. Tal vez por eso, después de todo, he preferido quedarme aquí. Me detengo unos instantes y contemplo los andenes desocupados. En efecto, encuentro abierta la papelería de la esquina. Entro inquieto, sin comprender aún qué busco aquí, ni por qué un local de estos insiste en funcionar 24h. Un encargado con un delantal azul se acerca, sonriente. Yo empiezo a señalar libretas, cuadernos, lapiceros en los estantes y el encargado los va poniendo encima de la vitrina. Reparo largo rato en lo que me muestran. Regreso varias noches seguidas y noto que cuando me ven llegar, dudan en atenderme. No sé por qué, pues al fin y al cabo cada vez que voy compro algo: rollers de punta gruesa, libretas de tomar notas, cuadernos con hojas finas en las que no se riegue la tinta del roller, repuestos de colores, lápices HB y sacapuntas metálicos que afilen bien sin quebrar el grafito, pliegos de papel kimberly o papel kraft (que solo elijo porque me gustaba ese nombre), una vez incluso una trituradora de papel que me cuesta trabajo llevar a la casa... De vuelta a Torres Flacas, ya en el tránsito del ascensor, empiezo a sentir el

cuerpo aliviado por el cansancio, como si me cayera un chorro de agua caliente en la nuca. Duermo largamente, mejor que otras veces, aunque sea solo un par de horas, o tres, tres miserables horas que arranco a la desidia de mi cuerpo, mirando el techo, paralizado, casi sin parpadear.

### 31.

Por la boca de un tubo incrustado en el andén, sale una nube de aire caliente. Imagino que debe venir de la lavandería que hay en la parte de atrás de Torres Flacas, pero no se ve ningún movimiento adentro del sitio. Atravesamos una niebla delgada y cálida. Reconozco las caras de los operarios y la figura gorda de los furgones parqueados en la esquina. Conforme aumenta el silencio entre nosotros dos, crece el rumor de pasos y gente trabajando. Doblamos en la esquina. Ramiro abre la puerta de Torres Flacas y me asombra su habilidad para saltar de una cerradura a la otra. Justo cuando estamos a punto de cerrar por dentro, un taxi se detiene frente al edificio. Ramiro estira el cuello para ver a través de la cortina amarillenta y sin gracia que cubre el vidrio de la puerta principal. Es Werner, creo. Realmente no alcanzo a identificarlo pero Ramiro lo llama y él mira sorprendido. Trae el pelo mojado y un trapo apoyado en la cabeza. Lo recordaba más alto. Ramiro se apura a saludarlo. El taxi se va. Werner me mira con extrañeza. Ramiro le explica: no hay luz... las llaves... el cerrajero. Me da la mano y se presenta. Yo también. Es extraño intercambiar nombres con quien uno ha visto entrar y salir del edificio durante varios años. Ramiro pregunta qué fue lo que le pasó. Le dieron un golpe en la cabeza, se desató un pequeño caos hace un rato sobre la carrera trece, tampoco había luz por allá. Werner venía a pie por las

inmediaciones del parque Lourdes (una compañera de clase vive por ahí) y se encontró de golpe con que las lámparas públicas y los locales sin luz. Afuera había menos gente de la habitual. Él se asustó, empezó a caminar más rápido, y ahí fue cuando aparecieron unos muchachos en carrera y empezaron a romper los vidrios de los locales. Detrás, venía la policía. Werner pregunta si en la casa habrá para hacer curaciones. Ramiro dice que sí. Esta vez me siento todavía mucho menos desorientado mientras subo las escaleras. Adelante va Ramiro, alumbrando con su linterna y atrás voy yo con la pantalla de mi celular. La policía llegó en motos y en esos carros pequeños como busecitos, dijo Werner, y empezó a repartir golpes y a detener personas. Él no sabía qué hacer. Pensó que debía sacar su carta de extranjero, pero la pequeña multitud se puso aún más agresiva y comenzó a tirar piedras y a saquear los locales. Parecía que se multiplicaban o se ponían más rabiosos, no sé, dice Werner. Tiene que parar un segundo a recobrar el aliento. No sé en qué piso vamos. Tal vez el quinto. Nadie en las escaleras. ¿Estarán todos felizmente dormidos en el interior de sus apartamentos?

En la sala de Ramiro, es Werner quien se deja caer sobre el mueble a la altura del piso. Yo voy a sentarme en las sillas plásticas, junto a la mesa donde está aún el pedazo de pan duro. Ramiro se hunde en la oscuridad del pasillo que lleva a los cuartos, así que por un instante Werner y yo nos quedamos solos. Me voltea mirar. Creo que va a decirme algo: Me puse pegado a una pared, empieza a decir y alza la voz para asegurarse de que Ramiro lo oiga. Entonces una tanqueta de la policía llegó soltando un chorro de agua. Las personas empezaron a caer, aplastadas por la presión de la manguera. O al menos es eso lo que empiezo a imaginarme. Lo que sí enfatiza Werner es que los policías corrían por todos lados, dando golpes definitivos a los caídos y arrastrándolos hasta un camión que se había

estacionado en una esquina. Yo me pongo a pensar que Werner tiene buena pronunciación, casi me dan ganas de decírselo pero me parece un comentario torpe. Ya Werner pensaba que saldría ileso cuando tiraron una piedra contra la tanqueta y esta lo alcanzó en la sien y lo tumbó. Cayó desorientado sobre un charco de agua que corría hacia una alcantarilla. Revisó el golpe, encontró sangre, se descamisó para limpiarse y se quedó así como lo veo ahora, con la camiseta blanca de fondo. A lo lejos oyó que un par de policías advertía su presencia. Eso le espantó el dolor y por un segundo no pensó más que en salir corriendo. Y así fue. Cuando quiso darse cuenta, estaba de nuevo en una calle solitaria, a oscuras, cerca de la cincuenta y tres con avenida Caracas. Empezó a caminar despacio, tan natural como pudo. Se limpió la sangre y en la esquina tomó un taxi.

Ramiro no responde. Quizá no escuchó el final de la historia. Desde aquí se oye que abre puertas de armarios, cajones y remueve frascos. Werner sigue sobándose la cabeza. Siento como si debiera decir algo: Tiene usted muy buena pronunciación. Werner se sonríe, o eso creo, antes de agradecer el comentario y de insistir en que todavía le falta mucho. Trato de corregirme: ya dejó de sangrar, ¿cierto? Sí, pero aún le duele mucho la cabeza. Quisiera darse una ducha antes de la curación. Se queda pensando un instante y luego concluye que bañarse sin ver nada es una experiencia poco recomendable. Me imaginaba un hombre más callado y distante. O a lo mejor sí lo es y el golpe le afectó el comportamiento. Solo en las erres se advierten sus problemas con el español. En el fondo se percibe el acento de los que aprenden el idioma con profesores de España. De haber sabido que venía, le hubiéramos comprado algo de comer, digo, y me siento extraño con el ofrecimiento, una amabilidad que me resulta impostada. Werner insiste en que no me preocupe, ahí en la alacena tiene algo de pan. 701, ¿no es así?, pregunta. Sí, sí, junto al apartamento de la administradora,

digo. Por un momento, creo que él está acordándose de esa desconocida que vivía en el mismo apartamento y junto a la que muchas veces debió verme salir. De Nayibe con una barriga enorme que la obligaba a caminar más despacio y en el hueco que produjo al lado mío el día que ya no la vio más. Quizá fue el señor Luna quien inventó los detalles de una historia truculenta: las complicaciones repentinas del embarazo; la logística del entierro (ese día él estaba ahí en la recepción y me saludó con un gesto también impostado de tristeza); después, una vez volvimos de la clínica, las ambulancias y las emergencias a cualquier hora del día.

En la oscuridad el silencio más trivial se hace profundo. Recuerdo de repente que no quiero estar aquí. El cerrajero: no llamamos a nadie. No puede ser posible que tenga que dormir esta noche en un apartamento ajeno. Werner a lo mejor intuye mi alarma interna y trata de sacudirme con una pregunta. Sí, sí, soy de aquí, pero mis papás no, respondo. Mi mamá es de Yondó y mi papá era de la costa, los dos vinieron a Bogotá muy niños. Mi mamá vive en una casa para ancianos en las afueras de la ciudad. Casi no la veo ya. Esto último me lo reservo para mí. ¿Yondó? Sí, Yondó, sobre el río Magdalena. Tengo la impresión de que Werner no me entiende. Lo dejo estar, no me gustan los excursos geográfico y apenas me interesa explicarme mejor. Estoy a punto de preguntarle las señas de su procedencia, cuando Ramiro emerge de la oscuridad. Dice haber encontrado yodosilato, agua oxigenada y algodón. Pero la silla es muy incómoda, mejor Werner se recuesta en su cama y aprovecha para descansar un rato. Ramiro busca una vela en la cocina. Me pide que lo ayude. Werner se esfuerza por ponerse de pie. Por como luce, le cayó todo el cansancio de golpe. Sé lo que es eso. Ramiro le pasa un brazo por el hombro y yo me encargo de llevar los medicamentos, la vela, el briqué. En el pasillo, la oscuridad es cerrada, pero una vez

entramos al cuarto, la luz en una ventana, semejante a las de la sala, ordena el mundo y le ofrece contorno a las cosas. Werner se deja caer sobre la cama destendida. Ramiro prende la vela, calienta la base por unos segundos y luego la asegura en una esquina de la mesita de noche. El resplandor me permite identificar mejor el escritorio metálico: encima suyo las fotocopias, el portátil, un plato con restos de comida. Tenía entendido que era vegetariano, ahora no sé: lo creía también menos hablador, con las consonantes afectadas por el acento alemán, más alto.

Me acerco a la ventana: la hora, la oscuridad casi completa dificultan saber en dónde se acaba y dónde comienza la edificación abandonada de junto. No hay nadie afuera. Puedo comprender el miedo de Werner al darse cuenta que caminaba solo por la carrera trece. Imagino también al indigente que aprovechó la turba, los vidrios rotos, la policía ocupada, para apropiarse de la silla de un local y salir corriendo. Se trata de una asociación bastante forzada. Hasta mí, llegan fragmentos de la conversación entre los dueños de casa. Werner ha preguntado por Isa y Ramiro dulcifica la voz para decirle que ella está bien. Según lo que sé, Werner no está oficialmente enterado de los detalles de la historia de Isa y de Ramiro. Entiendo perfectamente que Ramiro no haya sido capaz de contárselo todavía. Con seguridad Werner ha intentado adivinar el motivo de las caras asustadas de sus amigos. No ha debido ser tan difícil, y ahora quiere saber cómo se encuentra Isa esta noche, mientras Ramiro le pasa los dedos untados de yodosilato alrededor del golpe. Yo trato de descifrar las sombras del ruinoso interior en la edificación abandonada: los agujeros del techo, los corredores sin paredes, las pilas de ladrillos acumuladas, los escalones que llevan a ninguna parte.

Me volteo. Los miro. No tengo ni idea quiénes son: he desaprovechado el momento para indagar al menos por el lugar de procedencia de cada uno. Por un instante quisiera saber todo de ellos dos: quiénes son sus padres, en qué colegio estudiaron, cuántas y cuáles han sido sus novias, cómo ha sido su vida en este apartamento. Y crear así la ilusión repentina de que los conozco de hace tiempo, que su compañía me resulta familiar, en medio de esta noche a la deriva. No es así, aun cuando estemos en un mismo cuarto. Los veo estar a lo lejos y a veces me llega la calidez de su presencia y enseguida desaparece y vuelvo a quedarme solo como al principio de la noche.

Entonces oigo la voz de Werner, que necesita ir al baño.

### 32.

Jalo hacia afuera la silla del escritorio, me siento sin acomodarme mucho: un codo apoyado en la mesa y el otro en el espaldar, los pies cruzados en el piso. Ramiro se ha echado hacia atrás para recostarse contra la pared. La cama de Werner, apenas me doy cuenta, es un colchón doble tirado sobre una base cama. Lo siento, digo de repente, como si sintiera la necesidad de mostrarle algún tipo de reacción a Ramiro. Pero la verdad encuentro falsas mis palabras. No tiene que sentir nada, hombre, responde Ramiro. La única luz del cuarto sigue siendo la de la vela, consumida a la mitad, porque Werner se ha llevado al baño el celular con la linterna. Me toma por sorpresa la frialdad de Ramiro. No hay duda: somos dos extraños mirándose desde orillas opuestas. Pregunto por no dejar si es ese el computador de Werner. Sí, claro, de quién más iba a ser. ¿Y cómo fue que se conocieron ellos dos?, pregunto y me parece que por fin que llego a un tema más o menos concreto

para salirme del fango de la incomodidad. De la manera más improbable: un alemán recién llegado encuentra pegado en la universidad el aviso de Se arrienda habitación y llama desde una venta de minutos a celular. Creo que la vista lo convenció cuando vino, afirma Ramiro. Se me ocurren muchas preguntas y esta vez trato de no callármelas: ¿Habla Ramiro algo de alemán? ¿Qué vino a hacer Werner acá? ¿Hace cuánto que está por aquí? Ramiro se muestra cansado, sin muchas ganas de contestar. En el fondo oímos los ruidos de Werner en el baño del pasillo: la pretina de la correa del pantalón tintineando al golpear el suelo, la tapa del baño, las suelas de los zapatos rozando las baldosas (pegachentas de mugre, pienso), el chorro de orín salpicando el fondo de la taza. Tengo la impresión de que Ramiro se anima a hablar nada para distraer mi atención y la suya de esos sonidos que empiezan a tornarse desagradables. De Ulm, la ciudad de Einstein, ahí nació Werner, pero viene en realidad de Cottbus, estudia con una beca estatal, algo así como administración de recursos ambientales. De alemán Ramiro no sabe nada. Para comunicarse Ramiro usó su inglés de aeropuerto. ¿Hablar alemán? Nein, solo palabras y expresiones maricas. Lo más complicado que se ha aprendido es la letra de virtrafen...uns... inainem...garten, deletrea con esfuerzo, una canción que le gustó mucho desde que Werner se la presentó. Se la aprendió para dedicársela a Isa: puede cantar encima de la voz original y ofrecer una interpretación general de lo que dice la canción. Ah, y sabe identificar un Ampelmann, la caricatura del hombrecito de los semáforos peatonales de Berlín. Werner trajo unos imanes verdes y rojos con esa figura que usan desde entonces para pegar los recibos de servicios públicos en la nevera del apartamento.

Es posible adivinar el esfuerzo de Werner en el baño para evacuar, pero sobre todo para que Ramiro y yo no nos demos cuenta. Incluso ha abierto la llave del lavamanos buscando un



sonido extra que lo encubra. Yo le explico a Ramiro que la pronunciación de Werner ha debido mejorar mucho desde que llegó al país. Ramiro se ríe y asegura con ironía que educarlo ha sido una labor difícil. En un cuaderno, dice, Werner anota todavía listas de palabras nuevas y en las noches las repasa mientras se duerme. Está un poco frito el doitsche, agrega. En el cielo estallan de golpe fuegos artificiales y la ventana se llena de un resplandor de colores. Alcanzo a asustarme, pero después Ramiro y yo nos quedamos atontados, con la mandíbula desencajada, viendo la porción diminuta de luces verdes y azules y amarillas y rojas: una detonación como de tambor gigante produce en el cielo recortado de la ventana una penumbra multicolor. En el baño, a su vez, Werner aprovecha para concluir su diligencia. Si le pusiera cuidado, advierto de repente pero lo dejo estar, oiría cómo por cada detonación hay también movimiento en la campana de sonido del retrete.

Los fuegos artificiales se aplacan. A la que sí no pude educar fue a la mamá de Werner, dice Ramiro, como si los juegos pirotécnicos lo hubieran interrumpido. Una señora muy cansoncita y puro alemán para hablarle al mundo, pero lo aburridor era su mala cara, hasta con los colombianitos estúpidos que venían a preguntarle en inglés de dónde era. Fueron los tres a Monserrate, a las minas de sal de Zipaquirá, al Museo del Oro. Agradecerle a la cucha nada más que me trajo una camiseta del equipo de fútbol de Cottbus y una máquina de afeitar como la que usaba Werner, fue por encargo del hijo, por supuesto, pero cuenta. La máquina de afeitar, me explica, funciona con cuchillas intercambiables y por lo tanto resuelve el problema de las costosas marcas desechables, Ramiro se la había envidiado a su compañero de apartamento desde el principio. Oímos la chapa de la puerta del baño y luego el ruido metálico de las bisagras secas. Nos quedamos callados como si estuviéramos

haciendo una travesura. Cuando Werner entra a su cuarto, le pregunto cómo van los golpes. Tengo la impresión de que le cuesta entenderme, pero ahora no sé si simplemente me dejé influenciar por lo que dijo Ramiro acerca de que había sido difícil enseñarle. Werner sacude la cabeza y se disculpa: ha empezado a sentirse muy mal, no solo apaleado, sino débil y con náuseas. Le digo que lo mejor es que se acueste. Ramiro le abre campo, yo levanto las cobijas, lo dejo que se estire y se quite los zapatos, luego lo cubro. Lo advierto de inmediato: se trata de un gesto falso, impostado, que no me pertenece. Y sin embargo también me anima una sensación prestada de cortesía. ¿Quisiera Werner tomarse algo caliente? Responde que sí y dudo en seguida que haya alguna aromática para preparar en esta casa. Además hace un rato me pareció entender que solo tenían fogones eléctricos. Ramiro se levanta y va conmigo hasta la cocina. Hay dos eléctricos y dos de gas, pero solo sirve uno de estos últimos (Ramiro me muestra la llave) porque el otro se dañó el día de la inauguración y se quedó así. Le preguntó que hay semejante a un té o una aromática. Me indica las opciones (unas bolsitas de aromáticas de frutas que ya vienen endulzadas con panela, unas bolas viejas de té hindú que no recuerda desde cuándo están ahí y un puñado de flores secas de Jamaica). Lo voy a intentar con las flores, digo. Ramiro vuelve a la habitación de Werner. Yo me quedo de pie frente a la llama y la olleta metálica. Conforme el agua se calienta y empuja hacia arriba, mi expresión amable y casi sonriente se transforma de nuevo en una mueca rara, como la que me vi en el baño del Mc Donald's. Me dejo caer con lentitud contra la pared y siento cómo se me hundan los hombros y me resbalo.

**33.**

Nayibe llama al apartamento un sábado por la mañana. En el contestador sigue estando la voz de ella en el mensaje, de modo que se oye a sí misma antes de empezar a hablar, yo la escucho hablar con la cabeza asomada entre las cobijas, me siento parte de una escena ridícula: “Hola, flaco... te llamo desde fuera de Bogotá. Pedí una licencia y me fui de viaje... mejor no te digo dónde estoy, no porque crea que vas a venir a buscarme, sino porque quiero sentirme lejos de todo, un poco perdida de la gente, de mi mamá, de ti, de las compañeras de trabajo, de los que todavía miran con lástima y lágrimas en los ojos cuando me preguntan por ti o por las niñas... llamarte en cambio sí puedo, para que sepas que estoy bien, seguro no lo dirías pero sé que te interesa, quiero pensar que te interesa... Y... Sé que estás escuchándome, flaco, por eso me pongo nerviosa... Arrendé un apartamento, esa dirección sí te la puedo dar, es cincuenta y una con cuarta este, arriba de la circunvalar... ¿te acuerdas que alguna vez nos ofrecieron un sitio ahí? Bueno, pues volví a contactar a mi amiga y encontré un lugar, no él mismo que tú conociste, sino un par de calles más arriba, sabes cómo llegar, ¿cierto?... el taxi en la bomba de gasolina que te sube hasta el barrio... igual no te lo digo para presionarte, justamente por eso me alejé, para no sentirme ahí, forzándote, desorientada mientras espero tu regreso... tu regreso, flaco... suena raro, ¿no?... Igual te lo cuento porque me gusta pensar que estás enterado de mi vida y que algún día... Aunque a veces también pienso que soy yo la que no va a ser capaz de... Ahorita mismo en el teléfono, te veo en el apartamento y... En fin, no quería decirte cosas feas esta vez, simple...”

El pito de la máquina contestadora interrumpe la frase. Me impaciento. El teléfono vuelve a sonar, me siento tentado a responder, luego otra vez la voz de Nayibe (“hola, no estamos, dejen su mensaje”): “Lo siento, desesperé a la máquina y me colgó... Bueno, nada, amor, te

quería contar de mi viaje, la verdad me ha sentado bien salir, a lo mejor también deberías intentarlo, irte de vacas un puente o una semanita, algo cerca, cualquier cosa que te refresque un rato... Vuelvo en quince días, te lo cuento para que no vayas a perder la ida, si es que decides visitarme, una es boba y me dan ganas de advertirte, para que no pierdas el viaje... .. (Toma aire)... El fin de semana antes de salir de Bogotá fui a visitar la tumba... fui al cementerio. No había ido desde que todo eso pasó. Vine sola y me pasé la tarde dando vueltas. Puse flores y hasta conversé un rato con la cara de concreto de la tumba... tumba es una palabra muy fea, ¿no te parece? En fin... Me hizo bien ir, creo, aunque después también pensé que debía parecerle una loca a la gente que me vio ahí parada, hablando... mira cómo tengo vuelta nada la voz... veo venir una gripa poderosa, flaco, y ya sabes que a mí se me va la voz y la garganta se pone fatal... Bueno, ahora sí me voy despidiendo... Ahh, también quería contarte que me han preguntado mucho por ti. Mi mamá sobre todo. Me parece incluso que ella ha seguido hablándose con tu mamá desde que se vieron la última vez... Es raro cómo funcionan las cosas, pensar que entre ellas al principio pura hipócrita cortesía... vendí el carro para pagar el viaje, todavía te debo algo de dinero, así que en estos días te consigno antes de que se me acabe... te recomiendo el libro de RCP, se me quedó por ahí en algún lado, no te he preguntado tampoco que quieres que hagamos con las cosas que todavía quedan en el otro cuarto, por mí está bien botarlas, ni siquiera regalarlas, ¿o sí? No sé, quién sabe... Baby, mucha suerte en el trabajo, te mando mis mejores energías para que no vayas a tener problemas, mira que es importante que estés ocupado y a larga..."

"Bueno, flaco, un beso, te quiero, chau".

Cuando termina, vuelvo a poner los tres mensajes seguidos. “Quiero pensar que te interesa... pienso que soy yo la que no va a ser capaz... y...” Casi puedo ver la sucesión de acontecimientos que conducirán a Nayibe a alejarse de mí por completo. Un día ya no va a querer llamarme y alguien empezará a invitarla a cosas y a caerle, seguramente un médico nuevo, de los que llegan al hospital por las rotaciones. O no, mejor un paciente a quien ella le habrá hecho seguimiento, un tal Luis E., por poner un nombre. Ella se mostrará distante y educada, hasta que salgan a bailar y él se muestre un experto en la pista. Volverán tarde en la noche a la casa de Nayibe, y como es tan complicado el transporte, mejor él se queda y se va al otro día...

Los mensajes de Nayibe continúan guardados en la máquina los días siguientes. Yo lo escucho con cierta frecuencia por las noches. Soy capaz de repetir de memoria las palabras encima de las Nayibe. Me meto en las cobijas, enciendo la televisión, pongo el mensaje y lo recito mientras lo oigo. Después me pongo a pensar en Nayibe y el tal Luis E., ese vergajo.

#### 34.

La explosión de un timbre me sacude y me deja sentado. ¿Cuánto tiempo dormí? ¿Estoy seguro de haberme despertado? Reviso la sala. Nadie: solamente yo, olvidado de mí mismo, en el sofá al nivel del suelo. Me demoro unos instantes en despejar las brumas del sueño, como negándome. Una segunda detonación me jala de las orejas, voy hasta la mesa de plástico en el fondo de la sala, levanto el auricular. Es el cerrajero. Pregunta por mí y me sorprende que alguien me llame al apartamento de Ramiro, pero luego encajo las piezas y todo está perfecto. El cerrajero, pienso, mientras lo oigo hablar, y me pongo genuinamente

feliz. Me explica que llamó al celular y lo mandaba buzón (una señal de mierda la de Torres Flacas), y que por eso marcó al fijo que yo mismo di de referencia. Sí, por supuesto, todavía necesito el servicio. Ya bajo. Cuelgo. Werner debe estar descansando en su habitación. Ramiro estará junto a él o se habrá ido a la suya. Yo vine a sentarme en el sofá, después de llevarle el agua a Werner, y no sé a qué horas me dormí. Me dirijo a la cocina, abro la llave para echarme agua en la cara, doy un vistazo antes de salir: los platos rebosan el mesón y la superficie de la estufa. Pero no le puedo ver la cara a la mugre en medio de la oscuridad. Cuando la puerta batiente se abre, entra la luz de la ventana de la sala y lo revuelve todo. Luego la puerta se tranquiliza y el espacio estrecho de la cocina recupera su sombra pesada y soñolienta.

Regreso al sofá, agarro la maleta con una sola mano. En la puerta recuerdo que no tengo llaves de la entrada principal. Me devuelvo. Atravieso el pasillo oscuro que lleva a las habitaciones. Oigo la respiración acompasada de los durmientes. Me asomo, la vela está derretida y sobre la esquina del escritorio queda ahora una mancha sólida de parafina y una luz parpadeante. En la silla Ramiro colgó su saco de franjas verdes y encima del computador vació el contenido de sus bolsillos: está el celular con la linterna incrustada en la punta, un lapicero, los cigarrillos, papeles arrugados y en desorden que pisó con las llaves. Tomo este último montón, no quiero hacer ruido, examino la cama, Werner se remueve pero continúa inconsciente, Ramiro debe ser el bulto pegado contra la pared, no importa, vuelvo a dejar entreabierta la puerta del cuarto, la negrura del pasillo, el resplandor de la sala, al salir cierro con fuerza la puerta del 602, me pregunto si el pequeño estruendo despertó a alguien, no he comenzado a bajar las escaleras cuando recuerdo que dejé la bolsa con la compra. Me impaciento. Es lo que pasa cuando me obligan a estar por fuera de mis

hábitos, de mi zona de confort. Al fondo oigo el llanto de un niño, no es un llanto escandaloso, sino una queja delgada. Recuerdo al hijo de la vecina, que mañana debe ir al colegio. ¿Será él o lo habré figurado por mi cuenta? No quiero averiguarlo. El cerrajero, pienso, y sigo bajando los escalones con la maleta en la espalda.

### 35.

Me pregunta si puede dejar la moto afuera. De pronto hoy no sea tan peligroso con el ajetreo que hay en la calle, pero igual le propongo que la baje por la rampa del garaje y la deje ahí, junto al portón cerrado. La calle que da al puesto de policía tiene cada vez más la pinta de un set de grabación: los reflectores instalados, un par de cámaras apuntando a la entrada del hotel. Hasta aquí llega el rumor de pasos de los operarios que van de un lado a otro. Es tarde, no hay mirones olisqueando la escena. Por un instante tengo la idea de que han elegido mal la locación y la cuadra de Torres Flacas se muestra más apropiada para dar vida a los monstruos imaginados por alguien.

El cerrajero me pide disculpas por la demora mientras emerge de la oscuridad de la rampa, rascándose la barba y con una caja de herramientas en la mano. Está bien, lo importante es que alguien vino. Debió guardar el casco en el baúl de la moto. Trae puesto el chaleco obligatorio, con los numerotes de la placa dibujados en el pecho. A mí me llamó la mujer de Humberto, explica el cerrajero, como si yo supiera de quién se trata, pero me cogieron despinchando la moto y luego aproveché para pegarle una lavadita, dice. No me molesta tanto el carácter sospechoso de la excusa, sino saber el descaro con el que me cuenta que la mitad de su retraso resultaba prescindible. Una mujer vestida con sastre de oficinista sale de

alguno de los furgones. El cerrajero y yo la vemos a lo lejos: la mujer se desplaza con movimientos ensayados hasta el círculo iluminado en el andén, mira para cualquier lado, sonrío, o hace como si lo hiciera. El cerrajero carraspea la garganta. No sé si a propósito para traerme de vuelta. Están grabando una película de terror, explico. Y soy consciente de que no lo parece. Pienso en el argumento del niño zombie y sacudo la cabeza para descartarlo. Entonces de repente todo cobra sentido: Esa mujer de ahí está en su primer día de trabajo como contable de una empresa prestigiosa, digo, mirando con seriedad al cerrajero. Vigilo su reacción, ahora soy yo el que carraspea: Me imagino que el hotel hará las veces de sede principal, se trata de una de esas oficinas que no pueden darse el lujo de cerrar a ninguna hora del día, conozco bien el argumento porque lo escribió una amiga, en algún punto aparecerá el jefe de personal y le dará un recorrido a la mujer por las instalaciones, mientras le explica algunas políticas internas, supongo que la mujer se sentirá feliz por su sueldo y porque el proceso de selección ha sido arduo, la película se va a llamar Las oficinas del infierno, o algo por el estilo. El desconcierto le arruga la frente al cerrajero. Doy media vuelta y me dirijo hacia la entrada: Yo me encargué de hacerle corrección de estilo al manuscrito original, el comienzo me parece una obra maestra, imagínese al jefe de personal que pasea a la mujer por el primer piso, luego la lleva al segundo, empujan un portón enorme, como de iglesia, el jefe de personal abre la boca como si fuera a hablar pero solo muestra los dientes y señala un lugar en medio de gente concentrada en la pantalla del computador, doblada por el cansancio, los ojos inyectados de sangre, todo impregnado por un fuerte olor a tinto de greca: “eso de ahí es su nuevo cubículo de trabajo”, dice por fin, el espacio se ve apretado y algo incómodo, “confíe en que estarán atentos a su rendimiento”, recomienda el jefe de personal y explica que en la empresa cada empleado debe ganarse su alma, “vigilan desde arriba”, y si la mujer se esmera, en un tiempo podrían conseguirle un



sitio cerca de la ventana que da al parque, o una oficina propia, incluso un ascenso al tercer piso, aunque también, en caso contrario...

Hago una pausa. Estoy de verdad interesado en mi propio relato y a la vez puedo sentir la indiferencia del cerrajero. Alcanzo a figurarme que estoy solo de forma repentina, pero en la oscuridad del primer piso, cobran vida las letras reflectivas del chaleco: BMO 79A. No puedo comprobar la expresión de su cara. Echo llave por dentro. El cerrajero saca una linterna de la caja de herramientas, le digo que vaya adelante, alumbrando el camino de las escaleras, y con esto me refiero más al chaleco que a cualquier otra cosa. Me preparo para que no se me note la falta de aliento. Según anticipo, la barriga detrás del chaleco de moto no es un obstáculo para la buena forma física del cerrajero. ¿Es el piso seis?, pregunta. El de más arriba, respondo frustrado, porque quiero terminar la historia. Mientras avanzamos, oigo el tintineo metálico en el interior de la caja de herramientas. Ahora estoy seguro de la cara del cerrajero, acusándome allá adelante. Todavía le falta una parte importante a la narración, no debería ser así, no hay un cielo a donde vayan las historias que quedan a medias o que nadie oye. O de pronto sí, como un mohoso cuarto de san alejo en el que se oxidan los personajes desatendidos, y envejecen y se afean las mujeres que no importan, y los objetos que describen a estos hombres y a estas mujeres experimentan la vida horrible del olvido. Piso seis. Mi cuerpo recuerda su propio cansancio y la carne empieza a dolerme. El cerrajero se suena la nariz y dice que huele a sarna, a mierda de perro.

Al piso siete llego con el corazón en la garganta y viendo unas manchas rojas (como de pintura reflectiva, pienso) que, cuando cierro los párpados, titilan desesperadas. Me apoyo en la baranda mientras el cerrajero evalúa el trabajo. La razón que me dejaron fue que alguien se quedó encerrado, habla él de repente. Mido la voz y me tomo mi tiempo para que

no me tiemblen las palabras: Pues sí y no, simplemente no encuentro las llaves y necesito entrar a mi apartamento, me quedé atrapado afuera, sentencio. El cerrajero acomoda la caja de herramientas, se inclina, observa la cerradura con la luz de la linterna. Tenemos suerte esta noche, afirma secamente, y yo apenas le pongo atención. Estoy mareado y débil. Tengo muchas ganas de estar dormido todavía, quizá debería estarlo, incluso puede que lo esté, casi puedo sentir, al cerrar los ojos, la forma del sofá al nivel del suelo en la sala de Ramiro, acunándome. Empiezo a respirar largo y profundo. Si hubiera sido puerta metálica, paila, jodidos sin corriente para el taladro. Al principio me cuesta entenderle, pero luego de que intenta forzar la cerradura con una ganzúa, lo veo sacar un dispositivo con una punta fija y una manivela a un lado. El cerrajero se mete la linterna en la boca y empieza a cavar un hueco debajo de la chapa de la puerta. Quizá debería alumbrarle yo, digo para mí, pero me quedo de pie, en el pasillo, recuperando por fin el ritmo habitual de mi respiración.

Después de un rato, la punta del dispositivo parece trabarse. El cerrajero levanta una rodilla y la apoya con fuerza. Dos vueltas más y está del otro lado. Saca un alambre rígido para accionar desde adentro el gancho de la cerradura. Me siento ridículo al caer en la cuenta de la simpleza del problema que me dañó la noche. Pero cuando oigo ceder la puerta, experimento un alivio enorme, semejante a la felicidad. El cerrajero se hace un lado. Entro, dejo la maleta en el piso, junto a la puerta de la cocina. La sala está ahí, donde la dejé, aunque tengo la impresión de que es la primera vez que la veo. Son setenta y cinco mil dolores, larga el BMO 79A, de pie en la entrada. Siga, siga, digo. Debió dejar las herramientas afuera. Saco dinero de una caja vieja de habanos que guardo en la mesita del teléfono. Nunca vi el contenido de la caja, porque la heredé desocupada de Nayibe. Esta noche no hay lucecitas verdes en la máquina contestadora. Tomo dos billetes de cincuenta

mil pesos. El cerrajero los recibe, los palpa, les pasa la uña por encima. Si el grabado del pelo se siente en la mano, el billete está bueno, digo, no sé si para explicármelo o para recordarle a él el procedimiento. Estoy grave de sencillo, agrega, mientras se esculca. ¿Le puedo quedar debiendo dos mil? No, no puede, pienso. ¿Cuánto tiene?, pregunto. Uno de veinte y tres mil pesos en monedas, responde, terminando de examinarse los bolsillos. Hago memoria de la plata que me queda en la billetera. En la caja de habanos hay otro de cincuenta. Mentiras, mentiras, creo que sí alcanzan las monedas. Se saca la linterna del bolsillo del pantalón, se la recibo esta vez y le alumbro la mano para verlo contar: un puñado de monedas de doscientos, de cien, de cincuenta y cuatro de quinientos. Me larga los vueltos. Ni siquiera me interesa verificar la cifra, lo que no me gusta es que me quieran sacar ventaja, un malestar aprendido de tanto lidiar con taxistas y buseteros, me guardo las monedas en el bolsillo, deformado ya por las llaves y los papeles arrugados de Ramiro.

Sin ninguna explicación, se me ocurre una pregunta insidiosa: ¿habré entrado al apartamento correcto? Sacudo la cabeza: no quiero gastar tiempo en idioteces, así es como mi mente me pone zancadillas. ¿Sí será esta mi casa?

### 36.

El cerrajero amaga con irse. Quiere café o algo caliente, pregunto, asomando la cabeza por la puerta de la cocina, levantando la voz, y es como si lo interceptara. BMO 79A duda. No sé, tengo que irme. Quizá sacarle agua a la tetera, antes de prender el fogón. Las ventajas del peligroso sistema de gas. (El sistema de gas es tarea pendiente). Dejo así la tetera. Mi función esta noche ha sido ofrecerles bebidas calientes a desconocidos. Pero la verdad me

alegraría que declinara la invitación, aunque no sé si quiero quedarme solo, tan de repente. Recuerdo que en el fondo de la nevera deben quedar algunas cervezas. Ahora soy yo el que no se decide. Igual vengo a sentarme en la mecedora junto a la mesa de centro. No me gusta lidiar con mis dudas. Me canso rápido. Mejor pensar en otra cosa. El cerrajero sigue de pie frente a la ventana. Debieron tirar una extensión para traer corriente de las cuerdas de más arriba, dice, lo que sea que hicieron les quedó bien hecho.

En la mesa bajita, identifico el bulto oscuro del libro de RCP. Lo tomo en mis manos, comienzo a hojearlo, el ruido al paso de las páginas resuena en el apartamento a oscuras. Me quedo así, largo rato. ¿A usted no le gustaría aparecer en televisión?, pregunta de manera automática el cerrajero. O quizá fui yo. A mí no, la verdad soy un man tímido, responde alguno de los dos. No sé cuánto tiempo transcurre. Tomo conciencia de que estoy sentado en la mecedora de la sala del apartamento, como si me hubiera duplicado en un espejo adentro de mis ideas. Se forma una sensación de extrañeza que crece rápido y se adensa: parece que me hubieran movido sin avisarme y ahora estuviera lejos del sitio en el que estoy. Me cuesta conciliar las dos cosas: cobrar conciencia (brusca, intensamente) del lugar en el que permanezco y sentir que ya no estoy ahí. Me ha pasado antes, esa es la única certeza. Aquí cada esclavo debe ganarse su alma, dice el jefe de personal, y no sé si yo lo digo en voz alta. En un rincón, reposa la bicicleta estática cubierta por chaquetas que hace varias semanas no he vuelto a usar. Puedo figurarme su silueta debajo del bulto oscuro.

Miro para todos lados y no encuentro a nadie, el resplandor del chaleco reflectivo desaparece y de golpe también la geografía sombría de la sala. Levanto la mirada y estoy solo. Ahora sí, en serio, pienso. Y cuando la mujer en su primer día de trabajo trata de salir corriendo, la retienen, la llevan hasta su cubículo y le muestran el contrato de trabajo que ha

firmado, las cláusulas de permanencia, y la nota en la que se afirma el carácter irrompible del documento, la mujer grita vencida y dos hombres la arrastran hasta su cubículo. En seguida estoy de pie, la ventana abierta, y descuelgo una cuerda con una canastica en el extremo. Elaboro el siguiente pensamiento: Una vez salga y cierre bien la puerta de entrada, el cerrajero podrá devolverme las llaves de Ramiro en la canasta. No sé por qué estoy seguro pero es así. Mientras espero que aparezca, el frío de la calle me golpea. He dejado la chaqueta sobre la mecedora. La tetera empieza a inquietarse en la cocina. Hubiera jurado que ya pasó más tiempo. En la otra cuadra, una mitad de la calle está de día y la otra cobijada por la noche anodina. En la oscuridad del cielo, detrás de los edificios, no están más las montañas. Me distraen los ruidos. El cerrajero levanta la mano para despedirse y lo veo sumergirse en la rampa del parqueadero, con la caja de herramientas en la mano. Me va a dejar el agua hervida, pienso, la gente es así: mierda. Subo la cuerda con lentitud para que no se vuelque su contenido. La detonación del motor llama la atención de los operarios que se asoman en los furgones. El cerrajero acelera y sube de un envión. Gira hacia la izquierda y atraviesa la media calle iluminada. Respete, hijueputa, le grita uno de los operarios. El cerrajero mete el cambio y aumenta la velocidad, dejando detrás una estela de humo que supongo maloliente. Nadie puede verle la cara oculta en el casco cerrado. La tetera pita, primero despacio y en seguida acelerada. Ese sonido es un indicio. ¿De qué? Termino de subir la canasta: en vez de llaves encuentro frutas: manzanas, bananos, mandarinas, también billetes de mil y de dos mil, y algunas monedas, puedo ver cómo se pudren las frutas, recojo lo que me cabe en un puñado y lo meto en el bolsillo. Saco la mano con los papeles arrugados que me traje de Ramiro, para revisarlos tengo que ponerlos de frente a la ventana y esforzarme por completar el sentido de las palabras: uno es una factura con fecha de hoy y el nombre de una clínica, y los otros parecen anotaciones sueltas hechas con afán,

no alcanzo a entender lo que dice, son hojas gruesas y opacas, me atrevería a afirmar que se trata de tarjetas de cartulina azul. Dejo los papeles en la mesita del teléfono. La máquina contestadora pita y comienza a hablar con una voz gutural, al principio no entiendo lo que dice, al menos no frases completas: “pues sí mijo... las rodillas... dos años y medio... ropa sucia y descompuesta...” Luego adopta el tono de un noticiario judicial: “Pareja de universitarios queda embarazada y decide practicarse por su cuenta un aborto en casa... Las autoridades han informado que los estudiantes no tenían dinero y pertenecían a la facultad de enfermería y de medicina respectivamente... No ha sido posible esclarecer quién está cuidando a Isa en este momento, ni por qué estaba Ramiro sentado solo, en las escaleras”. Se calla de repente y todo se queda muy quieto. Luego el vaivén de la mecedora y el vapor caliente del pocillo entre las manos. La sala huele a té de cáscaras de uvas. A veces también a fruta dañada. Estoy solo: ahora no me cabe duda. Pedaleo y sudo encima de la bicicleta estática. En el fondo de la sala emerge la figura de un niño corriendo en pantalones cortos. Viene hasta mí con el ceño fruncido y me rodea. Si me muerde, yo también me voy a contagiar, pienso. Isa debe estar sola en la habitación de la casa de sus padres, fingiendo que se siente indispueta. Afuera tampoco hay nadie, todos se han ido de forma instantánea, como si hubieran recogido las fichas de un tablero de ajedrez de un manotazo o como en un truco de magia. Las calles están vacías.

Por fin, enrolló la cuerda alrededor de la canasta, guardo las llaves de Ramiro en el pantalón, cierro la ventana, voy a la cocina, me sirvo una taza de té verde con cáscaras de uvas. El brazo me duele de forma inesperada, acerco la cara y encuentro unas graciosas marcas de dientes. Una gota de sangre se desprende y corre por la parte interna del brazo. Se acumula en el pliegue antecubital, según me enseñó Nayibe. Nayibe la sabía todo. Me

pregunto si estoy en mi apartamento o en la sala de Ramiro. Oigo el crujido de la mecedora o algo que se le parece. Me paso la lengua y experimento una sensación ambigua entre el hambre y el alivio. Sonrío.

### 37.

A las niñas las trasladan al sótano del hospital, así que para verlas debo bajar unas escaleras de caracol que se sumergen en el día artificial de la iluminación del anfiteatro. Son las nueve de la mañana. Nayibe está sedada en alguna de las habitaciones del tercer piso. Me parece que han transcurrido años entre ahora y la última vez que hablé con ella. Cuando la ecografía mostró que se trataba de un embarazo doble y supimos además el sexo de los bebés, Nayibe y yo nos pusimos a elegir los nombres: nos acostamos en el tapete de la sala para tener una perspectiva general de las opciones que colgamos en la pared, seleccionamos unos finalistas y los dejamos escritos todavía varios días más. En verdad nuestra vida diaria continuó siendo la misma en los primeros siete meses de embarazo. La mía al menos. Íbamos al médico con mayor frecuencia y tuvimos que planear mejor nuestros gastos, pero nunca tuve la impresión real de haberme convertido en alguien radicalmente distinto al hombre anodino y habitual de antes. Después Nayibe empezó a sentirse mal. De ahí en adelante, entramos y salimos de consultorios, clínicas y cuartos donde tomaban exámenes. En la última semana del octavo mes, la hospitalizaron. A partir de aquí, mi memoria se vuelve un pegote. Recuerdo largas horas de espera en los pasillos de la clínica o junto a una Nayibe enmudecida, afanes en el trabajo, los mandados de urgencia al apartamento para buscar ropa, toallas, cobijas para las noches de Nayibe.

Los escalones del anfiteatro terminan en una habitación en la que los cadáveres duermen su muerte en las planchas de cemento. La mamá de Nayibe va junto a mí. El encargado del reconocimiento no lleva ninguna bata encima: destapa los cuerpos atravesados horizontalmente y la mamá de Nayibe se lleva las manos a la boca. Yo agacho la cabeza y me quedo así parado un buen rato. Nunca le voy a decir a Nayibe que en verdad no puedo reconocer los cuerpos: sé que son ellas, nuestras hijas, pero los dos cuerpos sin vida me producen una extrañeza enorme, como si se tratara de dos desconocidas. ¿Habrán tenido ellas tiempo de formarse algún recuerdo de mí o de Nayibe? Quizá del sonido de nuestras voces hablándoles por la mañana antes de que Nayibe se vaya al trabajo, o en las noches, acostados en la cama de la habitación del fondo. Pero puede que tampoco alcanzáramos a ser más que dos extraños para las niñas y que ellas no hayan comenzado a ser en serio nuestras hijas, al menos las mías. Puede que no haya ocurrido nada, absolutamente nada, y todo siga moviéndose hacia adelante sin que quede alguna marca o un residuo.

La mamá de Nayibe va conmigo a conseguir ropa para bebé, a pagar los servicios de la funeraria. Ella escoge el ataúd recortado color mármol y el diseño de la lápida. No transcurre más de un día en estas vueltas, pero al final de la jornada caigo agotado en una de las sillas del pasillo que da a la habitación de Nayibe. A este lugar llegaron a explicarme que ya no era posible salvar a Nayibe y a las niñas. A mitad de la noche me despierta el quejido de Nayibe, adentro del cuarto. Voy a ver qué pasa. Estamos solos, ella y yo, su mamá se ha ido, no sé para dónde, no la veo. Quisiera que estuviera ahí. Nayibe está demacrada, tiene los labios resecos, los imagino rasposos al contacto. Cuando trata de incorporarse, le duelen los puntos en la barriga. Yo estoy al frente de la cama, mirándola. Aunque quizá no esté ahí ya, sino en algún otro lado. Quiero decirle que vi a las niñas, que



mañana es el entierro, que no las reconocí pero seguro eran ellas. No le digo nada. A Nayibe se le escurren las lágrimas y vuelve a quejarse. Me pregunto por la cicatriz que le va a quedar en el vientre, por la desnudez de Nayibe a partir de este día. Su cicatriz será el único indicio de este momento. Un indicio que no me pertenece. El dolor la dobla hacia adelante y la obliga a acentuar su queja. Una enfermera se apura a entrar, pasa por detrás de mí y llega hasta donde está Nayibe. Vienen a ayudarla, pienso y sigo sin moverme. Salvar a Nayibe o a las niñas, me explicaron, con cara de lástima, es cierto, pero como si me consultaran que quiero para el almuerzo. Y no había tiempo para meditarlo. Ahora Nayibe está frente a mí. Su dolor quizá sea un reproche involuntario por mi decisión. El único reproche que puedo recordar. Las niñas en el anfiteatro habrían podido ser mis hijas; la mujer adolorida en la cama del hospital ha sido mi esposa. La enfermera ayuda a Nayibe a recostarse y corre a llamar al médico, cuando regresa, me mira consternada o con angustia, no estoy seguro. Detrás de ella aparecen el médico y las demás enfermeras.

**LA AZOTEA**

## 38.

Me gusta el color de esta hora: todavía es de noche en la ventana pero la oscuridad cede a regañadientes: empieza a ponerse azul, sin ganas, agarrándose con fuerza a la superficie de las cosas. Un observador atento (o ingenuo) podría tener la impresión de que al final va a ganar la sombra y será imposible otra luz. En esta habitación las persianas funcionan sin ningún problema, pienso. Voy al baño que está en el pasillo, abro la llave y pongo la boca debajo del chorro. El agua está fría, pero no me importa. Me salpico las mejillas y el pelo. También un poco las pantuflas esquimales. Después me lavo las manos llenas de mugres y trato de recomponerme, adivinando la forma de mi cara en el espejo a oscuras. ¿Cuánto tiempo hace que no usaba este baño? Camino hasta la habitación del fondo a buscar una toalla, me seco despacio para no maltratarme, las toallas pueden atentar fácilmente contra la vida humana. Vuelvo a la otra habitación. En un rincón del suelo termina de consumirse la veladora roja que encontré en la cocina. No puedo creer que me haya bastado esta luz para trabajar. “Trabajar” es un verbo excesivo: Claudia usa “curucutear”; Nayibe “culequiaba” los domingos por la mañana, cuando amanecía hacendosa. Observo el panorama: no hay juguetes en las repisas, ni el reloj de jirafas en la pared, sobre la cama tampoco están los rollers, los papeles, las libretas que traje de la papelería, solo el colchón desnudo. Cojo justamente la bolsa negra con útiles y la saco al pasillo. En la mesita del teléfono de la sala encuentro papel reciclable que en algún tiempo usamos para la impresora. Tomo una hoja, por detrás hay una impresión de internet con la biografía de Florence Nightingale o algo así, recorro la página sin ningún orden: “... en 1859, tras la guerra de Crimea... una nueva directriz en la ciencia del cuidado del ser humano...” Doy vuelta a la hoja, alcanzo el marcador morado en la mesita del teléfono, “RAMIRO”, escribo (tengo el impulso de

poner “ISA Y RAMIRO”). Cinta, ¿dónde habrá cinta en esta casa? Rebusco en los cajones de la sala, en las mesitas de noche de la habitación del fondo, hay un colbón en el escritorio del tele, puede servir, unto el plástico negro, le pego la hoja, la sostengo, me estoy así un rato. Entretanto, me pongo a planear lo que sigue: levantar el colchón, desarmar la cama, la cuna ya quedó desbaratada, guardar en el clóset las bolsas, regalarle al señor Luna la que contiene la ropa, por si conoce a alguien. Demasiada actividad para una misma noche. ¿Dónde quedó la impresora que antes había en la sala? Quizá en uno de los clósets de la habitación del fondo. ¿O la llevamos a mantenimiento y nunca la recogimos? Esta bolsa pesa por la trituradora de papel. No sé para qué compré algo así. Quizá esperaba triturar los papeles que me resultaban odiosos. O creía que era posible meter la mano y triturarme los dedos, como en las películas gringas los sifones que Trituran las sobras de la comida. Lo más cercano que llegué de algo así fue a golpearme contra el piso, cuando estaba borracho. También aplastar latas de cerveza y partir botellas de vidrio con los puños. Escribirle un mensaje de texto a Claudia. ¿Qué hora serán? Si me acuesto a dormir, fijo no me levanto al trabajo. Siento cómo el olor mórbido del pegante me ablanda los músculos: es el cansancio, una vez más, pienso, y trato de sacudirme la cabeza para no dormirme. Alzo la bolsa para dejarla junto a la entrada, mañana en la mañana (es decir, en unas horas) la bajo antes de irme. Descargo. Una corriente de humo de cigarrillo me asalta las narices. Primero me pica y me fastidia, luego me produce extrañeza.

**39.**

La terquedad de las sombras, pienso, cuando veo la figura de Ramiro sentado en las escaleras. El olor desconsiderado del humo ha colmado todo el pasillo. Una bolsa con útiles escolares, digo, y largo la bolsa negra. Ramiro enciende la lámpara de su celular. Para usted y para Isa, agregó. Se sonríe con un resoplido y se pone de pie para recibirme. Me sorprende el humor gris de Ramiro. ¿O son puras figuraciones mías? Todavía estoy a tiempo de devolverme y dar por terminada esta situación. Me da la espalda. Entra. Se sienta en una de las sillas de plástico. Me quedo unos segundos parado en la entrada, al fin dejo la puerta entornada al seguirlo y camino hasta la mesa con la vista puesta en la ventana: la cara oscura de las edificaciones y detrás, con dificultad, las luces de la ciudad, en el desorden abrupto de las calles. Ramiro sacude la ceniza del cigarrillo sobre un pocillo de plástico. ¿De plástico? Junto al cenicero improvisado está el celular apagado y una caja quizá plateada, quizá de aguardiente. Aperitivo de aguardiente, me explica Ramiro, que coge el cigarrillo con una mano y se empina la caja con la otra. Me ofrece un trago, le digo que no y le pregunto por mi bolsa con la compra del supermercado. Si vio, por andar con afanes, dice, pero no se ríe. Luego pregunta por qué me fui sin avisar. Mi mamá decía que eso era cosa de ladrones y de putas, agrega, y me causa gracia la brusquedad de sus palabras. Le digo que estaban dormidos y me dio pena molestarlos más. Ramiro me explica que él también se despertó con el timbre del teléfono y ya no pudo dormirse. Eso significa que se dio cuenta cuando entré a coger las llaves, digo. Más o menos, responde. Hago el gesto de devolvérselas, pero él insiste en que me las quede para que haga una copia. Juega con la lámpara: al encenderla, el fogonazo de la luz se refleja en la ventana y, alrededor, nuestras siluetas enclenques. En una de esas, la lámpara falla, Ramiro la sacude, no va más, deja el celular a un lado, con fastidio. La brasa del cigarrillo se acerca otra vez al cenicero, Ramiro aplasta la colilla. El grupo de teatro sale de viaje la próxima semana, esta tarde

también hablé con mis papás y con el director, me voy con ellos, así me toque pagarme los tiquetes, dice Ramiro, casi susurrando. Isa no fue capaz... y yo tampoco voy a poder, agrega después de un rato. La voz le tiembla. Me parece que está inquieto por la presencia de Werner. Se me ocurre que todo esto puede ser un chiste. Dudo también de las palabras que acabo de escuchar. Puede ser que ahora mismo esté dormido en el pasillo de mi apartamento, soñando con un giro inesperado en la historia de Isa y Ramiro. Pero ningún sueño a mi cargo tendría de fondo un fuerte olor a anís. Igual debí haber aceptado el trago.

Ramiro sigue inquieto. Tomo aire y le propongo que suba conmigo. Salgo y lo espero afuera. Aparece con la caja en una mano, la bolsa con mi compra del supermercado en la otra y el pasamontañas para el frío. Cierra la puerta de su apartamento, avanzamos por las escaleras. Voy adelante, guiándome por la pantalla de mi celular. ¿Y qué papel tiene usted en la obra?, pregunto ya en el piso siete. Ramiro no responde. Entro y busco el blazer que dejé colgado en el espaldar de la mecedora de mimbre. Luego también me cambio las pantuflas por los zapatos informales, pero no me amarro los cordones. Ramiro ha encendido otro cigarrillo, sin entrar. No parece sentir curiosidad por el interior de mi casa. Desde aquí tampoco creo que le llegue el humo a la vecina, se justifica. A mí sí, pienso. No lo digo. Soy el reemplazo de Océano y Fuerza, dice Ramiro. Me demoro en entender, pero llego. ¿No sabes, Prometeo, que las palabras son los médicos de esa enfermedad llamada cólera?, agrega Ramiro, como para convencerme. Regresamos al pasillo, pongo otra vez la toalla para ajustar la puerta, sin trancarla. Ramiro parece animarse con su gesto histriónico: Hemos llegado al confín lejano de la tierra (Ramiro pone voz de actor de teatro y tengo la impresión de que va a despertar a todo el edificio). Estamos ya en el país del Chicamocha, en esta montaña inhabitada. Hefesto, es preciso que ejecutes las órdenes que te impuso el

padre: asegurar a este agitador (Ramiro me señala con los dos brazos estirados, de sus manos cuelgan la bolsa y la caja plateada, y caigo en la cuenta de que no guardé la bolsa) con lazos irrompibles de cadena de acero. Porque ha robado tu patrimonio, la chispa del fuego, fuente de todas las artes, para ofrecerlo a los mortales. Por tanto, debe pagar su crimen a los dioses para que aprenda a acatar la soberanía de Tundama y renuncie a ese papel de bienhechor de los humanos. Ramiro se calla y el eco de sus palabras se deshace hacia abajo por el túnel de las escaleras. ¿Y usted sí entiende lo que hablan sus personajes?, pregunto, moviéndome por fin. Me obligan tus palabras a tornar a mi morada, responde Ramiro, sin alzar la voz, como si recuperara la gracia del comienzo de la noche. Esculco en el contador del agua y encuentro la llave. Si no han cambiado el candado, tiene que funcionar, digo. Ramiro seguro no entiende, pienso. Subo por la escalera metálica que conduce a la compuerta de la azotea. Alumbro, hablo desde lo alto. ¿Con qué?, responde Ramiro, tratando de no soltar el cigarrillo que tiene entre los labios, yo me siento estúpido. Me cuesta manipular las llaves (no recuerdo por qué hay dos), el candado, agarrarme bien para no caerme. Ninguna entra. Intento otra vez. Pronto desaparece la sonrisa que me produjo la intervención inesperada de Ramiro. Descanso un segundo, sin bajarme. Vuelvo a tratar. Esta vez fuerzo la segunda llave para que encaje. Giro con delicadeza porque me parece que se va a romper al primer descuido. No pasa nada. Se me cansan los brazos. Otra vez. Puta vida, murmuro, Ramiro alcanza a escucharme. La gran putísima vida, responde. Esa setentahijueputa. Me gana el fastidio. Ya no sé si quiero subir a la azotea o simplemente abrir el candado. Lo golpeo contra la compuerta también metálica y entonces la llave cede y el seguro se abre.

## 40.

Ramiro mete las manos adentro de los bolsillos del pantalón y se restriega los brazos contra el cuerpo. El aire de la intemperie me va enfriando la cabeza caliente por el amago de mal humor. El borde de la camiseta que llevo puesta debe ser un asco. Caminamos hasta lado contrario de la azotea, atraídos por las montañas y las luces caen por la pendiente inclinada hacia el poso de la ciudad. El pesebre de la ciudad, dice Ramiro y me hace recordar las siluetas luminosas que en diciembre ponen en las inmediaciones del teleférico de Monserrate. Nayibe y yo subíamos acá por las noches, digo y me alegro de que por fin haya algo que Ramiro definitivamente no sabía. El cigarrillo que ha encendido se consume con rapidez, como si se fumara solo. Apoyo los brazos sobre la superficie helada del muro mediano que se alza en torno a la azotea. En una esquina, hay un tanque de agua, negro y barrigón, al que en el día debe notársele el moho en la base. El señor Luna es el encargado de hacerle mantenimiento al tanque. También prepara y aplica el sellante para el techo. Al menos puedo pensar en la primera vez que lo oí quejarse de que lo pusieran a hacer eso. Ramiro sirve un trago, yo le rapo la caja antes de que decida no ofrecerme más. Bastante desagradable, digo, fingiendo poco esfuerzo para pasarme el trago. Ramiro pone la caja en el piso, junto a la bolsa, y también se apoya en el muro. Falta una grabadora enorme con hip hop o reguettón y una mesa con negros jugando cartas para sentirme en una película de vagos, en un barrio de la periferia. Podrían también decir muchas veces putain y conard, tensionando los músculos alrededor de la boca: ce à moi qu'tu parle, ¿ah? ¿Qué?

Isa no sabe que me voy, dice Ramiro. Se calla. Fuma. La voy a llamar cuando llegemos a Ecuador o a Bolivia, no sé. Vuelve a fumar. Esta vez se demora. En el bolsillo tengo la plata que me prestó el señor Luna para pagar la clínica, eso va a ser lo único que me lleve al



viaje. Deja de hablar, mastica las palabras que siguen. Fuimos esta mañana, Isa eligió el sitio, llegamos a las once. Ramiro quiere fumar más pero la colilla se apaga. La bota por a la calle y se queda mirando cómo cae (con lentitud, casi con dulzura, con la levedad de cenizas al aire). Parecía un asunto simple, tranquilo, nos recibió una mujer con disfraz de enfermera, a Isa la hicieron desnudar en una habitación y le dieron una bata blanca, se veía hasta bonita, yo la abracé, nos despedimos, algún chiste huevón hice, que con esa bata no se le marcaba la ropa interior, ella se río, porque a ella no le gusta que el jean le marque los calzones, se río pero como llorando, luego se la llevaron por un pasillo hacia la presunta sala de operaciones, a mí me mandaron a una sala de espera chiquitica y me hicieron quedarme ahí, cargando las cosas de Isa, como a los quince minutos vino la misma enfermera a buscarme, pensé que de pronto no me había dado cuenta del tiempo y en realidad ya había pasado casi la hora, como nos habían dicho, encontré a Isa en la misma habitación del comienzo, todavía no capté qué pasaba, hasta que ella me abrazó y ahora sí se puso a llorar, sin reírse ni nada, no fui capaz, me dijo, y yo me quedé pasmado, con el montón de ropa apoyada en la espalda de Isa, enredado y torpe en el abrazo fuerte y más fuerte de Isa, la enfermera nos dejó estarnos ahí un rato, luego Isa se cambió y la acompañé a su casa, como no había nadie, preparé comida: arroz con atún y huevo, todo estaba bien, en orden, hasta que salí de la casa de Isa, ahí se me vino el mundo encima, era una sensación muy rara, no estaba exactamente preocupado por la situación sino porque ya sabía lo que iba a hacer, como si hubiera tomado una decisión sin darme cuenta, llamé a mis papás, fui a buscar al director del grupo de teatro, volví a la casa al final de la tarde y me senté en las escaleras, había empezado a anochecer cuando se fue la luz.

Ramiro se pone dos dedos encima de la nariz y hace fuerza para que no se le salgan los mocos, supongo. Luego también lo veo sentado en la sala de espera de la clínica, si algo salía mal en la mesa de operaciones, lo único que iba a quedarle era el montón de ropa. Ramiro está seguro de lo que va a hacer. No hay nada que pueda decirle. Lo comprendo perfectamente. Isa debe estar acostada en algún lugar de la ciudad, los ojos contando las manchas del techo, uniéndolas mentalmente para formar la cara de Ramiro.

#### 41.

Ramiro abre la bolsa con la compra, saca el sobre de té helado sabor a durazno, lo rasga y vierte un poco en el interior plateado de la caja de aguardiente. Aperitivo de aguardiente, me corrijo en seguida. Lo revuelve y me lo pasa. Tomo un trago largo, los cachetes inflados. Las personas y los fluidos adoptan la forma del recipiente que los contiene. Es una comparación desafortunada. Me bajo el buche y los ojos de inmediato me lloran. Ramiro bebe también. Bastante desagradable, dice. Quisiera decirle que él no es una mala persona, quizá sea eso lo que necesita alguien en su lugar. Pero no estoy seguro. Y quién sabe si ese es el problema. Hacemos lo que se puede, una frase así podría largarle. O no. El médico me miró con una cara impostada de lástima y me explicó que debía tomar una decisión. Decidí que Nayibe iba a vivir. Creo que fue la mejor decisión. Igual ella y yo morimos un poco en esa clínica. La oscuridad del cielo se ha puesto más azul y una franja de claridad blanca bordea las montañas. La noche se consume sola. No puedo adivinar la hora, se trata de una luz difusa. Nunca más peleé bien desde esa noche, Charlie, llegué a la cima, and then, it's downhill, pienso, sin que venga al caso. En algún lugar encienden la radio y ponen las

noticias. Una ventana al frente se ilumina con una luz amarilla y cansada. Suena enseguida la chispa de una ducha eléctrica, el rumor arrastrado del agua cayendo. Las calles se ven limpias desde arriba, los barrenderos hicieron su trabajo. No hay nadie. Hasta los perros siguen escondidos en algún lado. No parece posible que dentro de poco los buses van a empezar a circular y el tráfico será una fila larga y trabada de carros y motociclistas haciendo malabares para avanzar. Pero no ahora, en este momento de extraña tranquilidad que no conocía. El trago me ha calentado las entrañas y también me ha recordado el ardor en la boca del estómago. Apagan la ducha, abren la puerta, una oleada de olor a champú y de vapor inunda la pieza. No veo sin embargo más que el recuadro de luz amarilla. Ramiro está absorto en sus propias ideas. O eso creo.

Tengo los dedos duros del frío, digo y mis palabras me parecen justas, rigurosas, lo mejor que he dicho a lo largo de esta noche. Yo también, responde Ramiro. Y los dos asentimos con la cabeza, así, sin más.

*19 de septiembre de 2012*